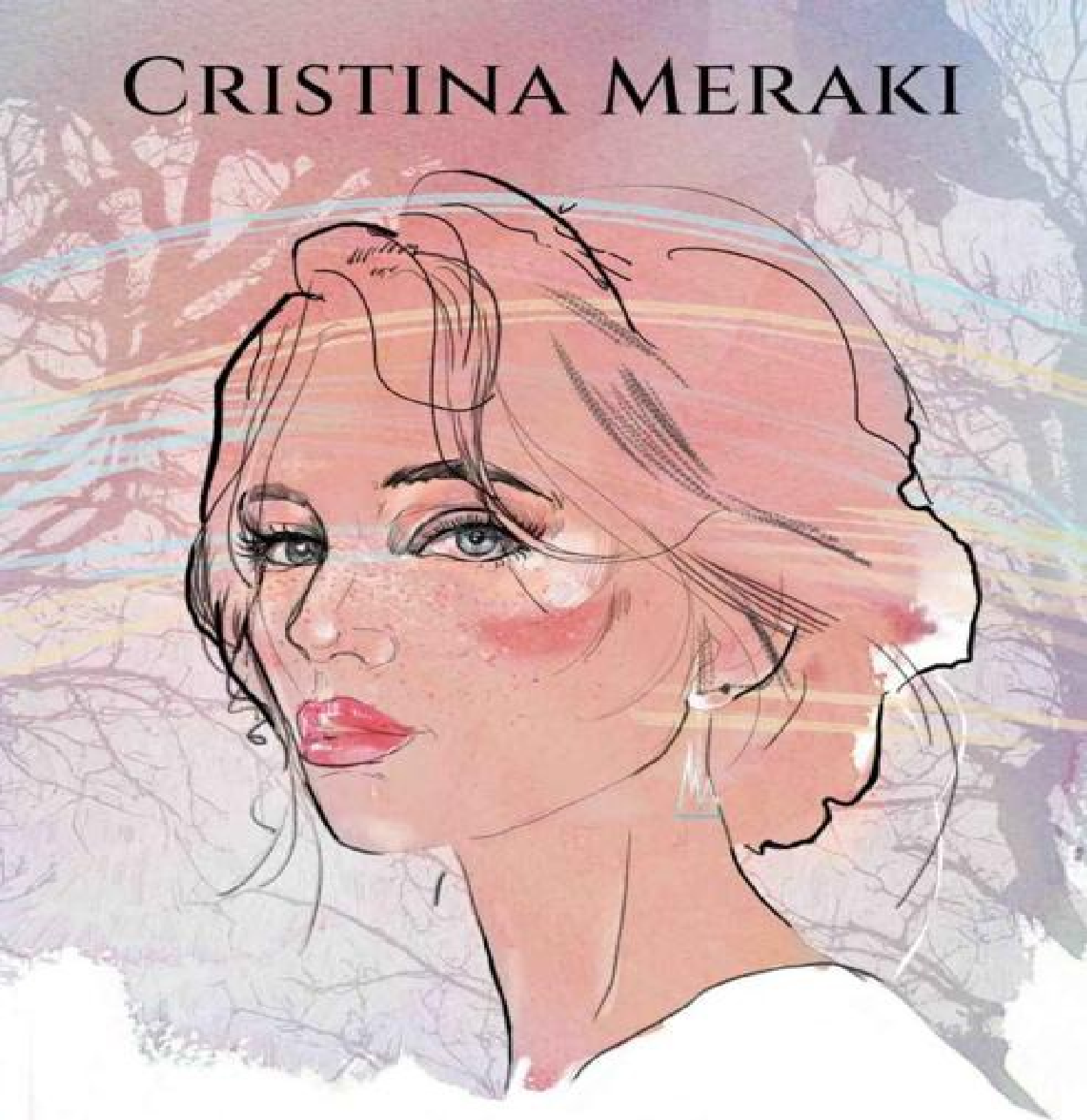
CRISTINA MERAKI



ENTRE BOSQUES Y MONTAÑAS

Entre bosques y montañas

CRISTINA MERAKI

Copyright © 2023 Cristina Meraki

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798865343998

Independently published

CONTENIDO

DEDICATORIA

Al valle que me ha hecho inmensamente feliz durante una etapa de mi vida y a todas las personas que han formado parte de esta experiencia, llenándola de luz y humanidad.

PRÓLOGO

A veces sucede algo en nuestra vida que no sabemos explicar. Puede que sea el azar, cosa del destino o una extraña casualidad, de esas que se dan constantemente, día tras día. Queremos encontrarle un sentido a lo que ha pasado, ir más allá. Cada vez estoy más convencida de que no sabemos disfrutar de las pequeñas alegrías, sentirlas sin más. No siempre tenemos que comprender al instante el porqué de las cosas, pero lo intentamos con fuerza, como si no entenderlo nos alejara de la felicidad que nos brinda ese ínfimo detalle que ha aparecido en nuestras vidas para hacernos sonreír un poquito más, que buena falta nos hace. El azar sin sentido parece darnos miedo y tratamos de comprender cada uno de los acontecimientos que suceden en nuestra vida, pero en realidad muy pocos alcanzamos a encontrarle un sentido.

Eso es lo que me sucedió cuando me crucé con Cristina en el mundillo literario. Fue el completo azar, o qué sé yo lo que sería, el que hizo que nos conociéramos en redes, y es extraño que haya una conexión tan sencilla desde el principio; al menos a mí no me pasa muy a menudo. Con Cristina supe que podría tener una charla, o diez, o mil, sobre lo que sentíamos como escritoras sin que eso conllevara rencillas o malos entendidos. Cristina es una de esas personas con las que puedes reír o llorar, porque con ambas cosas sentirás que su sola presencia te reconforta.

Es por eso que no me ha sorprendido para nada ver cómo ha llevado esta historia que tenéis en vuestras manos. Amor en todas sus formas, naturaleza y vida, mucha vida, incluso cuando ya parece que no queda. El dolor ha sabido transformarlo en un bello aprendizaje que te mece a lo largo de todas sus páginas. Porque en ciertos momentos sentimos que la vida duele, y mucho, y nos olvidamos a ratos de lo que precisamente Cristina nos cuenta en esta historia. El dolor llega, se lidia con él como cada uno puede, y eso no tiene nada de malo. Hay que sabernos perdonar en momentos de dolor, igual que hay que comprender el dolor del otro y cómo les puede afectar. Dar tiempo, espacio, pero también seguir dando amor.

Después de perderme en el Pirineo aragonés a través de los renglones de esta historia, siento que me he reencontrado un poquito con la esencia de lo que siempre he querido ser. Porque me he visto reflejada en muchas de las actitudes que algunos de estos personajes tienen, incluso de las que yo no he podido tener por no haber vivido ese tipo de situaciones. Los he comprendido, a todos ellos, y mi corazón ha agradecido haber tenido la suerte de leer cada una de estas páginas.

Ahora te toca a ti vivir la misma experiencia que yo he vivido al adentrarme en esta historia. Porque por algo este libro ha caído en tus manos. Ese azar o ese destino del que hablaba al principio puede que tengan algo que ver, pero no caigas en el terrible error de intentar encontrarle un sentido temprano. Simplemente prepárate una buena taza de té, enciende una vela con olor a hierba mojada, reproduce de fondo el sonido de una suave tormenta y siéntate a empaparte de esta historia. Porque ahora no necesitas saber el motivo por el que ha caído en tus manos este libro. Sólo disfruta con esta pequeña casualidad, como yo disfruto del hecho de haber encontrado a su autora en el mundillo.

Ya tendremos tiempo, puede que en horas o en años, de comprender qué había más allá.

Adriana LS Swift

AHORA

¿Y qué hubiera ocurrido si...?

Hoy abro la ventana, detengo mi mirada en todo lo que mi vista alcanza a observar. Aquí estoy, justo en medio de esta maravilla, entre bosques de ensueño y montañas de escándalo. Respiro hondo y me respondo en voz alta.

—Nada. O todo.

Mis decisiones me han llevado hasta este lugar. Nuestras decisiones, por pequeñas que sean, por insignificantes que nos parezcan, van trazando un camino. Una senda que, sin embargo, podemos desviar en cualquier momento. Y entonces me pregunto de nuevo en voz alta:

—Y yo, ¿qué quiero hacer ahora?

Me quedo pensando. Pasa una furgoneta roja por la carretera que hay frente a mi casa. Lanzo automáticamente un suspiro, miro mi muñeca y sigo observando a través de mi ventana. Esta vez no pronuncio la respuesta en alto, sino que la reservo para mí.

HACE DIECISÉIS MESES

Todo empezó hace algo menos de año y medio.

Cuando tu madre fallece porque una enfermedad se ha apoderado de ella en cuestión de pocos meses, el *shock* es grande. Pero si encima ella, siendo así, tan *Marga* en su pura esencia, te deja como recado antes de irse de este mundo una lista de lugares que recorrer, la situación se vuelve surrealista. Aunque claro, más tarde comprendí que su intención no era precisamente la de montarme un recorrido turístico por el Pirineo, pero el objetivo final de su último recado caerá sobre su propio peso al final de esta historia. Todo a su debido tiempo.

Margarita Rodríguez Robles. Una mujer intensa. Con sus propias normas e ideales, que aplicaba siempre, eso sí, para hacer de este mundo un lugar mejor. O al menos lo intentaba. Le gustaba estar en sintonía con la naturaleza, captar de ella su energía y su esencia. Nunca la vi rendirse por nada, ni siquiera en sus últimos días. Ella decía que la vida es maravillosa y que hay que aprovechar hasta el último aliento para disfrutarla. No pensaba lo mismo de las personas. Creía que la sociedad estaba tomando un rumbo equivocado, egoísta, individualista y excesivamente materialista. No tengo argumentos lo suficientemente sólidos como para contradecirla, la verdad.

—Lo importante es aprender cuanto antes de qué va la vida —me repetía siempre que tenía ocasión.

Y yo, que al principio la tomaba por loca o pesada, fui comprendiendo poco a poco a qué se refería.

Mi madre no era una madre tradicional, ni mucho menos. Nuestra familia tampoco lo era, ya que fue siempre madre soltera y me crié teniéndola a ella como único referente.

Al contrario que la mayoría de madres, Marga no se enfadaba si me manchaba entera de pintura cuando dibujaba, no me obligaba a comer hasta hacerme llorar y me dejaba ir descalza muchas veces, incluso en lugares exteriores y públicos, como el parque. Decía que por los pies se conecta con la Madre Tierra y que los zapatos, muchas veces, solo sirven para entorpecer esa relación.

Ella, una mujer con nombre de flor, intentaba transmitirme también su conexión con todo lo que nos rodea. Me enseñaba lugares maravillosos como cascadas, bosques, o rincones naturales que parecían de cuento. Me inculcó el respeto por el planeta desde muy pequeña, enseñándome a reciclar correctamente, a no dañar nuestro entorno, a controlar el uso de plásticos y a ser sostenible. También esta premisa incluía la solidaridad con quienes nos rodean, pero la enseñanza final que deduje de ello es que el ser humano es mucho menos agradecido que el resto de seres vivos.

La excentricidad de mi madre, al menos a ojos de los demás, llegaba por ejemplo cuando me sacaba del colegio (de más pequeña) o del instituto (ya en plena adolescencia) durante semanas, en mitad del curso escolar, para irnos de viaje a descubrir mundo. Los comentarios cercanos siempre iban en la misma línea: “Pero cómo te llevas a la niña en pleno curso, va a perder materia”, “Menuda irresponsabilidad alejarla así de su rutina para hacer un viaje, va a perder la evaluación”. Pero a ella nunca le importó y siempre estuvo segura de que las experiencias de conocer otros países, culturas y personas tan diferentes a lo que teníamos a nuestro alcance me aportarían mucho más que unas cuantas semanas de clases rutinarias. Hoy, al pensarlo, le doy sin duda la razón.

Mi madre y yo estábamos solas. Al menos, en lo que a convivencia se refiere. Nunca conocí a mi padre y ella me explicó claramente que se quedó embarazada cuando era muy jovencita, con solo 20 años, de un novio al que le vino grande la situación y nunca quiso hacerse cargo del asunto. El asunto, obviamente, era yo. A veces, lo reconozco, sí había fantaseado con la idea de tener una familia tradicional, pero nuestra situación particular nos definía tal y como éramos: libres, independientes, seguras y diferentes. Rompíamos con los cánones de la sociedad y eso a ella le encantaba, y a mí acabó por agradarme también. No obstante, aunque me gustaba mi vida tal y como era, quizás porque no había conocido otra, la espinita y el vacío de una figura paterna siempre estuvo ahí. Hubo incluso una época en la que me culpabilicé: si mi padre biológico no había querido ejercer como tal debía ser porque yo era alguien horrible. Esa teoría no me acompañó mucho tiempo y pronto comprendí que no podemos responsabilizarnos de las (malas) decisiones que toman los demás. Pero su ausencia, aun así, siguió frustrándome siempre.

Marga, que además atraía a las personas como un imán con su personalidad arrolladora, tuvo un par de relaciones serias, al menos que yo recuerde. Una de ellas bastante estable, aunque finalmente acabó sin salir bien. Yo me llevé bien con ambas parejas y los recuerdo con mucho cariño, pero después de su ruptura desaparecieron de nuestras vidas y mi constante, que era mi madre, era lo único que siempre tuve y necesité. Más allá de ella tenía familia, claro. Solo

materna, eso sí. Nadie de la familia de mi padre quiso conocerme nunca, o quizás ni siquiera fueron conscientes de mi existencia.

Mis abuelos eran geniales y durante mi infancia me dedicaron mucho de su tiempo. Mi tía Julia, cinco años mayor que mi madre, también. Aunque ninguno de los tres acababa de comprender ni compartir el estilo de vida tan "irresponsable" y "poco estable", como ellos decían, que ella llevaba. "Esta chica nos ha salido una *viva la vida"*, solían repetir. Y es que a Marga no le preocupaba tener un trabajo fijo, ni una casa en propiedad, ni necesitaba un marido para hacer su vida. Ella decía que había llegado a este mundo para vivir, y que poca gente entendía realmente lo que ello implicaba.

Así que siempre estaba buscando viajes, experiencias y actividades que le aportaran satisfacción y nada la paraba: ni un puesto laboral fijo, porque no era prioritario para ella; ni una hipoteca, porque no la tenía; ni las convenciones sociales, porque ella tenía las suyas propias. ¡La de Navidades que hemos pasado viajando y conociendo lugares increíbles! Mientras, mis abuelos la miraban con cara de reproche y desaprobación cuando se enteraban de que ese año tampoco celebraríamos juntos el nacimiento de Jesús, argumentando que "las Navidades, de toda la vida, se pasan en familia y no dando vueltas por el mundo". A lo que mi madre siempre respondía que ese tal Jesús no le aportaba nada y que no consideraba necesario montar tanto lío con su nacimiento, ni mucho menos, celebrarlo. Sin embargo, nunca nos perdimos ninguno de los cumpleaños de mis abuelos ni de mi tía y siempre estuvimos presentes en los momentos que de verdad nos unían como familia.

Esta filosofía de vida me forjó un carácter peculiar, como no podía ser de otra forma. Era una actitud constante de remar a contracorriente. Pero lo más importante es que me inculcó una personalidad propia que me permitía pensar, reflexionar, analizar mi entorno y ser yo misma.

Con los años comprendí que una manera de ser tan libre puede rozar lo anárquico y egoísta, así que siempre lo tuve presente porque ante todo, no quería convertirme en alguien mezquino, ni carente de sentimientos. A día de hoy, creo que conseguí hacerme con las herramientas necesarias para poder encajar en una sociedad cambiante y complicada, sin la sensación de sentirme continuamente manipulada y condenada a un estilo de vida predeterminado.

El caso es que el invierno en el que cumplí veintitrés años mi mundo, tal y como yo lo conocía, desapareció por completo. Mi madre, que no llegaba aún a los cuarenta y cuatro, tuvo que asimilar que su vida se acababa. Aunque me lo intentó transmitir con la mayor naturalidad, yo necesité mi proceso y también ayuda externa para digerirlo y aceptarlo.

Finalmente, no sé de dónde saqué la madurez y la fortaleza, pero efectivamente decidí que los últimos meses de la persona que me había dado la vida en todos los sentidos no iban a ser un drama porque ella no lo quería así. Hicimos planes, viajamos cuanto pudimos y nos mentalizamos juntas para el desenlace de aquella situación. Y ella, que a creativa no le gana nadie, se despidió de mí muy a su manera: dejándome un listado con cinco lugares que me sugería encarecidamente visitar.

Un día, en casa, me entregó un sobre y me dijo:

—Silvi, mi amor, mira. He escrito algo. Dentro de este sobre, además de algunas cosas que quería transmitirte, he incluido también cinco rincones que creo que te gustarán. En algunos de ellos sé que ya has estado, pero estoy segura de que te encantará visitarlos de nuevo. De hecho, por favor, te pido que lo hagas. No he tenido el tiempo suficiente para enseñarte algunas cosas, y sé que allí encontrarás justo lo que me hubiera encantado mostrarte en vida.

Cogí el sobre, con una mezcla de tristeza, rabia, impotencia y ternura. Sabía lo que estaba haciendo pero no quería afrontar la realidad. Si mi madre no estuviera a punto de dejar este mundo no me estaría entregando esto, así que no me alegraba en absoluto de estar cogiendo su "regalo". La miré y añadió:

—Búscame en ellos. Te aseguro que me encontrarás. Y no solo a mí, te encontrarás, en cierto modo, a ti misma. Pero prométeme que no lo abrirás hasta que no ocurra.

No me explicó más, ni yo tampoco pregunté, pero la entendí, y aunque me costó horrores, la respeté. Lo tomé como una actitud más de esa parte espiritual y excéntrica de mi madre. No abrí el sobre hasta que ella cerró los ojos para siempre.

En cuanto a esos lugares a los que me emplazó, pensé que se refería a que allí estaría su esencia, su alma, su parte más enérgica. Creí que pretendía que la naturaleza siempre me recordara a ella, y en concreto, tomara esos lugares como un templo para mi bienestar, si en algún momento me sentía perdida. En cierto modo no iba del todo desencaminada, pero lo que ignoraba en ese momento era que su petición encerraba más misterio, menos espiritualidad y más enseñanza de lo que yo imaginaba.

Días después de aquello, abrí la carta. La leí a través de la pequeña cascada natural que las lágrimas formaron en mis ojos. Creí entenderla a través de sus palabras, la reconocía a cada sílaba que leía, pero no fue hasta mucho después cuando comprendí realmente el significado de todo aquello. En cuanto a los parajes naturales de los que hablaba, los acontecimientos y mi estado de ánimo no dejaron hueco para fantasías ni excursiones por la naturaleza. El dolor tras su

ausencia no me permitió llevar a cabo esa tarea que me dejó mi madre hasta meses más tarde, aunque guardé ese papel en el cajón de mi mesilla, de donde no salió hasta que pude enfrentarme a él.

LA CARTA DE MI MADRE

Hola mi vida,

Resulta un poco tétrico escribir esta carta, ya que las dos sabemos que si lo hago es porque dentro de poco vamos a tener que separarnos, al menos en este mundo terrenal. No obstante, cuento con que tienes la certeza de que siempre voy a estar presente en alma, en espíritu, en energía, en recuerdos o como tú quieras y seas capaz de encontrarme.

Por favor, no llores. A mí me da mucha pena tener que irme de tu lado, pero ¿sabes qué? Me voy feliz porque he podido aprovechar la vida tal y como quería. Solo en este momento cobran sentido todos los viajes, experiencias, aventuras, conversaciones y momentos que he creado y vivido junto a ti y junto al resto de personas que me han acompañado en este camino.

¿Recuerdas a todos aquellos que nos cuestionaban por cruzar el mundo en período escolar? ¿Ahora qué? ¿Acaso podríamos haberlo hecho en otro momento? La vida es impredecible, mi vida. Haz las cosas cuando te salga de lo más profundo de tu ser, cuando te sientas preparada, cuando quieras disfrutarlas y cuando tengas la oportunidad.

No sirve de nada preguntarse por qué estamos viviendo esta situación. La vida no hay que entenderla, la vida hay que vivirla. Es un regalo que no todo el mundo sabe apreciar ni exprimir, y yo me siento feliz porque echo la vista atrás y… ¡Uf, qué vida tan intensa!

Todavía recuerdo cuando, con solo veinte años, me hice un test de embarazo y el resultado fue positivo. Eras tú, mi mayor aprendizaje. Viniste para enseñarme a ordenar prioridades y para que tuviera alguien a quien dejar mi mayor tesoro: mi manera de vivir. Ya sabes que no vas a heredar propiedades ni riquezas, no tengo joyas ni un coche de alta gama. Pero creéme cuando te digo que lo que te dejo te servirá siempre, hasta el día que te apagues como estoy haciendo yo ahora.

El dinero se acaba, cariño. La gente lo gasta, lo malgasta, mejor dicho. Las personas se vuelven avariciosas, egoístas y envidiosas por él. Lo material genera problemas. Disfruta de lo que no lo es y no dejes nunca de pertenecer a ese grupo de gente que ha traspasado la frontera del ser para alcanzar el plano del sentir. Este es el mayor descubrimiento que he hecho en mis cuarenta y tres años de vida. Muchas personas son guapas, altas, simpáticas, gruñonas; son

madres, padres, hermanos, hijos; son abogados, médicos, jueces, profesores, enfermeros. Pero, ¿sienten todo aquello que son? Te adelanto la respuesta: no. Automatizan lo que son, pero no son capaces de sentirlo. Se levantan por la mañana y, como por inercia, y en orden, van ejecutando sus tareas: dar un beso de buenos días a su pareja, preparar el desayuno, ir a trabajar, recoger a sus hijos del colegio… Encadenan unas acciones con otras, pero no las sienten. Nosotras sí somos capaces de hacerlo, porque hemos logrado traspasar la frontera del ser. Y eso solo se puede hacer de una manera: cuando entiendes que todo, absolutamente todo lo que te rodea, lo que vives, lo que ocurre, importa.

Eres empática, espiritual, como yo. Sabes ver más allá y entiendes este planeta como un hogar que debemos respetar. Me lo has demostrado muchas veces. Nuestro entorno es nuestra casa; el resto de especies, nuestra familia. Y si dañamos nuestro hogar o a nuestra familia, sufrimos, y nos destrozamos también a nosotros mismos de alguna manera. Sé que lo entiendes, pero quería dejarlo por escrito para que lo tengas siempre presente. Perteneces al colectivo correcto y no sabes lo orgullosa que estoy de ello. Mi despedida no tendría sentido si no hubiera conseguido que una persona más, solo una, de las que se quedan en este mundo terrenal, sea parte del grupo adecuado gracias a mí. Igual suena algo egocéntrico, pero así lo percibo yo.

Rodéate de personas que, en la medida de lo posible, también pertenezcan a ese círculo. ¿Y cómo sabrás que están entre ellas? Simplemente, lo sabrás. Ojo, no todas las personas que no comparten este concepto de vida son malas. Muchas, simplemente, no han llegado a plantearse nada de esto o ni siquiera tienen ni tendrán nunca la capacidad para hacerlo. Es pura ignorancia, pero no maldad. No todos llegan a alcanzar el nivel de hacerse preguntas porque simplemente, son ese grueso de la sociedad que forma parte del rebaño. Los manipulados, los operarios del sistema, tan necesarios para que todo esto se sostenga.

¿Te imaginas que todas las personas humanas se cuestionaran al mismo tiempo qué dirección ha tomado nuestra existencia, nuestra Humanidad? ¿Qué pasaría si todos se dieran cuenta a la vez de que vamos hacia una meta que implica la extinción, la desaparición de nuestra especie e incluso la destrucción de nuestro propio hogar? Todo se derrumbaría, se generaría el caos. Por eso quienes lo saben y se benefician de este desastre de sociedad, tienen el poder de controlarlo todo. Pero quedamos algunas que somos capaces de pensar por nosotras mismas, de salirnos de lo establecido, de tener ojos y oídos para ver lo que realmente ocurre a nuestro alrededor. Escuchamos a la naturaleza, y no a los políticos corruptos; observamos a nuestro alrededor y sacamos nuestras propias conclusiones, y no nos guiamos por los telediarios manipulados, los realities que adormecen la mente o las noticias falsas.

No me quiero alargar, mi amor. Pero necesitaba desahogarme, dejar por escrito todo lo que tantas veces hemos hablado, reflexionado y analizado. Para que lo tengas siempre presente. Para que si te sientes perdida o confundida, me leas. También puedes buscarme y encontrarme en algunos lugares. Sí, has leído bien. Creo firmemente que una parte de mí no se va a ir de tu lado, porque la conexión que nos une es demasiado fuerte como para estar ligada solo a un cuerpo material. Nosotras no solo somos forma, somos esencia. Somos alma. Energía. Y la mía está en muchos lugares que incluso ya conoces.

Búscame, léeme bien, porque te aseguro que me encontrarás. ¿Dónde? En el refugio de Pardanesa, o en el bosque del Deseo. En la cascada Noa Viua o en la Fuente de Miranés. En el Pico Romuer. Seguro que me entiendes, y seguro que me encuentras.

Y, por último, quería pedirte perdón. Las madres, por mucho que lo intentemos, nunca somos perfectas. Aunque a los hijos se lo parezca, aunque nos esforcemos con todas nuestras ganas por esconder en lo más profundo de nuestros armarios nuestros defectos: fallamos. Fallamos y mucho. Ocultamos cosas, no te voy a engañar. Pero si alguna vez descubres algo que te he ocultado, algo importante, que te hace daño y te decepciono, lo siento: te prometo, mi amor, que todo lo he hecho por tu protección. Ha sido mi prioridad desde que apareciste en mi vida. Te pido perdón de antemano si eso ocurre.

Te amo, hoy y siempre. Nos vemos en las estrellas, en las olas, en las montañas, en el viento, en los viajes, en el sonido de los animales, en el olor a bosque. Nos vemos donde tú quieras que nos veamos. Esto no es el final, solo es un cambio de estado. Yo estaré siempre para ti.

Le doy gracias a la vida por haberte puesto en mi camino. Vive tu vida y hazlo a tu manera, siempre.

Mamá

ACEPTACIÓN

Los meses siguientes tras la muerte de mi madre estuvieron llenos de momentos duros. Fue una etapa difícil, en la que me sentí muy arropada por mis abuelos, que lo estaban pasando igual de mal o peor que yo; por mi tía, que aunque era el polo opuesto a mi madre, la quería y me adoraba; y por mis amigas, que me obligaban a salir, despejarme y me recordaban el espíritu que mi madre había querido inculcarme, para que no lo perdiera ni siquiera en esta situación. Obviamente necesité mi tiempo y mi proceso. Acababa de perder a mi guía en la vida, a mi referente y a la persona que me lo había enseñado todo.

Leí tantas veces su carta que tuve que hacer una fotocopia porque el papel estaba empezando a desgastarse y arrugarse de tanto manosearlo. De todo lo que ella me decía en su escrito, que era mucho, mi obsesión residía en aquel listado de lugares que ella expuso, porque una parte de mí tenía claro que no habían sido elegidos al azar. Así que para dejar de abrir y cerrar ese manuscrito, me hice mi propia lista en un papel independiente con esos cinco rincones de la naturaleza, apuntando algo de información adicional sobre ellos, como por ejemplo dónde se encontraban y algunos rasgos que me parecieron importantes. Esto lo hice al poco de fallecer mi madre, pero lo cierto es que no tuve la fortaleza de visitar ninguno de ellos en los días ni semanas posteriores al suceso, ni siquiera de leerlos ni pensar en ellos durante varios meses después de ello.

No me había atrevido a pisar la montaña en todo ese tiempo. Porque sabía que eso implicaría explorar dentro de mí, hablar con mi *yo* interior, conectarme con la vida. Y todos sabemos que remover ciertas cosas duele, y por lo general, nos negamos a ello. Sin embargo, tras aproximadamente medio año, decidí enfrentarme a mis fantasmas y a mis emociones yéndome a pasar un fin de semana al Pirineo aragonés.

Sola.

Una amiga se ofreció a acompañarme, pero sentí que era algo que necesitaba hacer en soledad. Así que cargué una pequeña maleta en mi coche y puse rumbo a una de las zonas que mi madre y yo conocíamos mejor, ya que durante tres años de mi infancia más temprana, vivimos allí. Yo apenas conservo recuerdos de esa época, ya que esta etapa fue la franja entre mis dos y cinco años, pero después de mudarnos habíamos vuelto en algunas ocasiones a pasar fines de

semana o períodos de vacaciones. Hacía mucho tiempo que no regresábamos a esa zona juntas, pero sentía que era el primer sitio que quería pisar tras estos meses en los que había vivido, en cierta manera, en pausa.

Conduje, segura, hacia un remanso que a mí me daba paz y tranquilidad. Esas montañas me trasladaban a mi infancia y me devolvían, así, a mi madre. Una mujer activa, llena de vida, que me faltó mucho antes de lo que yo hubiera deseado jamás. Una persona que, además, me había dejado una tarea pendiente que yo había escondido en la mesilla de mi cuarto y en un rincón de mi mente durante seis meses, no sé si de manera consciente o inconsciente.

Ella me enseñó la grandeza de la naturaleza durante nuestros incontables viajes aquí y allá. A través de su mirada, de su experiencia y de sus aficiones descubrí que cuando me sentía perdida, los bosques, las cascadas, los valles y las montañas me ayudaban a encontrarme. Recuerdo que cuando hablábamos del mundo, de la vida, de la naturaleza y del ser humano, cuando nos poníamos a filosofar, siempre me decía:

—Cariño, recuerda siempre que los seres humanos deberíamos centrarnos en ser más humanos, y no simplemente *seres*. Se nos está olvidando, a la sociedad se le está olvidando, estamos perdiendo la parte que más nos diferencia del resto de especies: la humanidad.

Cuánta razón tenía.

Cuando llegué allí lo vi claro.

Durante mi fin de semana me dediqué a dar paseos por el bosque, a respirar aire puro, a pensar y a sanar un poco mis heridas. Reconozco que derramé alguna lagrimita recordando viejos tiempos y que el pecho a veces me gritaba muy fuerte que necesitaba un abrazo de alguien que ya no me lo podía dar.

No, durante ese par de días no abrí mi papel con la lista de lugares que me dejó mi madre, no intenté ir a ninguno de ellos, ni siquiera me lo planteé. Era pronto todavía, pero al menos sí percibía que había pasado el suficiente tiempo como para detenerme a pensar en hacerlo. ¿Por qué habría elegido aquellos cinco rincones del Pirineo? ¿Qué querría que encontrara allí? ¿Sería una de sus excentricidades o simplemente me estaba dejando por escrito sus lugares preferidos de la naturaleza para que los visitara de vez en cuando?

De cualquier manera, no era el momento de averiguarlo, aunque ese fin de semana sí me sirvió para alcanzar la última de las etapas de un duelo: la aceptación.

Regresé a mi ciudad con un aire distinto, mejor. Mi tía Julia me lo dijo nada más verme:

—Sil, te ha cambiado la expresión del rostro. Me alegra que hayas disfrutado del fin de semana.

No sé si el verbo exacto era “disfrutar”, porque en realidad no lo había hecho. Pero sí me había servido para entender que debía seguir avanzando y no me cabe ninguna duda de que fue una escapada necesaria y decisiva en mi vida.

El caso es que cuando regresé a mi residencia habitual comencé a plantearme muchas cosas. Pensaba en la fugacidad de la vida, en aprovechar el momento y en lo maravilloso que sería poder vivir una temporada rodeada de aquel entorno natural del que acababa de volver. Aquellas emociones fueron una mezcla entre los tópicos literarios *Tempus fugit*, *Carpe Diem* y *Beatus Ille* en toda regla, pero en vez de vivir en el Renacimiento me encontraba en pleno siglo XXI, en una sociedad en la que las tecnologías y las comunicaciones facilitan en muchos aspectos la vida. Qué peligrosas son las ideas que se te incrustan en la mente y dan vueltas por el cerebro sin parar.

Yo me veía allí, viviendo entre montañas, disfrutando de la naturaleza y sumando una aventura más a esta vida tan impredecible. Lo reconozco, el plan cada vez me parecía mejor. Total, en mi ciudad no me ataba nada. Mis amigas y mi pequeña familia seguirían estando presentes en mi vida, aunque fuera en la distancia. Igual que mi madre, yo tampoco había hipotecado mi vida por un piso en propiedad, así que con avisar a mi casero de que dejaría la vivienda con un mes de antelación, sería suficiente. Mis pertenencias eran más bien escasas: no me gustaba acumular cosas, ni tampoco tenía muchas opciones de hacerlo aunque quisiera, ya que vivía en un piso de cincuenta y ocho metros cuadrados. Mi recién estrenada profesión de nutricionista jugó a mi favor en este sentido, ya que aunque mi servicio ofrecía una opción presencial y me iba bastante bien con una pequeña consulta en la que recibía a mis pacientes, la mayoría de ellos en ese momento me contrataban para la modalidad online. Ventajas de la era digital. Mis ingresos con las consultas a distancia me daban para vivir y contaba con poder seguir ofreciendo mi trabajo en persona a los habitantes del lugar que iba a convertirse en mi hogar a partir de ese momento. Así que avisé también a la propietaria de mi local de alquiler y empaqueté todo lo que tenía allí en cuatro cajas medianas de cartón.

Pero, sin duda, mi fuero interno sabía que esa idea se había incrustado en lo más profundo de mi ser por un motivo: ella. Marga y su manía de adular la naturaleza, Marga y su pasión desmedida por las montañas, Marga y su última voluntad de hacerme recorrer cinco lugares preciosos. Así que ese mismo pueblo en el que había pasado el fin de semana, que se encontraba además a solo tres horas de mi ciudad, fue el destino elegido para embarcarme en una nueva aventura que lo cambiaría todo. Un lugar que, por supuesto, estaba a menos de una hora de todos

los puntos que mi madre me había marcado en su lista y que me permitiría, por lo tanto, cumplir ese último deseo suyo, si es que podía llamarlo así.

LORIÉN

Fue difícil irme, pero más complicado me resultó volver.

Cuando, hace cinco años, decidí alejarme de todo: de mis raíces, de mi pueblo, del lugar que siempre me había parecido mi paraíso particular, fue una prueba de fuego. Pero, al fin y al cabo, un motivo de peso casi me obligó a hacerlo y la motivación de descubrir mundo y convertirme en alguien mejor me ayudó a sobrellevarlo, incluso a disfrutarlo. Nunca llegué a irme del todo, iba y volvía, pasaba largas temporadas fuera y pequeños períodos de tiempo en mi casa, mi hogar. Eso sí, procuraba no salir mucho ni moverme demasiado por lugares en los que pudiera ser visto. Todavía no estaba preparado para asumir aquellas miradas de reproche y esos gestos de desaprobación que hicieron que la presión pudiera conmigo y tomara la decisión de marcharme un tiempo de allí.

Durante algo más de tres años fui más nómada que otra cosa y aprendí a vivir así. Era, incluso, la envidia de muchas personas que iba conociendo por el mundo. “Y tú, ¿de dónde eres?”, —me preguntaban. “Del mundo”, les respondía yo, antes de resumirles mi historia sin necesidad de entrar en muchos detalles.

Sin embargo, llegó un momento en que esa sensación que al principio era novedosa, positiva y universal al sentirme un ser perteneciente a algo tan inmenso como el planeta entero, sin especificar un sitio concreto, comenzó a pesarme. A una parte de mí le encantaba dar vueltas por el mundo, conocer gente nueva y, sobre todo, involucrarme en proyectos que ayudaban tanto a diferentes especies de animales como a comunidades de personas desfavorecidas. Pero mi otro “yo” se lamentaba por no tener un lugar al que regresar, un hogar en el que me extrañaran y se alegraran de verme.

Bueno, quizás eso no era exactamente así, pero mi familia, que siendo yo un niño y adolescente se extendía prácticamente a todo mi pueblo íntegro, porque así lo sentía yo, se había reducido considerablemente a mi hermana y mi padre. El resto de habitantes de la pequeña localidad que me vio crecer ya no sentían ese vínculo cercano hacia mí, y en parte me lo había ganado a pulso.

Aun así, empecé a pensar en el regreso. No sería una vuelta definitiva, pero quería tener esa sensación de pertenencia y de estabilidad que tanto me empezaba a faltar. Por eso, escribí a un par de conocidos, que por suerte me ofrecieron trabajo en uno de los sectores que más se movían en mi pueblo: la nieve y el turismo de deportes de aventura. Yo tenía experiencia de sobra e incluso algo de formación en ello, pero me reciclaría profesionalmente y me sacaría varios cursos más que me vendrían bien.

Pensé en la casa familiar de la aldea. La reformaría con mis propias manos lo necesario para sentirme a gusto en ella y vivir allí. Y así lo hice. Tras algo más de un año, había conseguido crearme ese hogar que tanto extrañaba y trabajar por temporadas en diferentes atractivos turísticos del valle en el que nací, crecí, y vivía de nuevo. Sin embargo, a pesar de haber vuelto por voluntad propia y de sentirme mejor con el cariño de los míos, los pocos que me quedaban cerca, la tristeza en mi rostro era todavía demasiado evidente. Me faltaban muchos perdones y demasiados alicientes que no conseguía interiorizar para ser de nuevo el de siempre. De hecho, no

tenía nada claro que ese Lorién de toda la vida fuese a regresar en algún momento, pero yo luchaba por recuperar la ilusión a través de cada proyecto en el que me involucraba.

Hasta que un día descubrí que no iba a ser precisamente nada laboral, por muy reconfortante que fuera el trabajo, lo que me devolvería las ganas de comerme el mundo.

LA LLEGADA

Me costó un poco encontrar contactos para visitar pisos en mi nueva zona de residencia. Al ser un valle muy turístico, la mayoría de pisos ofertados eran para alquiler vacacional y no para largas estancias.

Sin embargo, conseguí un par de teléfonos antes de mi llegada y tenía dos visitas concertadas. Había alquilado un hotel para las tres primeras noches, con la confianza de poder encontrar un alquiler pronto o, al menos, con la seguridad de que si no lo hacía podría quedarme en el hotel unos días más.

Eran los primeros días del mes de septiembre y la masificación de turistas del lugar había desaparecido, por lo que la disponibilidad de alojamientos turísticos era grande. Llegué a mi destino, aparqué en la puerta del hotel y me tomé mi tiempo. Solo había pisado ese ambiente un fin de semana en los últimos ocho meses, justo el tiempo que hacía que mi madre había fallecido.

Cuando salí del coche y respiré, no pude evitar que varias lágrimas se deslizaran por mis mejillas. “He vuelto”, dije hablando a todo aquello de mí misma que había aparcado durante tanto tiempo.

—Hola, buenas tardes —me dijo una señora que se cruzó conmigo mientras yo, recién aparcada, asimilaba todas las emociones que me invadían en ese instante.

Su voz me sacó de mi abstracción, y casi más por inercia y educación que por otra cosa, le devolví el saludo. No la conocía de nada, no la había visto nunca, pero aquella mujer que se dirigía a su casa tras hacer la compra me saludó de una forma tan mecánica y amable que me gustó. Como si solo por el hecho de haber llegado a su pueblo creyera que merezco un recibimiento agradable.

Mi madre, que como ya he mencionado era muy espiritual, no creía en ningún Dios pero sí lo hacía en las energías, en las sensaciones, en los impulsos e incluso en el karma. Ella tenía un don especial para identificar a las buenas personas, aunque es cierto que siempre tendía a dar un voto de confianza a todo el mundo. Por mucho que en la vida hubiera sido víctima de engaños, conflictos no buscados y malas experiencias (como todos), ella no perdía la esperanza y creía firmemente que las buenas personas son más y sus acciones son más potentes en el equilibrio del

planeta, aunque eso sí, insuficientes. Este optimismo individual desaparecía cuando se refería a la especie humana global, de la que destacaba siempre su egoísmo e individualismo por encima de la solidaridad y colaboración mutua que nos permitiría conseguir grandes cosas. Sonaba contradictorio, pero yo aprendí a comprender la esencia de su pensamiento.

Es difícil tener esperanza en una sociedad que abre los telediarios a diario con asesinatos, guerras, guerrillas, atentados, casos de corrupción y agresiones sexuales. Pero ella la tenía, a pesar de mantener su realismo al mirar alrededor y criticar conscientemente el mundo que nos rodea. Decía que aquellos que controlan el mundo callan lo bueno para quitarnos la esperanza y doblegarnos a un sistema en el que pensar por uno mismo es prácticamente un acto de héroes o de locos. Pero sostenía, al mismo tiempo, que las buenas acciones están por todas partes, y a mí ese saludo desinteresado de aquella mujer desconocida me pareció una de ellas.

Descargué mi equipaje y me instalé en el hotel, a la espera de que llegara la hora de ver mis dos opciones de alquiler: un piso y un dúplex. El primero, algo más pequeño y también más barato, cumplía con mis necesidades pero el segundo me enamoró por completo. El precio era un poco más alto pero tenía una habitación más y un jardín precioso en el que me imaginé de inmediato. Así que en cuanto pude verlo de primera mano, no me lo pensé, descarté buscar más visitas y dije que sí a la señora propietaria del segundo alojamiento.

Alquilé el dúplex para los próximos doce meses. Era grande, al menos teniendo en cuenta que estaba yo sola, pero quería algo amplio ya que uno de mis objetivos era convertir una de las tres habitaciones de mi nuevo hogar en una consulta física donde poder atender a mis pacientes, si finalmente conseguía asentar el servicio de nutrición en mi nuevo destino.

Además de tres habitaciones, una en la planta de abajo y dos en la de arriba, tenía también un baño en cada piso, una cocina muy amplia y un salón muy luminoso. Pero la parte que me enamoró, sin duda alguna, fue el jardín. Un espacio precioso y perfecto para desayunar al sol en verano, cenar al aire libre mientras el clima me lo permitiese e incluso practicar una de mis actividades semanales preferidas: mis sesiones de yoga.

Coloqué mi ropa en el armario del que iba a ser mi dormitorio y saqué algunos de los detalles que había llevado para intentar hacer de aquella casa un hogar más personal. Algunos cuadros, marcos de fotos y elementos varios de decoración me hacían sentir más cómoda.

Tras mi primera noche en el pueblito en el que ahora vivía, me dediqué a seguir organizando un poco mi mudanza. Necesitaba comprar algo de comida y salí a ver qué encontraba por allí. Ya conocía el pueblo antes de mudarme, puesto que había pasado algún fin de semana en mis escapadas a la montaña y recordemos que había vivido en ese lugar durante

tres años de mi primerísima infancia. Pero la perspectiva de un sitio cambia mucho cuando empiezas a verlo como tu lugar de residencia en la edad adulta, en vez de como un pueblito rural de vacaciones o de fin de semana. De mi etapa infantil tenía únicamente vagos recuerdos de parques y del aula de mi colegio en preescolar.

Salí a la calle con mis bolsas de tela guardadas en la mochila y, mientras investigaba todos los (pocos) comercios que había entre las calles de esta localidad, me saludaron como tres o cuatro vecinos del pueblo. Qué poco cuesta decir “Buenos días” o esbozar una sonrisa, qué poco acostumbrados estamos a hacerlo en las ciudades y qué bien sienta cuando notas esa amabilidad.

Detecté que en total, los establecimientos de la población apenas eran más de diez. Había una tienda de ultramarinos que vendía también pan de obrador propio, carne y embutidos; una pequeña frutería, dos bares, una peluquería, una farmacia, varios negocios de deportes de aventuras, con venta y alquiler de material para dichas actividades y una papelería. No era gran cosa, pero podría apañarme. Para compras más ambiciosas tenía que recorrer veinticinco kilómetros y desplazarme a un pueblo más grande que contaba con más servicios y empresas, incluidos un par de supermercados grandes.

Al primer sitio que entré fue a la frutería y me quedé maravillada con la apariencia de todos los productos. Nada que ver, por supuesto, con la imagen plastiquera de las frutas y verduras de las grandes superficies, envueltas normalmente en varios envases de plástico. En esta pequeña tiendecita todo era apetecible y, tras hablar un poco con la chica que me atendió, supe además que la mayoría del género era de kilómetro cero.

—Buen día, ¿qué te pongo, *dona* ? —me recibió la propietaria de la frutería.
—Hola. Quería un kilo de tomates. ¿Son cultivados en la zona? —le pregunté.
—*Y tan* . De los *praus* del Silbán, de Casa Folien —me respondió.

Yo, al principio, no entendía nada. Ni sabía quién era el Silbán, ni qué casa era la que me comentaba ni entendía algunas de las palabras que me decía. No obstante, deduje que se trataba del dialecto aragonés que utilizaban en la zona, ya que sabía que en el valle en el que me había instalado protegían, cuidaban y utilizaban todavía una habla aragonesa con cientos de años de historia.

Sonreí a la chica aprobando su respuesta y seguí pidiendo. Ella, que debió intuir en mi rostro una mezcla de timidez, ilusión y novedad, me preguntó:

—¿Estás aquí de vacaciones?

—No. En realidad acabo de alquilar un piso para larga estancia, estoy en plena mudanza. De momento, durante un año, y luego ya veremos.

—Ah, ¿no serás tú la *dona* que ha alquilado el piso de Pepita? Ya me comentó que era una muchacha así como aparentas tú, jovenzuela, simpática, que parecías buena chica. Yo le dije que más valía, que uno no sabe a quién alquila sus propiedades y luego pasa lo que pasa. Que si los okupas, que si destrozos, que si problemas. No alquilaría yo nada, no, no me fío. Hay que tenerlo todo muy atado.

Mientras hablaba y encadenaba un enunciado con otro, yo me limitaba a mirarla con mi mejor sonrisa. Quería parecer amable en mi primera interacción con alguien del pueblo.

—Me llamo Espe. No me vayas a llamar Esperanza que lo detesto, ¡eh! Espe, así, abreviado, para todo el mundo —me explicó tajante pero divertida al mismo tiempo.

—Encantada, yo soy Silvia —le respondí, mientras su nombre me parecía familiar y pensaba al mismo tiempo en la gran paradoja de que la primera persona que se me presentaba en ese lugar tuviera el nombre del sentimiento que necesitaba para comenzar mi nueva etapa.

—Nos veremos por aquí, entonces. Y cualquier cosa que necesites, ya sabes. Yo vivo donde la farmacia, en el piso de al lado. Me avisas y listo.

Agradecí mucho su predisposición y me fui a casa con mis bolsas de tela cargadas de frutas y verduras, que tenían una pinta estupenda.

Espe aparentaba ser un poco más mayor que yo. Era muy guapa, su belleza me llamó la atención. Sus ojos grandes y de color marrón intenso destacaban en su rostro. Tenía un cabello castaño, liso y brillante que llevaba suelto, con unas horquillas que le sujetaban el flequillo para que no se le pusiera delante de la cara. De estatura media, sus curvas se hacían visibles a través de unos tejanos ceñidos y una camiseta de manga corta que le estilizaba el cuerpo. Tenía también una sonrisa amplia que me inspiraba confianza. No tuve la sensación de que pasara de los treinta años. De hecho, en ese momento me pareció que no llegaba a esa edad, y días más tarde confirmé que no me equivocaba. Enseguida me percaté de que era una chica cercana pero al mismo tiempo directa y clara. No le faltaba conversación y se notaba que dominaba tanto su trabajo, como su negocio y, por supuesto, la información de todo el pueblo. Estaba segura de que no se le pasaba por alto nada de lo que ocurría entre esas calles, y pronto corroboré que, aunque las primeras impresiones no siempre son correctas, en ese caso acerté de pleno.

Me dio buena impresión y me gustó que se ofreciera a ayudarme si necesitaba cualquier cosa. Al fin y al cabo, estaba sola en un sitio pequeño y curiosamente Esperanza (perdón, Espe) fue la primera en mostrarse dispuesta a sacarme de ese estado en el que me encontraba.

Aquella mañana cociné algunas de las verduras que había comprado. Comí degustando sabores de verdad, reales y de calidad. Descansé un poco por la tarde y después estuve atendiendo mis compromisos laborales a través de la pantalla de mi portátil. No hice mucho más, pero fue suficiente para ir empezando.

Me encontraba en una localidad de menos mil habitantes donde la soledad era aparentemente más peligrosa que en la ciudad, donde no conocía absolutamente a nadie. Pero también donde sentía más fuerte que en ningún sitio la energía que me mandaba mi madre desde algún lugar de este complejo universo. Y allí, precisamente allí, en un pueblo tan pequeño, alejado de grandes urbes, con mucha escasez de servicios y mal comunicado, recuperé, con el tiempo, la fe en la Humanidad.

Eso sí, no sabía que los días que venían iban a ser bastante más intensos y, por supuesto, el cometido que me había llevado hasta allí estaba más presente que nunca: descubrir por qué mi madre me había dejado aquella lista de cinco lugares por recorrer.

ÉL

Los siguientes días transcurrieron con aparente tranquilidad. Me asenté del todo en mi nuevo hogar, le di un toque personal y terminé de colocar todas mis cosas. Paseé por el pueblo, atendí mis compromisos laborales y me tomé varios tés en el jardín. Septiembre aún retenía la esencia del verano, y el entorno no podía ser más bonito.

Regresé en varias ocasiones a la frutería de Espe a por más frutas y verduras. No me considero vegetariana pero limito al máximo el consumo de carne y pescado. Llevaba ya unos cuantos días en aquel lugar y ya empezaba a sentirlo como propio.

En una de mis salidas a reponer la nevera, me acerqué al negocio de mi única conocida hasta el momento en el pueblo y, ya desde fuera, vi a través de la cristalera a Espe hablando alegremente con un hombre, que estaba de espaldas a mí. Por su apariencia deduje que rondaría también los treinta años y su voz y tonalidad sonaban rotundas, graves, varoniles. Justo cuando yo me disponía a atravesar la puerta del pequeño comercio, él se giró con una gran caja de cartón llena de alimentos con intención de salir del local, sin percatarse de mi presencia. Casi se le cayó todo al suelo e hizo automáticamente un gesto de entre susto y desaprobación. Yo me disculpé por el amago de choque que tuvimos, el cual no llegó a producirse. Él, entonces, levantó la mirada y cambió radicalmente su expresión.

—Ay, perdona… —le dije yo, tímida.

—Eh, anda, hola. Tranquila —me respondió, y se quedó quieto unos segundos, justo en la puerta de la frutería, bloqueando mi entrada.

—Lorién, si no dejas entrar a mi clientela te pasaré a ti mis facturas —le soltó Espe con la gracia que le caracterizaba.

—Ay, sí, sí, disculpa. Pasa, claro. Es que no te había visto por aquí antes —me dijo.

—Pues claro que no, si acaba de llegar al pueblo la chiquilla —aclaró Espe.

—Ah, unos días de vacaciones en la naturaleza, ¿no? —me preguntó mirándome a los ojos.

Y cuando vi que Espe se disponía a hablar por mí de nuevo, me adelanté y me expliqué yo misma.

—No, en realidad he venido para quedarme. Bueno, de momento —puntualicé.

—Qué bien, así que tenemos nueva vecina en el valle —respondió él con una sonrisa—. Pues encantado. Soy Lorién. Vivo en una aldea cercana pero como allí no tenemos tiendas ni bares, vengo a menudo por aquí. Nos veremos mucho.

—Claro, seguro —dije yo.

—Está donde *la Pepi* , que le ha alquilado el dúplex un año. Se llama Silvia. Silvia, este es mi hermano, que para incordiar siempre está dispuesto —intervino Espe sin poder remediarlo.

—Encantada, Lorién. Nos veremos entonces.

—Igualmente, hasta pronto.

No pude evitar fijarme en su mirada. Yo, igual que mi madre, tenía la habilidad de leer las miradas. Y me pareció una mirada honesta, profunda, llena de buenas intenciones pero que a la vez ocultaba cierta tristeza. Espe, a la que no se le escapaba una, me observó y me dijo:

—Nena, está soltero. Pero es un caso perdido, ya te lo digo. Y no es odio de hermana, que yo lo quiero mucho, ¡eh! Pero no he conocido hombre que vaya más a su aire que este. ¿Compromiso? Ni conoce lo que significa esa palabra. En fin, ¿qué te pongo, *dona* ?

Lorién es un chico de mediana altura. Medirá entre 1,70 y 1,75 metros. Su pelo castaño y largo le aporta un toque especial, diferente. Cuando lo conocí tenía una corta melena desenfadada, apartada de la cara con una fina cinta, que encajaba a la perfección con el estilo montañés de aquel lugar. Sus ojos marrón oscuro y rasgados le otorgan un aire exótico que, sin duda, llaman la atención.

En nuestro primer encuentro, vestía pantalones piratas anchos, caídos, de tejido vaquero pero de color verde, que dejaban a la vista sus piernas fibrosas, musculadas y morenas. Sus gemelos parecían duros como piedras. Su camiseta de manga corta también mostraba unos brazos trabajados y dejaba constancia de que el moreno era el color de piel uniforme que tenía en todo el cuerpo. Al sujetar la caja de fruta, pude fijarme en cómo se le marcaban perfectamente los músculos, que sin ser exagerados, eran sin embargo evidentes. No llevaba pulseras, ni colgantes, ni pendientes, ni tatuajes, ni ningún complemento extra excepto su riñonera, en la que imagino que guardaba el móvil, la cartera y las llaves de su coche.

En definitiva, Lorién tenía un estilo informal y transmitía un aire que podría definirse incluso como magnético. A mí, desde luego, me lo pareció, y eso que aquella fue solo la primera de las muchas veces que nos vimos.

Lorién entró en mi vida de repente, sin avisar, y tuve la impresión de que se convertiría en alguien importante. Con su imagen todavía en mi cabeza, hice la compra y me fui a casa con la extraña sensación de que algo bonito había ocurrido en nuestro cruce de miradas. Nos habíamos

transmitido a través de ellas mucho más de lo que lo habíamos hecho con nuestra breve presentación verbal.

Espe m e había propuesto tomar algo aquella tarde. Era viernes y uno de los bares del pueblo abría hasta bien entrada la madrugada. Era lo más parecido a un pub que teníamos cerca, y Espe era lo más parecido a una amiga que tenía allí, así que acepté.

Cuando llegué puntual, a las nueve, vi a Espe con otra chica conversando alegremente en una de las mesas del local. Era Ixeia y pronto se convertiría en otro de los pilares fundamentales para mí en ese pueblo. De pelo negro y rizos naturales, su tez morena era especialmente llamativa y contrastaba con unos ojos verdes poco habituales en un físico como el suyo. Tenía la cara llena de pecas, y ese rasgo conformaba una característica inequívoca de su apariencia. Su manera de gesticular, de expresarse y, sobre todo, su gran capacidad para escuchar, hicieron que me transmitiera, desde le primer momento, una energía muy positiva. Entré sonriente y mi amiga la frutera en seguida me presentó.

—Mira Ixeia, es Silvia, ya te he hablado de ella. Viene para quedarse, al menos una temporada, ¿no? —me preguntó, cómplice.

—Hola, encantada. Sí, eso espero. De momento tengo alquiler para un año, luego ya veremos.

—Hola Silvia, encantada. Y suerte que has tenido con el alquiler, ¿no? Aquí, en esta zona tan turística, no es fácil encontrar algo decente para vivir de continuo. Los propietarios hacen números y ganan más con los turistas y al final los vecinos del valle pagamos las consecuencias. En fin, capitalismo puro y duro, qué te voy a contar.

—Ya… —respondí sin saber muy bien qué decir —. Yo de momento estoy contenta. El dúplex es precioso y tiene todo lo que necesito. Poco a poco iré habilitando una de las habitaciones como consulta, a ver si consigo hacerme un hueco.

—¿Una consulta? ¿De qué? —preguntó Espe muy interesada, como percatándose de que había muchos detalles de mí que aún no conocía, y a ella claro, no se le podía escapar nada de alguien que estuviera a menos de tres kilómetros a la redonda de su persona.

—Soy nutricionista. Tengo un negocio de ello y en mi ciudad de origen contaba con una consulta presencial en un local de alquiler, pero también dispongo de un servicio con citas online. De momento me mantengo con esta vía digital, pero necesito ir haciéndome un hueco para no ir muy apurada.

—Anda, qué interesante —dijo Espe, y parecía realmente emocionada. A continuación entendí el motivo.

—¿Sabes qué Ixeia tiene en el pueblo de al lado una pequeña tienda ecológica y de cero residuos? Y yo la frutería. Las tres nos movemos en el sector de la alimentación saludable.

Y entonces mi cerebro empezó a ir a mil por hora porque comencé a imaginar cientos de formas de colaborar entre nosotras para salir todas beneficiadas. Nuestra conversación se centró en este asunto y de ahí salieron muchas ideas y algún que otro proyecto que más tarde llevaríamos a cabo. A partir de ese momento creamos un grupo de WhatsApp al que pusimos de nombre "Healthy ladies" a modo de broma y, esa noche, justo en esa conversación, comencé a forjar una primera amistad con dos mujeres del valle maravillosas. Una amistad que, por cierto, se formalizó con una ronda de chupitos tras toda nuestra lluvia de ideas en el sector laboral. No suelo beber alcohol, pero un día es un día.

—*Dona* , por cierto, he hablado con mi *pai* y con *la Pepi* y están seguros de que eres la hija de Marga. ¿Tú es que has vivido aquí de pequeña? Yo recuerdo a una Silvieta pequeñuela de unos cursos por debajo de mí aquí en el pueblo. ¿No serás tú? —me preguntó Espe.

—¿Me recuerdas? —pregunté asombrada. —Yo era muy pequeña, tengo muy pocos recuerdos de mi infancia aquí, me fui con apenas cinco años… —expliqué intentando excusarme.

—¡Así que es cierto, eres tú! Qué cosas, qué vueltas da la vida, ¿verdad? ¿Cómo no lo has dicho antes? ¿Y qué hace tu madre? Me han dado recuerdos para ella, fue una mujer muy querida en el pueblo y en el valle.

Se me hizo un nudo en la garganta y mi mirada lo dijo todo. No hablamos mucho del tema, me apetecía desconectar, pero les expliqué brevemente que ella había fallecido hacía pocos meses y les agradecí sus condolencias. Me pareció alucinante que la vida me hubiera devuelto a un lugar en el que todavía me recordaban, a pesar de que yo apenas conservaba imágenes en mi memoria de ese sitio y de aquella gente. Y en ese momento tuve la sensación de que las casualidades no siempre son tales y de que, aunque sea algo que se escapa a la percepción y a la comprensión humana, quizás haya factores externos que guían nuestra existencia y nos colocan en determinados lugares en el momento preciso.

Retomamos otros asuntos y me permití pasarlo bien y disfrutar de aquella noche, no sin sentir un pellizquito en el corazón, una especie de sentimiento de pertenencia a ese lugar inherente a mí que me atrapaba de alguna manera.

Cuando estaba pletórica, eran más de las doce de la noche, había cenado, reído, proyectado un futuro laboral con mis dos nuevas amigas y llevaba un par de chupitos en el cuerpo, la noche me dio una nueva sorpresa: Lorién acababa de entrar en el local con un grupo de amigos y amigas.

Yo me di cuenta al momento, pero no quise demostrarlo. Así que una parte de mi capacidad de visión periférica me ayudaba a tener controlado al hermano de Espe, pero la mayoría de mi ser seguía entregado a disfrutar la noche con las “Healthy ladies”. No obstante, en un momento de despiste me giré y ya no estaba en el rincón donde se había sentado con sus amigos. Lo había perdido de vista. Por pocos segundos, porque me levanté a pedir otra ronda y enseguida noté cómo alguien me daba unos toques en el hombro. Me di la vuelta y vi que era él.

—Hola Silvia —me saludó.

—¿Qué tal? —intenté seguir la conversación.

—Muy bien. Ahora mejor, me alegra verte. Te dije que coincidiríamos mucho, y ya van dos veces en el mismo día. Aquí todos acabamos yendo a los mismos lugares: ventajas e inconvenientes de vivir en un sitio tan pequeño.

¿Qué había significado ese “ahora mejor”? ¿Estaba ligando conmigo? Me puse nerviosa, pero continué hablando con él aparentando tranquilidad.

—Bueno, para mí de momento es una ventaja. No conozco a mucha gente y así me resulta más fácil integrarme.

—Ya, bueno, ya me lo contarás cuando todos los de este pueblo y los de alrededor sepan cada movimiento que das en tu vida. Eso no es tan positivo.

Lo miré con cara de susto y él notó la inquietud en mi rostro, así que me tranquilizó.

—Bueno, igual he exagerado, no es para tanto —me dijo. Y yo sonreí cómplice y con ternura, al notar que se había preocupado por no alarmarme demasiado.

Entonces el camarero me sirvió las consumiciones que había pedido y, al extender mis brazos para cogerlas, el tatuaje de mi muñeca quedó a la vista. Percibí cómo detenía su mirada en él y se quedaba unos segundos observándolo.

—Este tatuaje… ¿qué es? Lo he visto antes, he visto este símbolo en alguna parte —me preguntó él, con aparente inocencia e interés, aunque a mí me costó digerir sus palabras.

Mi corazón dio un vuelco. No podía ser. Si me estaba diciendo eso para ligar, no tenía ninguna gracia. Me mostré arisca y reticente a contestarle, así que simplemente me encogí de hombros, le deseé una buena noche y volví a mi mesa con Ixeia y Espe.

Él se quedó inmóvil, desubicado, como preguntándose qué podía haberme sentado mal, y cuando confirmó que efectivamente yo había vuelto con mis amigas sin apenas despedirme, él hizo lo propio y regresó con los suyos. Sentí su mirada durante el resto del tiempo que ambos

compartimos espacio en el bar, pero esa noche no volvimos a intercambiar ni una sola palabra. No obstante, no tardaríamos muchos días en encontrarnos de nuevo, y esta vez hallaría la explicación a su pregunta.

LORIÉN

Recuerdo perfectamente nuestro primer encuentro en la frutería de mi hermana. Yo, que iba cargado con una caja hasta arriba de frutas y verduras, vi solo una sombra que estuvo a punto de tropezar conmigo y derribar en consecuencia todo lo que llevaba encima, pero no. Eso no ocurrió. No hubo choque, ni cayó nada al suelo, pero ese sí fue el inicio del derribo de ciertos estigmas y muros invisibles que yo mismo había levantado alrededor de mis sentimientos.

Alcé la vista y allí estaba ella. No recordaba haberla visto antes por el pueblo. Una jovencita que rondaría los veinticinco años, rubia, con la piel clara y de estatura bajita. Parecía concentrar en su pequeño cuerpo una gran fortaleza y personalidad. Me fijé enseguida en que aquella chica transmitía un brillo especial en la mirada que me inspiraban atributos muy diversos: inocencia, diversión y libertad. Tres rasgos que, si lo piensas, rara vez se dan simultáneamente en una misma persona. La inocencia suele ir de la mano con la excesiva prudencia, que muchas veces está reñida con la diversión. La libertad muchas veces es divertida, pero no suele ser inocente. Sin embargo, ella me transmitió esas tres emociones de golpe, y quizás por eso me llamó tanto la atención.

En nuestro cruce de miradas hubo una clara conexión. Fuimos capaces de hablar sin pronunciar ni una sola palabra y todo lo que nos dijimos en silencio fueron cosas bonitas. De hecho, mi expresión irritada por el encontronazo se transformó de inmediato en una enorme inquietud por saber más sobre ella. Un sentimiento que se acrecentó en cuestión de segundos al saber que no era una turista más, sino que se acababa de convertir en una vecina nueva del pueblo.

Al volver a verla aquella noche en el bar, el magnetismo fue inmediato: necesitaba acercarme a ella. Pero su reacción ante mi pregunta sobre su tatuaje me dejó algo descolocado. Su inocencia se había transformado de repente en desconfianza y dolor, y yo no entendía nada. Sin embargo, encontré la explicación poco después, y todo comenzó a encajar, igual que las piezas de un puzzle cuando al fin consigues darle sentido.

EL TATUAJE

No me llamo Silvia por casualidad, ni porque al oído suene bonito o porque haya una tradición familiar con este nombre. No. Mi madre no dejaba estas cosas al azar ni a la herencia. Me llamo Silvia porque parece ser que mi nombre deriva del latín *silva* (selva) y la evolución de su significado hasta hoy, como nombre de mujer, es el de 'natural de los bosques', o 'reina de la naturaleza'. Y mi madre no solo me puso un nombre de pila, sino que inventó un pequeño símbolo que integraba, además de su filosofía de vida, también el significado del nombre de su hija. Me lo dibujaba siempre, e incluso creo que fue una de las primeras cosas que aprendí a trazar.

En mi cuerpo llevo únicamente un tatuaje, y ella nunca llegó a verlo porque lo hice tras su marcha. El símbolo es sencillo pero con mucho significado. Tres siluetas de tres personas envueltas en un conjunto de curvas que simulan la apariencia de un árbol. La naturaleza que integra a la Humanidad, y no al revés. Las personas dentro de un ente más grande, un árbol que simboliza a toda la fauna y la flora con la que compartimos el planeta. Yo, Silvia, dentro de mi propio nombre, el bosque, la naturaleza. Un dibujo que se traza en cinco segundos, que hasta un niño de seis años podría dibujar, pero que para mí lo significa todo. Recuerdo perfectamente cómo ella lo pintaba automáticamente en papeles, libretas, cuadernos o folios mientras hablaba por teléfono, cuando asistía a cursos o al mismo tiempo que leía el periódico o veía las noticias.

Ese símbolo era algo suyo, pero también mío; un pictograma que, obviamente, a cualquier otra persona se le podía haber ocurrido pero en mi vida solo tenía un significado: nosotras. Por eso me lo tatué, para no olvidar nunca sus enseñanzas y sentir siempre su esencia.

Así que el hecho de que la otra noche Lorién me dijera que había visto ese símbolo en otra parte me descolocó por completo. Solo encontraba tres explicaciones: que fuera mentira, que fuera verdad o que, sin ser verdad ni mentira, hubiera confundido ese símbolo con otro similar que había visto en redes sociales o en cualquier otro sitio. De cualquier forma, mi reacción no fue la más adecuada, pero es que era lo último que me esperaba en ese momento.

Por todo lo demás, yo estaba contenta de haber empezado a forjar cierta relación con dos mujeres del pueblo. Me encontraba nerviosa con el hecho de que Lorién hubiera aparecido allí, y volví a sentir cierta tensión entre ambos: nuestras miradas, nuestros gestos y nuestra actitud

decían mucho más que nuestras palabras. Pero esa tensión, que en un inicio yo valoraba como positiva, quizás se había convertido en todo lo contrario tras mi actitud cortante y un pelín maleducada. Esperaba poder coincidir de nuevo con él y poder aclarar lo ocurrido, además de investigar un poco sobre si realmente él había visto ese símbolo en alguna parte.

No tuve que esperar mucho, pues a los tres días de aquella noche, mientras tomaba un té al sol en mi jardín después de comer, vi que salía del bar que había justo en frente de mi casa. Dudé unos segundos, pero finalmente me puse de pie para hacerme visible, grité su nombre y se giró:

—¡Lorién! ¡Hola! —le saludé, intentando parecer simpática.

—Ey, *¿qué fas?* —me respondió en un aragonés que le salió automático. Y él mismo continuó la conversación mientras se acercaba a la pequeña verja de mi jardín.

—¿Cómo acabaste la otra noche? ¿No te volvieron loca mi hermana e Ixeia? —bromeó.

—No, no, qué va, fue divertido. Y estoy encantada de que me hayan acogido tan bien, me siento ya como en mi casa y apenas llevo tres semanas en este lugar. Oye, ¿te apetece un té? O bueno, igual tienes cosas que hacer… —dije para anticiparme a una posible negativa a mi propuesta.

Él se quedó pensativo, dudando, pero finalmente respondió, muy seguro.

—Sí, claro. Hace muy buena tarde para pasar un ratito al sol.

Le preparé un té verde, pues de las opciones que le di, fue la que más le apeteció en ese momento. Yo continué con mi té de naranja con canela. Así que de pronto allí estábamos, con unos rayos de sol proporcionándonos vitamina D, en el jardín de mi dúplex, charlando en una conversación de lo más distendida. Pero yo tenía un objetivo muy claro, bueno dos: preguntarle si era cierto eso de que había visto mi tatuaje antes en alguna parte y, de ser verdad, averiguar exactamente dónde. Y pedirle disculpas porque realmente me arrepentía de mi actitud de la otra noche.

—Oye Lorién, el otro día me preguntaste sobre mi tatuaje… —él me interrumpió en seguida, excusándose por algo que notó que me incomodó.

—Sí, perdona. Luego pensé que a veces los tatuajes esconden historias muy personales, y que quizá fuera el caso. No debí sacarte el tema, me dio la sensación de que no te sentó muy bien.

—No, soy yo la que debo pedirte disculpas, me pilló descolocada. Fui una maleducada… El caso es que me gustaría saber si es cierto eso de que crees haber visto este símbolo en algún lugar.

—Bueno, yo juraría que sí, al verlo me vino el *flash* . Pero igual me equivoco, no te lo quiero asegurar.

—Entiendo. Y de ser cierto lo que dices y poniéndonos en el caso de que no te confundes, ¿recuerdas dónde pudiste haber encontrado este símbolo dibujado?

—Sí, si es el que yo digo, estaba en un libro de firmas que hay en el refugio de Pardanesa, justo al lado de un ibón precioso al que se llega… —no le dejé acabar la frase.

Me levanté de golpe y entré directa a casa. Cogí el papel que me entregó mi madre días antes de morir y revisé la lista de lugares que me había pedido que visitara.

Ibón y refugio de Pardanesa.

Era el primero de la lista. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y mis ojos se llenaron de lágrimas que no se atrevían ni a deslizarse por mis mejillas. No me lo podía creer. Esa lista, ¿qué era entonces? ¿Un juego? ¿Un jeroglífico? ¿Un rompecabezas? ¿Mi madre me estaba queriendo meter en una aventura en la que debía recorrer ciertos lugares para encontrar, quizás, pistas suyas? Es que no entendía nada.

Mi cara debía ser un poema y Lorién creo que incluso se asustó.

—Oye Silvia, ¿estás bien? ¿He dicho algo que no debía? Si quieres me voy…

—No, no, perdona, de verdad. Estoy viviendo ahora mismo una situación muy surrealista.

Y le expliqué todo. Lo del fallecimiento de mi madre, lo de la lista con esos cinco rincones del Pirineo, el motivo que realmente me había traído hasta ese pueblo, el significado del tatuaje y el porqué de mi asombro y mi reacción. Noté cómo a cada dato nuevo que le daba, Lorién abría más los ojos. Tenía que estar alucinando.

—Necesito que me lleves allí. Necesito ver qué hay en ese lugar, qué es lo que quería mi madre que viera.

—Claro, cuando quieras.

—Ahora. Por favor. Bueno, si puedes…

Y a pesar de mirarme como si estuviera loca, Lorién accedió. Los días todavía eran largos y apenas eran las tres y media de la tarde. Si salíamos en ese momento, estaríamos en el inicio de la ruta en media hora, y sobre las cinco y media habríamos llegado al ibón y al refugio. Yo ya había estado allí antes, pero nunca con la intención de encontrar mensajes ocultos de mi madre muerta, claro.

Efectivamente, recordaba la belleza del lugar. Había que andar aproximadamente hora y media entre bosques, cascadas y caminos muy estrechos para llegar a un ibón de agua turquesa y cristalina que te recibía con toda su grandeza. Una vez allí, parecía que el tiempo se detenía y solo quedaban los árboles, el agua, el sonido de los animales y los allí presentes. Era un rincón muy especial y, aunque había ido allí un par de veces en mi vida, nunca había entrado al refugio que había a solo cinco minutos del ibón.

Hicimos el recorrido a buen ritmo. Yo estaba nerviosa y mi cuerpo no podía ir a una velocidad menor. Lorién estaba en forma y no tuvo ningún problema en llevar un ritmo acelerado. De hecho, creo que él mismo tenía casi la misma curiosidad que yo por ver a dónde nos llevaba todo aquello.

Cuando llegamos, estábamos solos. Era un día entre semana, de finales de septiembre y la tarde ya estaba bien avanzada. No era un lugar en el que esperábamos encontrar compañía, cosa que por otro lado agradecí.

Entré directamente al refugio y vi un libro de firmas encima de una mesa de madera. La gente que visitaba el lugar escribía allí mensajes, reflexiones, sensaciones y emociones. Hice el amago de buscar el supuesto mensaje que podía haber escrito mi madre, pero entonces me di cuenta de que el libro era muy extenso y no tenía ni idea de por dónde empezar, así que me giré, miré a Lorién y él me entendió a la perfección.

—Estaba al principio, estoy seguro. Siempre que me encuentro con uno de estos libros en algún refugio, me entra mucha curiosidad y, si tengo tiempo, lo leo desde el principio. La de historias que he conocido a través de estos papeles…

A mí me pareció superinteresante esa afición de leer libros de firmas de refugios de montañas que Lorién estaba compartiendo conmigo, pero en ese momento no tenía el tiempo ni la capacidad para expresarle que me resultaba una práctica preciosa, porque mi cabeza y mi corazón solo querían encontrar ese símbolo que podía ser el mismo que mi tatuaje, y si tenía suerte, quizás estaba acompañado de algo que ella misma escribió en algún momento de su vida y que pretendía que yo encontrara.

Abrí el libro y empecé a pasar páginas. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis… Nada. Y cuando iba por la octava, lo vi. El símbolo. Era igual, idéntico, y pude reconocer incluso el trazo de mi madre al dibujarlo. Miré la fecha. 30 de agosto de 2013. ¡Hacía diez años! Yo, por aquel entonces, apenas había cumplido los 13. Y, efectivamente, el símbolo, mi símbolo, nuestro símbolo, iba acompañado de un mensaje manuscrito.

> Ojalá los humanos pudiéramos conectar entre nosotros de una manera tan mágica como lo hace la naturaleza entre sí. Cuando dos personas lo hacen, es que han logrado traspasar todas las fronteras del *ser* y alcanzar el nivel del sentir. Son ya parte de la esencia de este planeta. Por desgracia, no todos pueden. Por suerte, algunas sí. ¿Te has planteado a qué grupo perteneces?

Mi madre lanzaba esa pregunta y la dejaba en el aire, dibujando a continuación el símbolo que yo, diez años después, me había tatuado. Recordé su carta, la recordé a ella. Reconocía aquella espiritualidad en su persona. Habíamos hablado muchas veces sobre ello, sobre la capacidad de empatía de las personas, sobre la Humanidad, sobre el obsesivo afán de control del ser humano.

La naturaleza es libre y sigue su curso. Y lo hace por inercia, sin planificarlo. A nadie le preocupa lo que sentimos cada uno de nosotros de manera individual, eso no influye en el progreso de las leyes naturales ni en el desarrollo de las especies que habitamos este planeta. No es importante si somos mil más o mil menos, de hecho mil más, a veces, es peor que mil menos. Destrozamos lo que tocamos y acaparamos cuanto descubrimos. Y, mientras tanto, nos olvidamos de que somos una más, una especie más de las que habitan un planeta excepcional. Una que ha desarrollado una capacidad de inteligencia en algunos campos, de acuerdo. Pero que también ha perdido el foco de lo importante en otros. Debemos cooperar más, y no solo entre nuestra especie, los humanos, sino también y, quizás sobre todo, con el resto de seres vivos con los que compartimos espacio.

Marga siempre decía que quien es capaz de empatizar con una hormiga, un gusano o una flor, es que ha pasado al grupo de los que son esencia natural. Vamos por ahí matando bichos y arrancando flores sin ni siquiera pararnos a pensar en ello. Porque nos creemos mejores, superiores y con más derechos. Solo quien tiene esos pequeños detalles en cuenta entiende que hacerlo, implica destrozar su propio milagro: el de la vida.

Ver su letra manuscrita en aquel libro me hizo sentir algo inexplicable. Como si una parte de ella siguiera allí, como si la pudiera sentir a mi lado en aquel momento. Me tuve que conformar con la Marga de hace diez años.

Miré a Lorién, que me había dejado mi espacio para asimilar toda esa situación, y cuando establecimos contacto visual, se lanzó a abrazarme. Un abrazo cálido, cercano y sincero. Me lo daba alguien, eso sí, a quien conocía en realidad desde hacía unos pocos días.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, lo curioso es que sí. Me ha dado mucha paz leerla, de alguna manera pienso que esto que ha escrito ha dejado un poquito de huella. Tú te acordabas, quién sabe cuánta gente más.

—Desde luego. Tiene toda la razón. Oye, ¿y encuentras alguna explicación a todo esto? La lista de lugares, el contenido de lo escrito…

—Todavía no estoy segura, pero creo firmemente que buscándola en el resto de rincones hallaré más respuestas. Y ahora que sé que esos lugares son más que un sitio bonito al que acudir, pienso hacerlo. Encontraré respuestas y la encontraré, en cierto modo, a ella.

—Seguro que sí. Y si tú quieres, yo iré contigo —y mientras decía estas palabras me abrazaba más fuerte, como si quisiera reafirmar su compromiso con un contacto más cómplice, más confidente.

Nos quedamos media hora más contemplando el paisaje. El atardecer empezaba a hacerse visible, la tonalidad del cielo rosa contrastaba con los últimos rayos de sol con colores naranjas y amarillos y el color turquesa del agua del ibón formaba una estampa de película. Nuestro silencio absoluto animó a unos cuantos sarrios a bajar al ibón a beber agua y Lorién y yo, sin mediar palabra, disfrutamos simplemente de la escena en paz, en calma. Sentí que esa tarde no solo me había acercado un poquito al alma de mi madre, sino que noté también cómo en aquel rincón perdido del Pirineo en el que ahora mismo solo estábamos dos personas, mi corazón y el de Lorién también se habían encontrado.

MI AMIGA ESPE

Había sido una tarde intensa. Lorién me había llevado en su furgoneta roja a aquella ruta en la que me reencontré con fantasmas y emociones del pasado. Y, por supuesto, me trajo de vuelta a casa en su mismo vehículo. Cuando paramos frente a mi dúplex, casualmente pasaba Espe por allí, que se había entretenido un poco en su local recogiendo el género y organizando facturas.

—Buenas tardes, pareja —nos saludó en tono cómplice e hizo una breve pausa—. ¿De dónde venís vosotros dos? —nos preguntó de lo más interesada y sonriente.

—Si quieres, te invito a cenar y te lo cuento. Es una larga historia —le respondí.

—Dicho y hecho, si no molesto, me quedo —nos guiñó un ojo mientras lo decía.

—No, no, si yo me marcho ya para casa. Tengo que preparar unas cosas del curro —se excusó Lorién.

—Si quieres quedarte, por mí sin problema, de verdad —le insistí un poco. Se había portado genial conmigo aquella tarde y necesitaba transmitirle de alguna manera mi gratitud.

—No, de verdad, cenad tranquilas y le cuentas todo con calma. Además, hay una leyenda que dice que mi hermana y yo no podemos compartir espacio más de treinta minutos —bromeó para quitarle hierro a la tensión que se palpaba en el ambiente, mientras hizo un amago de hacer cosquillas a Espe.

Ella le apartó de un manotazo cariñoso y se rio.

—Bueno, en ese caso, para otro día. No sé cómo agradecerte lo de hoy. Te debo una —le dije sincera. Y me salió de manera espontánea abrazarme a él, gesto que me devolvió sin pensarlo.

Espe nos miraba incrédula, como pensando que se había perdido algún episodio y es que, efectivamente, así había sido. Entramos en casa y la verdad es que yo no sabía muy bien por dónde empezar. Tenía sentimientos, ideas y acontecimientos mezclados y hechos un lío. Así que fue ella quien rompió el hielo.

—¿Qué capítulo me he perdido yo, *dona* ? ¿Muy bien os lleváis vosotros dos, no? —me dijo.

Yo la miré y, con la tensión acumulada que tenía en ese momento, solo me salió un llanto inconsolable que no fui capaz de reprimir.

—Pero Silvia, ven aquí, ¿qué te ha hecho este desgraciado? Ya te dije que es un desastre en muchos sentidos. Buen chico, pero con poca sensibilidad. Yo lo mato, ¡eh! —me dijo Espe mientras me miraba de frente sin saber muy bien qué hacer.

—No, no, no es por él —acerté a decir para rebajar su preocupación. Y continué explicándome—. Al revés, se ha portado genial conmigo. Te cuento desde el principio.

Y esa tarde volví a explicar, por segunda vez a dos miembros de una misma familia, mi vida resumida en unos pocos minutos. Lo de mi madre: nuestra relación, su enfermedad, su muerte y su recado en forma de lista de lugares. El motivo de haberme instalado allí y, por supuesto, el episodio de aquella tarde. Le mostré el tatuaje de mi muñeca y le enseñé una foto que había hecho con el móvil a la página que había encontrado en el libro de firmas del refugio de Pardanesa.

—Pero nena, qué fuerte todo, ¿no? Parece que todo esto esté sacado de una peli —acertó a expresar tras unos largos segundos en silencio.

Yo asentí con resignación. Aunque la mudanza a ese pueblo me estaba aportando vivencias personales increíbles (y eso que aún no me imaginaba todo lo que quedaba por llegar), este capítulo de mi vida no existiría si mi madre no se hubiera ido de aquella forma tan repentina, si mi vida no hubiera cambiado de una manera tan drástica en cuestión de pocos meses y si mi interior no pidiese a gritos reencontrarse consigo mismo, porque me encontraba muy perdida.

—A ver, en primer lugar: parece claro que tu madre tenía un motivo para que visites esos lugares. ¿No te explicó nada más? —me preguntó Espe.

—Nada. Cuando me entregó este papel ella ya estaba muy malita, nos habían dado el peor de los diagnósticos y yo, la verdad, tenía la mente un poco espesa. No le pregunté nada. ¿Por qué no le pregunté nada? ¿Qué madre te prepara una lista de sitios que visitar en un estado terminal y qué hija no muestra interés por ello? —dije llorando cada vez más. Seguí abriéndome a Espe—. Pensé que simplemente se había entretenido recordando bonitos rincones y quería que yo los tuviera siempre presentes. Nunca imaginé que hubiera literalmente mensajes de mi madre en ellos. Ni siquiera sé todavía si esto es parte de un rompecabezas más grande y todo va a tener un porqué final, un mensaje global. No sé nada, Espe, estoy muy perdida.

—Vale. ¿Problemas? Soluciones. Eso me lo enseñó a mí mi madre, que por desgracia no la tengo tampoco. Dame esa lista y sigamos con nuestra búsqueda.

Cuando habló en primera persona del plural una sensación de compañía y confort invadió mi cuerpo. Estaba haciendo suyo un problema mío, estaba asumiendo que me iba a apoyar y ayudar en todo este proceso aunque no tenía por qué hacerlo. Y menos conociéndonos desde hacía solo apenas tres semanas. Pero la verdad es que lo necesitaba y no puse objeción en nada de lo que continuó diciendo.

En ese momento me sentí, también, completamente egoísta. Yo no era la única que había perdido a una persona tan cercana como una madre. Diariamente esto le ocurre a miles de personas. Todos tenemos nuestra historia, nuestros problemas y nuestras ausencias. Acababa de descubrir que Espe (y por consiguiente, Lorién) tampoco podían disfrutar de su madre y, por lo que me estuvo explicando mi nueva amiga, no podían hacerlo desde hacía mucho más tiempo que yo y su marcha se produjo en una época mucho más dura que la mía, pues ellos todavía eran unos críos de 13 y 15 años. Pensé en si a Lorién se le habría podido remover algo con la experiencia de aquella tarde, si habría pensado que yo exageraba y que su vivencia había sido mucho más traumática y él no hacía dramas de ello.

—Hagámoslo en orden —me dijo Espe, que ya había sacado el móvil para buscar en Google Maps la ubicación exacta de los lugares y tenía un papel y un boli para trazar un plan y dejarlo por escrito —. Estamos viendo que tu madre te dio esta lista con un propósito muy claro, y has hecho muy bien en empezar por el principio. Seguro que debe ser así. El siguiente lugar es el Pico Romuer. En un par de meses puede que comience a tener nieve, así que yo iría antes de que eso ocurra. Son casi tres horas de ascensión y no es necesario llevar cuerdas, así que no tiene por qué ser complicado. ¿Cómo andas de forma física?

—Bien, creo que bien. Hago deporte casi a diario y siempre he hecho montaña. Hace tiempo que no subo un pico, pero en este ya estuve hace un par de años con unas amigas.

—Estupendo, iremos el jueves que viene. Yo iré contigo —sentenció Espe.

—Pero… Quedan nueve días para eso —me quejé.

—No tengas prisa, *dona* . Todavía tienes que digerir y asimilar muchas cosas. Es mejor que pongas tu cabeza en orden antes de subir, que allí es probable que encuentres cosas que te sigan agitando la cabeza y removiendo el corazón. Paciencia y buen hacer.

Y cuánta razón tenía. Necesitaba un poco de tiempo para pensar, para reflexionar y para no obsesionarme con aquel extraño juego en el que había entrado. Tenía claros mis próximos dos movimientos antes de subir aquel pico: llamar a mi tía Julia e invitar a cenar a Lorién. Hice primero lo segundo, porque así me lo marcó el corazón.

FLUIR

Dudé entre escribirle o llamarle. Es curioso que, en la época de la inmediatez y de las tecnologías, de la comunicación y de la interacción, de la conexión en red y de la dependencia a los aparatos móviles, lo primero que se han perdido son las llamadas. Nos hemos acostumbrado a sustituirlas por mensajes instantáneos. Todo es más sencillo, estamos más conectados que nunca pero nos volvemos cada vez más distantes.

Felicitamos los cumpleaños por un recordatorio de alguna red social y lo hacemos con un mensaje lleno de emoticonos vacíos de significado en un tablón a la vista del resto de seguidores. Pero no descolgamos el teléfono para decir un sincero “felicidades” a la persona en cuestión. Comentamos fotos y vídeos con símbolos idénticos, casi de manera automatizada. Pero no hacemos una llamada para decirle a alguien lo bien que se ve últimamente. Enviamos mensajes interesándonos supuestamente por tal o cual amigo o familiar. Pero no dedicamos unos minutos a mantener una conversación sincera sobre el estado de ánimo de casi nadie.

Podía haber escrito un mensaje, o mandado un audio. Podía haber sucumbido a la tentación de no pasar nervios mientras hablaba con él, de no arriesgarme a una negativa o de que mi llamada pareciese fuera de lugar. Pero no lo hice. Preferí ser más humana y preservar esa magia del directo. Me mantuve firme, marqué el número que Lorién me había dado la tarde que pasamos juntos en el ibón, con el pretexto de llamarle por si necesitaba algo en cualquier momento. Esperé un tono, y dos y tres. Y finalmente descolgó.

—¿Sí? —su voz sonó tan varonil, grave y sexi como la recordaba. En ese momento caí en que él no tenía mi número, ya que yo no se lo había dado.

—Hola, ¿Lorién? —le saludé.

—Sí —contestó tajante y desubicado—. ¿Quién es?

—Soy Silvia. La que te mete en líos para buscar mensajes de su madre desde el más allá —bromeé en un tono sarcástico y negro, pero inocente.

—Silvia, ¿qué tal? ¿Ocurre algo? —su voz se transformó en una mucho más dulce, y pude casi adivinar el agrado que le produjo escucharme, mezclado con cierta preocupación por si era una llamada de auxilio ante una situación urgente o algo así. Aquí confirmé mi teoría de que hemos dejado de llamarnos, de hablarnos y de sentirnos mucho más de lo que pensamos.

—No, nada. Solo quería saludarte. Y también invitarte a cenar, te debo una por lo del otro día —le solté así, tan fresca, decidida y segura que ni yo misma me reconocía.

—Ah, menos mal. Pensaba que te había pasado algo. Hoy en día nadie llama para proponer una cena, ¿eres una reencarnación de alguien de los 90? —me respondió, gracioso. *Touché.*

—Vete a saber, con la de cosas extrañas que me ocurren últimamente, voy a empezar a creer en las reencarnaciones, en los extraterrestres y hasta en los Reyes Magos —le seguí la broma.

—Entonces, ¿quieres cenar conmigo, dices? —me repitió, juguetón.

—Sí, ese era el motivo de mi llamada. ¿Me vas a poner una excusa para decir que no y estás intentando ganar tiempo? —le intenté picar un poco.

—El único tiempo que estoy intentando ganar es para pensar en el mejor restaurante de la zona que enseñarte.

—¿Eso es un sí, entonces? Mira que te está costando decirlo claro.

—Sí, claro, que sí. Estaré encantado de compartir cena contigo, Silvia. ¿Mañana?

—Genial.

—Quedamos a las 8 en tu casa. Paso a por ti, nos tomamos algo antes y reservo para las 9, yo me encargo.

—Perfecto, así da gusto —y cuando ya estaba a punto de despedirme y colgar, me preguntó:

—Oye Silvia, ¿cómo estás? —esa pregunta me llegó al alma. Me gustaba que le interesara mi estado de ánimo y que lo preguntara directamente.

—Bueno, estoy bien. Más tranquila, al menos. Mañana te cuento.

—Vale. Gracias por llamarme, Silvia. De verdad. Mañana te veo.

—Hasta mañana.

Colgamos. Todavía me temblaban las manos y notaba mi pulso muy acelerado. Sin duda, entre nosotros había conexión, había algo que a mí, por lo menos, me atrapaba. Físicamente me parecía un bombonazo, eso no podía negarlo. Siempre me ha gustado el rollo montañero pero he de reconocer que notaba la diferencia entre los que iban de montañeros y los que lo eran de verdad. Él formaba parte del segundo grupo, no solo por su apariencia, sino por lo poco que había conocido de él, aunque sin duda me quedaba mucho por descubrir. Sin embargo, las palabras de Espe sobre su hermano me tenían un poco descolocada. Tampoco quería guiarme únicamente por ellas porque, ¿qué hermana no ha echado alguna vez pestes de su hermano? Pero tampoco entraba en mis planes engancharme de alguien que no iba a saber o poder corresponderme.

De mi última y única relación habían pasado ya dos años. Fue algo bonito pero finito, que tal y como llegó, se esfumó. Sin dramas, ni culpas. Pasamos cuatro preciosos años juntos: crecimos, evolucionamos y, con el tiempo, ese amor que nos tuvimos se transformó en una sincera amistad. Supimos gestionarlo de una manera muy adulta a pesar de ser casi adolescentes y aunque ninguna ruptura está exenta de dolor, pesaron más los buenos deseos mutuos que los reproches. Durante este tiempo no he vuelto a conocer a nadie a quien dedicar un pedacito de mi corazón ni de mi vida, así que simplemente no ha habido oportunidad de pensar en ello.

Conocía a Lorién desde hacía solo unas semanas, así que todo lo que fantaseaba con él eran puras ilusiones, pero notaba perfectamente que él también sentía esa conexión. Puede que después se quedara en una noche divertida, en unos meses de aventura o en imaginaciones mías, pero el simple hecho de pensar en ello me aceleraba un poquito el corazón, y eso hacía tiempo que no me ocurría.

Así que aunque la carta de presentación que me hizo Espe sobre la faceta sentimental de su hermano no me generaba ninguna confianza, tampoco iba a cerrarme las puertas a tener algo bonito con él sin haber comprobado yo misma si tras la fachada de Lorién, había un interior que merecía la pena o no.

Con la ilusión de aquella cena que habíamos acordado para el día siguiente, escribí en nuestro grupo de “Healthy ladies” y propuse una quedada en mi casa para esa tarde.

Todavía no había podido ver a Ixeia desde la noche que la conocí, y aunque habíamos intercambiado algún mensaje por el chat grupal, me apetecía hacerle partícipe de todo lo que había vivido en los últimos días. Una parte de ella me recordaba a la espiritualidad y la energía natural de mi madre, e igual ella me daba un punto de vista que se me había escapado.

Silvia

Reunión de trabajo a las ocho en mi casa. Se ruega confirmación de asistencia.

Y añadí un emoji que dejaba claro que el mensaje tan serio iba en broma y que lo que estaba invitando era a una quedada informal a mis dos nuevas amigas del valle. Enseguida contestaron ambas, siguiendo la broma, que se mostrarían responsables y asistirían a la convocatoria, pero solo si se aceptaba cerveza en nuestra empresa. Sonreí y mientras me disponía a preparar un pequeño picoteo para recibirlas, sonó mi teléfono: era mi tía Julia. Me había leído la mente, porque tenía previsto llamarla, hablar un rato con ella y explicarle la extraña situación en la que la adorable y loca de su hermana me había metido, incluso sin estar presente entre nosotros.

MI TÍA JULIA

—¡Hola, tía! —respondí alegre al teléfono.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Bien, hoy tengo un buen día. Parece que me hayas leído la mente, porque justo iba a llamarte. Tengo cosas que contarte.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—De mi madre, de este lugar, y de todo un poco. ¿Recuerdas la lista que me entregó antes de morir? Esa en la que había una serie de rincones de la naturaleza escritos.

—Sí, lo recuerdo. ¿Los has visitado?

—Solo uno y… Estaba ella, tía. Bueno, no creas que se me ha aparecido en forma de fantasma ni nada, pero empiezo a pensar que no era una simple lista, que hay algo más profundo en ella.

—¿Qué quieres decir con que estaba ella? ¿Dónde has ido?

—Al Ibón de Pardanesa. Bueno, al refugio que hay al lado. Dentro había un libro de firmas y en las primeras páginas había algo escrito por ella junto con el símbolo que me tatué. ¿Crees que quiso decirme algo? Hacerme entender algo, transmitirme un mensaje, no sé…

—¿Qué ponía exactamente? —me preguntó mi tía muy interesada.

—Algo sobre romper la barrera de los sentimientos y conseguir fusionarte con la naturaleza. Ahora te mando foto del libro. Ya sabes lo que le gustaba el tema natural-espiritual…

—Entiendo… Sil, ve al resto de sitios. Puede ser importante, ¿no?

—Pero si hubiera sido tan importante, ¿no me lo habría dicho en vida? Tuvo tiempo…

—Las personas a veces no nos atrevemos a enfrentarnos a según qué situaciones. Búscala, como te dijo, en esos lugares. ¿Necesitas que vaya a verte?

En ese momento sonó el timbre de mi casa.

—No, tía, gracias. Tengo que dejarte, vienen unas chicas a casa a tomar algo. Las conocí durante los primeros días, parecen muy agradables y son la única compañía que tengo aquí de momento —no le dije toda la verdad, pero no tenía tiempo de hablarle de Lorién en ese momento.

—Vale, disfruta, bonita.

—Oye, tía. ¿Tú estás bien? ¿Y los abuelos? —quise preguntar.

—Todos estamos bien, te mandan muchos besos. Hablamos en otro momento.

—Dales otros tantos de mi parte. ¡Os quiero!

—Y nosotros a ti.

Colgué el teléfono teniendo la sensación de que no había podido dedicar todo el tiempo que me hubiera gustado a explicarle a mi tía cómo me sentí en aquel lugar, quién era Lorién y sin poder especular largo y tendido sobre el tema, pero la llegada de Espe e Ixeia interrumpió nuestra conversación, así que pensé que la llamaría en un momento en el que estuviera más tranquila.

Mi tía Julia era una mujer en la que yo siempre había confiado. Mi madre era genial, pero ese carácter alocado y alternativo suyo me había generado en más de un momento de mi vida cierta inseguridad. Mi segundo refugio seguro siempre había sido ella, cinco años mayor que mi madre y con la cabeza mucho más amueblada, como suele decirse.

Ella no tenía hijos. No había podido, aunque siempre lo había deseado con todas sus fuerzas. Tenía pareja desde los veinticinco años e hicieron todos los pasos protocolarios en orden: dos años de noviazgo, ambos buscaron un empleo estable, esperaron a tener unos ahorros para comprar una vivienda y, con 33 años, comenzaron a intentar tener descendencia. Tras dos años sin haberse quedado embarazada, acudieron a diferentes hospitales. Pruebas, estudios y nada: todo parecía normal. No había complicaciones aparentes, pero tampoco hubo nunca un atisbo de esperanza. Ni siquiera un aborto. Nada.

Se sometió a tratamientos de fertilidad y a inseminaciones, a través de centros públicos y privados. Pero nada. Nunca tuvieron éxito. Ocho años después, cuando mi tía ya tenía 41 años, tiraron la toalla. La relación con su pareja se resintió, yo ya tenía edad para notarlo. El ambiente era muy tenso en las comidas familiares y el semblante serio de ambos era evidente.

Poco a poco lo asumieron. Pude hablar con ella hace poco sobre este asunto. Cuando mi madre falleció, mi tía tuvo un momento de bajón y sacó conmigo todo lo que llevaba dentro. Me confesó que fui su salvación, que tener una sobrina, al menos, le había hecho volcar todo ese instinto maternal tan desarrollado que tenía en la única niña de su familia: yo. Y me llegó a decir que envidiaba a mi madre, porque supo afrontar lo que la vida y la naturaleza le había puesto en el camino sin dejar nunca de ser ella misma.

Mi tía desperdició muchos años de su vida en poner todos sus esfuerzos en una tarea que la naturaleza ya había decidido que no iba a desempeñar. La maternidad no estaba en su hoja de ruta y hay veces que, por mucho que nos empeñemos, no podemos ir en contra de las leyes naturales. Aunque solamos creerlo, no somos la especie que todo lo puede.

Así que mi tía y yo siempre habíamos sido uña y carne y nos habíamos acompañado y entendido a la perfección. Ella siempre supo mantenerme al margen de su sufrimiento y se esforzó por sonreír cuando yo estaba cerca a pesar de que su alma solo le pedía llorar.

No sé si había sido la brevedad de la conversación, pero no percibí una gran sorpresa en mi tía Julia cuando le conté lo del libro de firmas del refugio. Me sugirió, con mucha seguridad, que completara las visitas al resto de lugares de la lista. Durante una milésima de segundo, llegué a pensar que me ocultaba algo, que sabía algo más de lo que decía. Pero esa sensación desapareció de mi mente de inmediato: era mi tía Julia, ella no me ocultaría algo tan importante bajo ningún concepto.

Abrí la puerta y allí estaban ellas, con un pack de cervezas sin alcohol en la mano y una bandeja de mini pinchos de tomates cherries con pequeñas bolas de mozzarella. Nosotras sí que sabíamos hacer honor a nuestro nombre del grupo de chat.

Estuvimos un rato hablando, puse al día a Ixeia en lo relativo a mis últimos descubrimientos familiares y ella, con toda su sabiduría, me dijo:

—Espero no empeorar todo, pero, ¿te has planteado que si tu madre quería decirte algo, y ese algo es tan delicado que no se atrevió a contarte en vida, podría ser una información para la que no estás preparada? Antes de seguir con esto, piensa en ello.

Esa reflexión de Ixeia estuvo revoloteando en mi mente durante muchos días. Sin embargo, y a pesar de saber que quizás me exponía a algo incómodo o trascendental, tampoco podría soportar quedarme ya con la duda, así que nunca me planteé dejar el asunto y mirar hacia otro lado. Pero, ¿qué podía ser? No había nada tan importante o vital que no hubiera podido trasladarme en vida, no teníamos secretos y teníamos la suficiente confianza como para hablar de nuestros sentimientos íntimos con naturalidad, o al menos eso creía yo.

Sin embargo, aquella noche hablamos de otras cosas y pude despejarme un poco. Entre ellas, les conté que había quedado para cenar con Lorién el día siguiente. Me generaba un poco de nervios la reacción de Espe, que después de fruncir un poco el ceño, me dijo que en realidad era buen tío pero que andara con cuidado. Confesó que se notaba nuestra tensión sexual y también nuestra conexión desde el pueblo de al lado, y que obviamente no le pillaba por sorpresa nuestra cita. Ixeia me dijo que Espe estaba siendo algo exagerada, conocía a Lorién desde que eran niños y, aunque la estabilidad sentimental no era algo que le caracterizara, tampoco era para tanto. Simplemente, pensaba ella, quizás no había encontrado a su persona.

Después, haciendo honor a mi convocatoria, tratamos algún que otro asunto laboral que me hizo especial ilusión.

—A ver, *dona* , tenemos que hablar contigo. ¿Tú alguna vez has dado charlas sobre alimentación saludable a monstruitos adolescentes? —me dijo Espe.

—Mmmm… La verdad es que no, aunque sí he hecho talleres con niños más pequeños —respondí.

—Pues bien, es que hemos hablado con un par de personas del instituto de aquí y están interesados en un ciclo de tres sesiones. Pagan bien porque es una partida especial de Educación destinada a la protección de la salud y hemos pensado que un buen inicio de nuestra unión laboral sería impartir una cada una de nosotras, enfocada en algo que dominemos.

—¡Anda! Qué buena idea, ¿no? Me parece genial. Además, así puedo darme un poquito a conocer, con algo de suerte las familias del alumnado sabrán que existo y quizás empiece a poner en marcha mi consulta presencial.

—Eso hemos pensado. Nosotras te ayudamos, pondremos también carteles en nuestros negocios.

Aquel proyecto me llenó de ilusión porque suponía no solo un reto, sino también un soplo de aire fresco con respecto a mis tareas diarias y una oportunidad de comenzar a ofrecer un servicio hasta el momento nuevo en el valle. No había nutricionista en ninguno de los pueblos de la zona, así que tenía todo a favor para poder hacerme un hueco implantando mi sector entre los habitantes de aquellas montañas.

Alargamos un poquito más nuestra velada y sentí por un momento que, igual que ellas fueron una pieza de mi puzzle imprescindible al mudarme al valle, yo también supuse en sus vidas una aparición necesaria. La vida en los pueblos es maravillosa y se mantienen intactas costumbres que nunca debieron perderse en la masificación de las ciudades, pero no hay que olvidar que el número de personas que habitan esas zonas es limitado, y puede llegar a resultar una sensación agobiante. En una ciudad tienes a tu alcance muchos planes, opciones de ocio y la posibilidad de conocer a gente en cualquier sitio. En un pueblo, si te falta un apoyo, si no has acabado de encontrar tu sitio o si te sientes solo, es más complicado sobreponerse. Y yo percibí que me adentré en sus vidas justo en el momento en que ellas lo necesitaban. Me convertí en alguien a quien explicar la historia de su localidad, a quien contar episodios desconocidos de su vida, con quien compartir momentos y crear nuevos recuerdos. Alguien a quien enseñar lugares para ellas ya desgastados. Y para mí ellas fueron mi refugio en un sitio en el que me encontraba completamente sola, mi apoyo incluso sin apenas conocerme, mi esperanza de poder vivir una etapa bonita e íntegra en un entorno que siempre me había parecido idílico.

Me sentía bien, pletórica. Había encajado con dos mujeres encantadoras, había conocido a un chico muy atractivo que me llamaba mucho la atención, y con el que tenía una cena en menos

de veinticuatro horas y mi proyección laboral era más que optimista. Sin embargo, quedaban cinco días para buscar en otro de los lugares de la lista nuevas respuestas, y una extraña sensación de angustia seguía presente en mi interior cada vez que pensaba en ello, en mi madre, en sus mensajes, en mi tía y en todo el misterio que rodeaba aquella trama. Pero no iba a permitir que nada de eso enturbiara mi felicidad en ese momento.

NUESTRA PRIMERA CENA

Jamás me hubiera vestido así para una primera cita en mi ciudad de origen. No es que yo fuera de arreglarme demasiado, pero sí me hubiera puesto un vestido coqueto, me hubiera calzado unos buenos tacones y hubiera planchado mi melena rubia después de maquillarme discretamente.

Sin embargo, el estilo del valle no era ese, y me sentía un mono de feria solo de pensar en ponerme un vestido y unas medias. Ojo, que seguro que había personas que se arreglaban igual o más que en la ciudad, pero así de manera aproximada, diría que el 90% de los habitantes de la zona no lo hacían. Y la verdad es que aquello me encantaba. Siempre me había arreglado más por convención social que por gusto personal.

Yo iba feliz por la vida con mis vaqueros y mis *Converse* , mis camisetas estampadas o sudaderas con un toque *hippie* . Tampoco es que fuera en chándal habitualmente, de hecho no recuerdo la última vez que me puse uno sin que fuera para hacer deporte. Pero el estilo informal me definía y en mi nuevo destino era justo como las personas vestían.

Sin embargo, sí le di un toque especial a mi *look* aquella noche. Unos vaqueros más ajustados y estilosos que los rotos y dados de sí de entre semana, una camiseta con algo de escote y una chaqueta de punto sencilla pero a juego con el resto de mis prendas. Lo combiné con un pañuelo verde al cuello y, eso sí, mis zapatillas negras. Me maquillé lo justo, pero es que en mi día a día el *rimmel* , el contorno o el pintalabios no tenían cabida, así que con solo un toque discreto mi apariencia ya resultaba distinta.

A las ocho en punto escuché cómo la furgo roja de Lorién aparcaba frente a mi casa y vi, a través de mi ventana, cómo salía del vehículo y se dirigía a mi puerta. Iba guapo, muy guapo. Se notaba que también había invertido algunos minutos en cuidar su imagen para esa noche. El pelo lo llevaba suelto y algo revuelto, sin cinta, y se notaba que recién lavado. Su vestimenta incluía unos pantalones vaqueros grises, unas deportivas, pero de las que uno no se pone para hacer deporte, y una sudadera color mostaza que combinaba a la perfección con su piel morena.

Abrí antes de que pudiera timbrar.

—Hola —le recibí, sonriente.

—Hola Silvia. ¿Tan impaciente estabas que vigilabas mi llegada a través de la mirilla? —me vaciló.

—No te creas tan importante, querido. He escuchado tu coche llegar, aquí ya sabes que se oye todo —le seguí la broma.

—Estás guapísima —me dijo mientras me llegaba un olor a una fragancia que desconocía pero que me encantó al instante.

—Tú también, y además hueles muy bien. ¿Nos vamos?

Y llegamos al restaurante, uno de los mejores del valle, que está ubicado en lo alto de un monte desde el que hay unas vistas preciosas a varios pueblos de la zona y a sus montañas. De noche el paisaje no se apreciaba todo lo bien que se hubiera visto de día, pero la sensación de altura y las luces de las localidades encendidas tenían muchísimo encanto. Era un asador de carne y olía estupendo.

—Oye, no te he preguntado, ¿no serás vegetariana, no? —me preguntó Lorién mientras nos sentábamos.

—No lo soy, aunque apenas consumo carne a diario. Pero cuando lo hago, la disfruto mucho, no te preocupes. Parece un sitio genial.

— *Qué fas* , Lorién, qué bien acompañado te veo —le saludó el dueño del local, que acababa de salir a recibirnos.

Él se rio algo nervioso y tímido.

—Tú ya conoces la carta, amigo. Señorita, tenemos dos opciones: menú de noche, con estos entrantes y un plato a elegir y menú degustación, que es una opción cerrada y aunque está mal que yo lo diga, deliciosa —me explicó aquel señor con toda la amabilidad del mundo.

—Perfecto, muchas gracias.

—Os dejo que decidáis.

Optamos por la opción del menú degustación. Lorién me lo recomendó y yo me dejé guiar, como en casi todo lo que ocurrió aquella noche. La verdad es que no solo fue un acierto, sino que podría definirlo como un espectáculo culinario. El restaurante tenía su propio ganado y su huerto particular, por lo que la mayoría de la carta estaba compuesta por productos locales, kilómetro 0 y de temporada.

—¿Sabes? —empezó a decirme Lorién mientras esperábamos que nos trajeran los platos que habíamos pedido—. Me transmites cosas muy contradictorias, pero todas ellas maravillosas.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te transmito? —me encantaba el camino que estaba tomando esa conversación.

—Me transmites pureza, inocencia. No veo ni un ápice de maldad en tu mirada. Me transmites libertad, independencia. Solo hay que verte: con solo veintitrés años estás aquí, en un pueblo perdido del Pirineo, sola, comenzando una nueva andadura personal y profesional. Creo que te gusta la aventura y el riesgo, pero siempre con un punto de control y desde luego, de una manera sana y honesta.

La verdad es que me quedé impactada con la descripción que hizo sobre mí. No solo porque me encantaba lo que yo le había transmitido, sino porque pensaba que estaba acertando tanto que parecía estar pudiéndome leer el alma.

—No vas mal. Voy a continuar este juego. Tú me transmites… —Lorién se puso tenso y antes de que pudiera acabar la frase, me cortó de golpe.

—No sé si quiero saberlo.

—¿Por qué? —pregunté intentando adivinar el motivo de su tensión.

—Porque no siempre me gusta lo que proyecto en los demás. Tengo alguna faceta de la que no estoy orgulloso, y aunque me esfuerzo en no hacerla visible, me da pánico descubrirla por miedo al rechazo.

—Vaya, estás siendo muy sincero. De todas formas, ¿quién no tiene cosas que cambiaría de sí mismo? A todos nos pasa y está únicamente en nuestra mano modificar aquellos aspectos de nuestro carácter de los que no nos sentimos orgullosos.

—Venga, me la juego. ¿Qué ves en mí? —accedió.

—Veo pasión por tu entorno, por este pueblo, por este maravilloso lugar en el que vives. Percibo que eres comprometido con las causas que te importan y más sensible de lo que estás dispuesto a reconocer. Pero también veo una pizca de tristeza a veces en tu mirada.

—¿Cómo podemos habernos captado tan bien, haber entendido nuestra esencia a la perfección, si apenas nos conocemos desde hace unas pocas semanas?

—Supongo que hay conexiones que simplemente están esperando activarse, sin más. Podría hablarte durante horas de mi visión mística y espiritual del mundo, pero no quiero aburrirte.

—Hazlo, no me aburres —me pidió.

—Tú lo has querido… Creo que formamos parte de un todo maravilloso, que es este planeta, que nos mantiene conectados de alguna manera. Pero no solo a nuestra especie, los seres humanos, sino en general a cualquier forma de vida de este mundo. ¿Por qué si no se me encoge el corazón cuando un incendio destroza miles de hectáreas de bosque, o cuando veo una granja repleta de cerdos en condiciones ínfimas? ¿Por qué sufro por lugares, animales, espacios naturales o personas con los que no he tenido ningún contacto directo? La vida es el denominador común, y nosotros somos solo una parte más de la cadena. Un elemento para que

todo esto sea posible. Pero no somos elementos inertes, sino que tenemos nuestros propios sentimientos y emociones. Y dentro de esos elementos, hay grupos que se entienden mejor entre sí. Seres que conectan de una manera difícil de explicar porque tienen una visión de ver el mundo similar. Yo lo llamo aura. Las personas que compartimos el aura conectamos al instante, bien sea en forma de amistad, amor, solidaridad o cualquier otro sentimiento que nos una.

De pronto me di cuenta de que Lorién me miraba embobado y yo me sentí un poco absurda por estar explicando una manera tan íntima de entender la vida a alguien a quien, efectivamente, apenas conocía en realidad.

—Perdona, me he pasado, ¿no? Demasiado intensa… —me disculpé, avergonzada.

—Eres, simplemente, alucinante. ¿Ves? Tan inocente como para pedir perdón, tan libre como para expresar tus ideales en cualquier momento. Silvia, tengo que decírtelo, me encantas.

Me sonrojé, probablemente debido a esa pureza y timidez que él mismo había identificado en mi ser, pero también me pareció encantadora su manera de mirarme, de escucharme, de tratarme.

—Estoy muy de acuerdo contigo y comparto cada una de las cosas que has explicado. Por eso llevo el estilo de vida que llevo, por eso estoy a temporadas aquí y allá, ayudando en proyectos medioambientales, humanitarios o sostenibles. Por eso vivo en este pueblo, lejos de las masificaciones y de la contaminación, de la competitividad y del individualismo. Me gusta sentir que este lugar es una gran familia, aunque en ocasiones eso haya sido un arma de doble filo para mí.

No entendí esa última afirmación, pero no quise ahondar más en el tema. Estaba siendo una conversación muy interesante y profunda y hacía tiempo que no conocía a nadie con quien pudiera sentirme tan “yo” y abrirme de esa manera.

Me encantó la cena y la compañía, pero lo que vino después fue simplemente inolvidable. Salimos del restaurante y nos montamos en el coche. La complicidad entre ambos se había multiplicado y la conversación fluyó en todo momento. Hablamos de todo un poco: mi infancia, mis estudios, mis amigas de la ciudad, cómo me sentía en el valle… Su niñez, la diferencia entre vivir en una capital y en un pueblo, su trabajo, su filosofía de vida. Concepto que, por cierto, encajaba mucho con mi manera de ser y de vivir.

Lorién tenía varios trabajos y ninguno al mismo tiempo. Bueno, no era exactamente así, me explico. No estaba contratado de manera estable y continuada por ninguna empresa, sino que hacía años había decidido pagar una cuota de autónomo e ir prestando sus servicios a diferentes negocios, aquí y allá, a temporadas y según le viniese bien en cada momento. En el valle ya le

conocían y nunca le faltaba trabajo: en verano colaboraba con empresas de aventura, como conductor para trasladar grupos al inicio de las mismas o como monitor de actividades; en invierno la nieve solía ser su filón más fuerte, ya que esquiaba desde que tenía memoria y tenía varios contactos en el negocio del esquí que le contrataban por temporadas como profesor. Y, entre tanto, si le salía alguna otra cosa, algún proyecto que le llamase la atención, él estaba siempre abierto a estudiar opciones. Por ejemplo, una primavera la comarca aprobó un proyecto medioambiental para estudiar la flora de unos bosques del valle, y necesitaban gente, así que ahí estuvo él. Siempre, eso sí, solían ser actividades relacionadas con el deporte, el turismo o el medio ambiente.

Me pareció un enfoque laboral maravilloso pero lo que más me gustó es que siempre se reservaba uno o dos meses al año para viajar por el mundo y aportar su granito de arena en proyectos muy chulos. Me habló de protección de especies en Panamá y Costa Rica, de construcción de colegios en Namibia y del estudio del cambio climático en Islandia. En algunos de ellos había repetido y ya contaba con varias colaboraciones a sus espaldas. A veces le pagaban y otras no, pero en esos casos, al menos le costeaban el viaje y le proporcionaban las comidas y alojamientos.

Sin duda, Lorién llevaba un estilo de vida que podía entenderse como una locura para unos y un sueño para otros. Yo formaba parte del segundo grupo porque tal y como me explicaba su vida, transmitía una sensación de libertad absoluta. No era una vida apta para todo el mundo, desde luego. Y menos en una sociedad en la que nos preparan para que nuestro concepto de éxito profesional sea el de ser contratado por una empresa multinacional, tener una gran responsabilidad, trabajar incontables horas al día y facturar unas cifras que ni sabemos ni podemos gestionar. Todo para que, a final de mes, la mayoría no podamos permitirnos gran cosa, y en muchas ocasiones apenas cubramos gastos. Un ideal del éxito que no encajaba con mi forma de vivir y, por lo que estaba descubriendo, tampoco con la de Lorién. Por eso, en cuanto pude, comencé mi andadura laboral por libre montando mi propia consulta de nutrición.

—¿Preparada para una noche repleta de emociones? —me preguntó Lorién una vez montados en su coche.

—Preparada y con muchas ganas.

Arrancamos y nos dirigimos al pueblo de referencia de la zona, a escasos 10 minutos del restaurante en el que habíamos cenado. Aparcamos en la puerta de un local en el que había bastante ambiente, pero ninguna masificación de gente. Serían las doce de la noche aproximadamente.

—Adelante, aquí es. Entremos —me indicó él.

Y entonces atravesé la puerta y creí adentrarme en un universo paralelo. Las paredes se convirtieron en roca, las formas geométricas perfectas desaparecieron y la sensación era la de estar dentro de una mismísima cueva. Con estalactitas simuladas en el techo, una oscuridad muy acusada y una iluminación a base de velas y poco más.

La barra de aquel sitio, eso sí, estaba perfectamente preparada para servir todo tipo de bebidas: cervezas, cócteles, Gin Tonics, refrescos y cualquier cosa que se pudiera encontrar en un garito convencional. Solo que ese lugar, de convencional, no tenía nada. Había pequeños reservados con mesas de madera, de formas también irregulares, que muchas veces en vez de complementarse con sillas estaban rodeadas de bancos naturales cubiertos de cojines. La música era de estilo *indie* y la gente parecía divertirse con sus parejas o grupos de amigos.

Miré a Lorién completamente alucinada y su cara de entusiasmo lo decía todo: estaba deseando enseñarme "La Cuevona" porque era un establecimiento muy poco tradicional y que solía impactar a quien lo descubría por primera vez.

—¿Qué te parece? —me dijo en un tono un poco más alto de lo normal debido al volumen de la música.

—Es una pasada, ¡me encanta! No sabía que aquí había un lugar así.

—Disfrutémoslo. ¿Qué te pido? —me preguntó.

—Una cerveza. En botellín.

—Hola Fran, ¿cómo va la noche? ¿Nos pones dos botellines, por favor? —Lorién conocía al camarero y le saludó de una manera muy cercana, sin apenas darle opción a respuesta. Era una de esas preguntas de cortesía para las que no quieres contestación.

—Marchando, Lori. A esta invita la casa.

—Gracias, tío. Luego nos vemos.

Hubo tres rondas más que sí pagamos. En esa cueva, Lorién y yo terminamos de conectar por completo. Primero, nos sentamos en una de las mesas para charlar durante las dos primeras rondas, pero después el ambiente, la música y la gente se empezaron a animar y cada minuto era todo más festivo, así que nos mimetizamos con los allí presentes y nos tomamos las últimas consumiciones de pie, bailando, y disfrutando del momento. A veces él se encontraba con gente conocida, los saludaba, pero en ningún momento me dejó sola ni me sentí "abandonada". Al revés, me presentaba a todo el mundo y, encima, a algunas de esas personas les comentó que yo era nutricionista y que estaba expandiendo mi negocio por el valle. Un par de ellas se guardaron mi teléfono para contactarme si necesitaban alguno de mis servicios.

Serían las dos y media de la madrugada cuando nos fuimos de La Cuevona y, cuando pensaba que ya me lo había pasado todo lo genial que era posible, Lorién me sorprendió de nuevo.

—¿Sabes qué? —me preguntó al entrar de nuevo a su coche rojo.

—¿Qué?

—Justo en veinte minutos, la Luna estará en su punto óptimo para visualizarla. Y el cielo no puede estar más despejado.

—¿Me estás intentando introducir que de aquí nos vamos a un prado a ver las estrellas? Me parece genial, pero espero que lleves una mantita porque el octubre pirenaico es más fresquito de lo que recordaba —le respondí.

—Bueno, casi lo has adivinado. Pero solo casi —me guiñó un ojo y arrancó el coche.

Me llevó a su aldea, que estaba a menos de cinco minutos en coche del pueblo donde yo vivía. Sacó, tal y como había sugerido, una manta de su coche y me la puso por encima.

—Ahora vengo —me dijo, y me dejó en el jardín de su casa, que no era un piso ni un dúplex como el mío, sino una señora casa de pueblo con su jardín, sus tres plantas, su garaje integrado y su chimenea.

Ahí estaba yo, con una manta sobre los hombros, bajo un manto de estrellas en mitad de un valle montañoso, esperando a un chico que cuanto más conocía, más interesante me parecía. Me quedé unos segundos mirando. La visibilidad, como me había dicho Lorién hacía tan solo unos minutos, era estupenda. Creo que nunca había visto un cielo tan puro, tan estrellado. No nos damos cuenta de la contaminación lumínica que invade las ciudades y las localidades grandes hasta que no logramos escapar de allí y conectar realmente con un lugar en el que la mayor iluminación es la Luna.

Escuché ruidos detrás de mí, me giré y vi a Lorién salir con algo muy grande entre sus manos.

—¿Qué llevas ahí? —y mientras lo preguntaba lo descifré yo sola—. ¡Un telescopio! ¿Es en serio?

—Sí, vamos a disfrutar de la magia del espacio un ratito, ¿te apetece?

—Claro, nunca he hecho esto. ¡Qué ilusión!

Como una niña pequeña, disfruté de cada lección que Lorién me daba, de cada estrella que me enseñaba, de cada ocasión en la que miré a través de aquel aparato y de la visualización de la Luna a través de él, que fue simplemente impresionante. Qué pequeños somos, qué

insignificantes, en comparación con todo lo que este planeta y el universo entero puede ofrecernos.

Después de casi una hora, y todavía con el telescopio montado, Lorién y yo nos miramos mutuamente.

—Ha sido una noche mágica. Gracias por encargarte de todo —le dije.

—La hemos disfrutado, y para mí ese es el mejor agradecimiento.

Estábamos muy cerca, yo seguía con la manta sobre mi cuerpo y nuestras caras estaban a escasos milímetros, pues para ir alternando los turnos y mirar por el telescopio no podíamos distanciarnos mucho. Entonces recuerdo perfectamente como él, con su dedo índice, acarició mi labio inferior, y a partir de ahí todo fluyó con una naturalidad pasmosa.

Tras la caricia, vino un beso, largo y apasionado, bajo aquel cielo estrellado de una noche de otoño. Las montañas y el universo nos miraban, y yo me sentía mejor que nunca en los últimos meses. A ese primer beso le siguió otro, y luego otro y así encadenamos tres o cuatro, que ponían fin a la tensión que, evidentemente, ambos sentimos nada más conocernos.

Cuando nuestros labios se separaron nos quedamos mirando, él con un gesto muy sexi y yo con una sonrisa tímida.

—Ahora sí que la noche ha sido perfecta —acerté a decir.

—No quiero que acabe nunca —me dijo él.

—Hagamos que no tenga fin.

Nos cogimos de la mano, seguimos mirando un poquito más las estrellas y los besos y los abrazos se convirtieron en nuestros compañeros de observación astronómica.

—Me encantaría invitarte a dormir en mi casa, pero no quiero que te sientas en la obligación ni con la presión de nada. Puedo también llevarte a casa, sabes que me cuesta menos de cinco minutos.

—Hemos dicho que íbamos a hacer que la noche no acabara nunca, ¿no? —le respondí, picante.

—Eso hemos dicho. Y yo tengo una cama muy grande. Incluso un cuarto de invitados si lo prefieres. Pero entremos, que tienes las manos congeladas.

Esa noche no dormí en mi dúplex, por supuesto. Tampoco en su cuarto de invitados. En realidad, esa noche, apenas dormí. Cuando entramos en su casa eran más de las cuatro de la mañana y Lorién me ofreció un té caliente. Nos lo bebimos en su sofá, frente a una enorme y

elegante chimenea, mientras también nos saciábamos la sed de pasión que sentíamos el uno por el otro.

Estuvimos muy cómplices. Toda la conexión que teníamos en nuestras conversaciones, en nuestra manera de entender la vida y en nuestras aficiones, la teníamos también, y por suerte, en nuestros momentos más íntimos. Nos descubrimos en cada movimiento y adivinamos lo que le gustaba al otro a través de las miradas, del tacto, los besos y la intuición. No es fácil conectar así con alguien, ni hacerlo en absolutamente todos los ámbitos. Sin embargo, tampoco me sorprendió, ya que todo indicaba que nos íbamos a entender a la perfección.

Ya en su dormitorio, la idea de dormir con él me pareció que podía resultarnos algo incómoda a alguno de los dos, pero como todo fue tan natural me vi allí, en su cama, después de compartir las mejores horas que pasaba en muchos meses, con el sol ya prácticamente asomando por el oriente, y la sensación fue de confort absoluto. Ninguno sugirió que fuera de otra manera, así que tras quedarnos exhaustos y tras volcar, cada uno, todo nuestro deseo sobre el otro, nos quedamos dormidos.

Reconozco que descansé muchísimo, no sé si por la comodidad de su colchón o por su compañía. Quizá también por el cansancio que había acumulado tras un día y una noche de lo más intensos. El caso es que nuestro despertar, cargado de caricias y abrazos, se volvió tan pasional como el final del día anterior, y culminamos ese inicio de jornada con una ducha conjunta.

Llegué a mi casa justo a la hora de comer, con un hambre voraz. Me preparé algo con restos de otras comidas que tenía de días anteriores y volví a echarme a dormir, esta vez sola y en mi cama. Fue el domingo más improductivo del mundo, pero el más repleto de buenas vibraciones que yo alcanzara a recordar.

LORIÉN

Tras nuestra visita al refugio de Pardanesa lo comprendí todo: su recelo, su reacción ante el episodio del tatuaje aquella noche en el bar, su caos interior. Silvia era una chica que transmitía fortaleza y seguridad, pero que en realidad estaba muy rota por dentro.

Aquella tarde fue decisiva para conocernos, acercarnos y entrelazar nuestras vidas más de lo que ninguno imaginaba. Dos personas con un mundo personal tan desbocado acababan de encontrarse y eso podía ser maravilloso, pero también todo lo contrario.

Por eso, cuando recibí su llamada me pareció la tía más valiente del mundo, y eso me encantaba. Sabía que no se encontraba, ni de lejos, en su momento vital más adecuado para estar pensando en citas, pero aquella propuesta en la que usó como pretexto el agradecimiento por mi buen hacer al llevarla al refugio, me pareció adorable. Estaba claro que yo deseaba con todas mis fuerzas profundizar en esa chica que no podía sacarme de la cabeza y, además, su llamada reforzó lo que yo ya intuía: se notaba que entre nosotros había algo realmente especial.

Qué guapa vino a nuestra quedada. Su físico siempre me había parecido sencillamente perfecto, con una apariencia de bondad y picardía a partes iguales que la convertía en alguien irresistible. Pero esa noche estaba especialmente increíble y todo fluyó de una manera tan natural que cualquier persona que nos hubiera estado observando no se hubiera creído que apenas nos conocíamos.

Sin embargo, después de cenar juntos y conocer de primera mano su historia, me invadió el pánico. Acababa de descubrir que yo constituía una figura que ella iba a detestar. Mi pasado, mis acciones y mis errores me seguían persiguiendo desde hacía cinco años hasta el punto de que justo en el momento en el que había decidido levantar el pie del freno de mis emociones, la persona que tenía delante iba a odiarme en cuanto se enterara de lo que todo el valle sabía y, de momento, callaba.

Aquella noche con ella en el restaurante, en La Cueva, en mi jardín viendo las estrellas, comprendí que todas mis aventuras por el mundo me habían ayudado a superar una etapa complicada de mi vida y a no descender a un pozo del que sería complicado salir. Pero supe, de inmediato, que no sería el foco de mi felicidad eterna. No podía seguir buscando en ese tipo de experiencias mi bienestar, porque el corazón late fuerte cuando tiene personas importantes con las que compartir ese tipo de experiencias, y eso era justo lo que a mí me faltaba y lo que sentía estar encontrando en Silvia: una constante, una ilusión, una persona que consiguiera que, estuviera en la parte del planeta en la que estuviera, mi objetivo fuera regresar a su lado.

Por eso sabía que debía ser sincero antes de que otros lo fueran por mí. Merecía conocer mi historia y merecía hacerlo de primera mano. No estaba preparado para ello pero era la única oportunidad que tenía de proteger y salvar lo que era evidente que se estaba creando entre los dos. Y aunque no tenía ni idea de cómo afrontarlo, me quedaba poco tiempo para pensarlo.

PICO ROMUER

Los días siguientes transcurrieron entre la vulnerabilidad y la emoción. Las personas, cuando permitimos que alguien atraviese nuestra capa de protección y le dejamos pasar hasta nuestro interior, nos volvemos normalmente más vulnerables. Eso me había ocurrido con Lorién. Había dejado que se adentrase más allá de lo que yo ya podía controlar. Pero, por otro lado, en eso consiste sentir, en dejarse llevar y asumir que las heridas y las cicatrices forman parte del proceso. Cuando me siento así pienso mucho en las personas que practican actividades y deportes de aventura. Yo misma he estado en esa situación muchas veces. Escalar, surfear, montar en bici, ascender picos… Mucha gente a lo largo de mi vida me ha dicho aquello de: "¿Qué necesidad tienes de arriesgarte así?". Y yo pienso que eso es precisamente lo que le da sentido a todo: el riesgo, experimentar nuevas sensaciones, aun sabiendo que la caída puede doler y que las consecuencias pueden durar un tiempo prolongado o incluso ser irreparables.

Así me sentía en cierto modo con Lorién. Ya había entrado en mi vida como entra el viento al abrir las ventanas en un día racheado: sin medida, sin control y de golpe. Ya no había forma de sacarlo: ni poco a poco, ni de una sola vez. Pero yo me dejaba fluir igual que ese aire flota en el ambiente, porque es parte de la vida protagonizar este tipo de situaciones.

Y hablando de ascender picos, la fecha se acercaba y esa era mi otra gran preocupación: Romuer. Allí me iba a encontrar con mi madre, o eso iba a intentar, al menos. Estaba segura de que si en el refugio de Pardanesa ella estaba presente en forma de caligrafía, mensaje, enseñanza y escrito, en el pico que iba a ascender en pocos días con Espe lo estaría también de alguna manera. Lo que no sabía era cómo y eso me generaba cierta tensión.

Así que lo programamos todo al detalle: subiríamos pronto, ya que teníamos unas tres horas de camino hasta arriba y no sabía cuánto me ocuparía buscar algún tipo de señal, si es que la había. Luego, serían otras dos o dos horas y media de descenso y los días en octubre ya no eran tan largos como en verano.

Así que Espe y yo quedamos a las ocho de la mañana, y a las nueve menos cuarto nos encontrábamos ya en el punto de partida de la ruta. Me esperaba una buena caminata junto a ella, pero la afrontaba con menos ansiedad que el camino hacia el ibón, porque empezaba a entender algunas cuestiones y porque los acontecimientos de los últimos días me habían hecho tomarme

las cosas con más calma. Eso sí, todavía no había hablado con ella sobre mi noche con su hermano, y sabía que era el momento de hacerlo. Empezamos a caminar tras ponernos protector solar y equiparnos como necesitábamos.

—¿Cómo fue la cena con Lori? —me preguntó Espe, directa, al inicio de la caminata.

—Bien. Muy bien. Increíble, Espe, la verdad. Me da un poco de apuro que sea tu hermano y estar en esta situación, pero…

—Acabasteis juntos y revueltos, ¿no?

—Sí, pero no fue algo solo carnal, créeme. Hay algo entre nosotros, o al menos así lo siento yo.

Espe se quedó en silencio unos segundos, como callándose información para no influir sobre mis sentimientos.

—¿Qué pasa, Espe? ¿Te molesta que quede con tu hermano? Si es así puedes decírmelo con total confianza.

—No, Silvia. No es por ti, es por él. No quiero que te haga daño.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Hay algo que yo no sepa?

—Creo que no me corresponde a mí contarte según qué cosas, pero ya te dije hace días que la palabra compromiso no va con él. No sé si es capaz de respetar las normas y convenciones de una relación.

—Bueno, supongo que cada relación tiene las suyas propias y además, ni siquiera estamos aún en esa fase.

—Ya, pero llegará, *dona,* como si lo viera. Pero no me hagas caso, eso es cosa vuestra, y mientras los dos estéis conformes, yo ahí no me meto. Sea mi hermano o el mismísimo rey de España. Solo te digo que disfrutes, pero con tiento.

Sus palabras me dejaron un poco preocupada. No era la primera vez que Espe me advertía sobre su hermano, y yo estaba ignorando por completo aquellos avisos, así que si luego resultaba ser verdad que no podía fiarme del todo de él, habría sido imprudencia mía. De todas formas, nos estábamos conociendo, y procuraría investigar por qué me sugería Espe que tuviera tanto cuidado, aunque la verdad es que no estaba segura de querer averiguarlo.

Cuando el cansancio empezó a hacer acto de presencia y la fatiga se convirtió en nuestra compañera de ascensión, dejamos de conversar, simplemente porque no éramos capaces de mantener el habla mientras subíamos. Así que no me quedaba otra distracción que no fueran mis pensamientos más profundos.

Recordé nuestra primera cena de hacía cuatro días y cómo habían transcurrido los acontecimientos desde entonces. Tras la noche mágica con una gastronomía de escándalo, un poco de distracción entre bailes y cervezas y las estrellas como broche final a la velada, Lorién y yo no habíamos vuelto a vernos, aunque sí nos habíamos escrito y llamado.

Lorién

Buenos días, reina de los bosques. Me he despertado y he recordado un sueño estupendo. Había quedado a cenar y bailar con una chica preciosa y luego vimos las estrellas. Entonces me he dado cuenta de que no había sido un sueño, sino algo muy real. Espero que tu despertar esté lleno de sonrisas. Luego te llamo.

Ese fue el mensaje que recibí el domingo por la tarde, después de que Lorién estuviera todo el día durmiendo. Nos enviamos unos cuantos más y, aunque me moría de ganas por verle, no lo propuse. No sabía lo que había significado para él, yo estaba todavía saboreando aquella maravillosa velada y en mi estómago se empezaban a instalar los nervios de la ascensión al pico y la intriga sobre lo que me podría encontrar allí. Necesitaba gestionar todo ello de manera tranquila y por mi cuenta, así que me había dedicado unos días a mí, a mi trabajo, a pasear, a hacer yoga y a leer.

Mientras pensaba en todo aquello, Espe y yo seguíamos caminando, ascendiendo y atravesando bonitos caminos. No he conocido una sensación más reparadora que la de quedarte a solas contigo misma en plena naturaleza. Cruzar riachuelos, observar montañas, oler el boj y los pinos, y mientras tanto, pensar. No hacer otra cosa más que pensar. Es en esos momentos cuando ordenas tu *yo* más personal y cuando las cuestiones realmente importantes aparecen de repente, como una estrella fugaz, para dejar una estela de pensamientos. Todo en lo que no reflexionas en una ruta larga por la naturaleza, no está en el *top ten* de tu lista de prioridades en ese momento, lo tengo comprobado.

Aproveché un momento de tregua que nos ofreció el camino y se lo pregunté. Necesitaba que me hablara de ello, aunque no tenía claro si estaba realmente preparada.

—Espe, ¿tú recuerdas a mi madre? ¿Alguien más en este pueblo se acuerda de ella?

—Sí, claro que sí. Yo la recuerdo vagamente, no te voy a engañar. Pero mi padre, Paqui, las chicas del bar, y sobre todo sus padres, se acuerdan de ella perfectamente. Era una mujer muy querida aquí. Se implicaba mucho con las cosas del colegio, hasta una vez se ofreció en la Semana Cultural para ayudar y preparó unos cuentacuentos para los niños. Mientras estuvo aquí, hizo de este sitio un lugar mejor.

Yo me estremecí. Ojalá el día que yo falte me recuerden con ese cariño. Al final va a ser cierto que mi madre se fue feliz y satisfecha de este mundo, tal y como me decía en la carta.

Cuando llevábamos dos horas de ruta, Espe y yo estábamos exhaustas. Por mucho que te guste la montaña, siempre hay momentos de sufrimiento que debes aprender a gestionar. Te duelen las piernas, te falta el aire, ves la cima alta, muy alta, y te preguntas cómo serás capaz de ascender a ese lugar. Si el sol aprieta, es desesperante, porque la sensación es todavía más agobiante. Sudas, bebes y repites el proceso. Los pies, durante el final de la subida pero incluso más aún en la bajada, quieren gritarte que pares. Pero es adictivo, porque es un dolor placentero.

Cuando llegamos allí y observamos la estampa que nos dejaba aquel lugar, las dos nos abrazamos. Nuestros corazones se acercaron un poquito más, y yo me emocioné. Hacía bastante que no subía un pico, y este lo había hecho con ella. Me había servido para dedicarme un poco de tiempo para mí, pero no en un sentido superficial con acciones como cuidarme las uñas, hacerme un tratamiento facial o comprarme ropa, no. En el sentido de mirarme hacia dentro, que después del cambio de vida que había experimentado desde hacía ya unos meses, lo necesitaba. Y me había servido también para crear un vínculo más fuerte con esa mujer que tenía al lado, que se había ofrecido sin pensarlo dos veces a acompañarme en esa ruta. Las personas que viven momentos complicados tienden a unirse más, y bueno, no había sido el Everest, pero la subida al Romuer no había estado exenta de quejas, esfuerzo y sacrificio, así que sin ninguna duda a Espe y a mí nos había acercado de algún modo.

Cuando conseguí recuperar el aliento, me puse a buscar algún tipo de señal de mi madre. No tenía ni idea de qué podría ser lo que tenía que encontrar. Había algunas firmas talladas o pintadas en las piedras de las personas que habían coronado el pico, pero yo no sabía exactamente cuándo había estado Marga allí. Igual hacía una década, o dos, y no sabía cuánto podrían aguantar esas firmas visibles. Supongo que las condiciones climáticas acababan por borrarlas. Aun así, las revisé todas, y no vi ningún símbolo ni tampoco su nombre.

Espe también me ayudó a detectar cualquier tipo de mensaje suyo, pero nada. Empecé a desesperarme, confiaba con todas mis fuerzas en descifrar algo de mi madre ahí arriba. ¿Por qué me había hecho subir entonces? Mi rabia y mi impotencia aumentaban por momentos. Estaba enfadada con ella, algo un poco incongruente e irracional. Pero ese mensaje del refugio de Pardanesa me había hecho crearme unas expectativas demasiado altas acerca de la carta de mi madre y su listado de lugares, y me autoconvencí de que en todos ellos encontraría algo suyo: un mensaje, una señal, un código que descifrar. Como en las películas y en los libros, como en *Posdata: te quiero* , quizás. Pero no, por más que busqué y rebusqué, en aquel pico no había nada que ella me hubiera podido dejar.

Bajé de la cima en silencio, triste y desanimada. Disfruté de las vistas y del destino, eso sí, y también lo había hecho de la subida, mucho más animada que un rato después. Espe me intentaba convencer de que igual el enfoque era otro:

—Quizás este pico signifique otra cosa, *dona* . Igual quiere que valores la grandeza de la naturaleza frente a lo insignificante del ser humano; que disfrutes de las pequeñas cosas, que hacen al mismo tiempo de la vida algo muy grande.

Me gustaron sus palabras e intenté interiorizar lo que me decía, no sin un resquicio de decepción en un rinconcito de mi corazón. Había sobrevalorado su manuscrito, sus intenciones. Pero no era justo que por ello, me sintiera como si me hubiera fallado. Intenté cambiar de actitud y por eso, cuando Espe me propuso comer algo en el bar del pueblo, acepté. Quería disfrutar del día y aprovechar ese lazo de unión que me había acercado a ella durante esa jornada.

Cuando llegamos, Tania me recibió con una sonrisa. Tenía unos doce o quince años más que yo y era una de las personas que nos recordaba a mí y a mi madre desde la etapa en la que vivimos en el pueblo. Ella no me reconoció de inmediato cuando me instalé hace casi un par de meses, pero mi amiga la frutera ya se encargó de ponerle al día sobre quién era yo.

—Hola chicas, ¿qué tal? ¿Venís de pasear por el monte? —nos preguntó cuando nos vio entrar, más cerca de la hora de la merienda que de la de la comida.

—Sí, hemos ido a Romuer, viene bien exigirse un poco de vez en cuando —respondió Espe.

—Las vistas son una maravilla. Es un lugar que esconde toda la grandeza del Pirineo —añadí yo.

—No me extraña, ¿sabéis que se ven todos los picos del valle desde allí? Es como el mirador de la zona, uno de los rincones más espectaculares que tenemos a nuestro alcance por aquí. A tu madre le encantaba —me dijo Tania, guiñándome un ojo.

El corazón se me encogió y sentí una vibración en el pecho que me hizo dar un respingo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté de inmediato y de manera automática, con tanta curiosidad que pude parecer incluso algo agresiva.

—Hay pruebas de ello. Yo la recuerdo aquellos sábados de montaña, con todo el grupo, cuando como vosotras, venían aquí tras una jornada intensa. Pero además, tengo fotos.

—¿Fotos? —no entendía nada.

—Sí, ¿no sabes que Marga fue la primera mujer en ascender todos los picos de más de tres mil metros de la zona en una sola temporada? Son cinco y ella lo hizo casi sin pestañear.

Formaba parte del club de montañismo del valle y se convirtió en una pieza fundamental. Tú solías quedarte con amigos, con tu tía Julia o tus abuelos cuando subían a veros, mientras ella no dejaba de cumplir su sueño.

—Y esas fotos, ¿dónde están? —pregunté, inquieta.

—Tenemos algunas aquí, en una de las salas de estar del bar. ¿Quieres verlas?

—Claro, si no te importa… —sugerí.

Tania me llevó allí y Espe vino conmigo. Mi amiga no recordaba aquel rincón y estaba casi tan expectante como yo. Entré y vi una pared llena de montañeros coronando picos, excursiones entre amigos e imágenes de la zona convertidas en cuadros que adornaban aquel espacio casi como si de un refugio de montaña se tratara. También había esquís antiguos a modo de elementos de decoración, mapas de la zona y folletos e ideas de rutas y excursiones.

Las fui mirando poco a poco, con calma y detenidamente y en una de ellas la vi. Pero no estaba en el pico Romuer, sino en un bosque con otros amigos o compañeros. Estaba sonriente, feliz, pletórica. Viva. Continué mirando y vi que aparecía en dos imágenes más: una en un río que cruzaba el pueblo y otra, esta vez sí, en el pico que acababa de subir aquella mañana.

La imagen estaba impresa en papel fotográfico y clavada en un corcho con una chincheta, con decenas de otras instantáneas de las últimas décadas. La cogí, sin pedir permiso a nadie, y la observé de cerca. Me resultó muy paradójico haber fotografiado el mismo paisaje hacía apenas unas horas, pero con tantos años de diferencia. En esa fotografía mi madre estaba guapísima, contenta y radiante. Pero hacía algún tiempo de aquello. Le di la vuelta a la imagen y entonces lo vi. Junio 2002. Fue durante nuestra etapa viviendo en el pueblo, como imaginaba. Y encontré ahí lo que buscaba.

> Las montañas, junto con los bosques, testigos de nuestros secretos, guardan nuestros mayores miedos, nuestros más profundos pensamientos y nuestras confidencias más íntimas. Son, sin duda, los mejores confidentes. Mi suerte es tener a la reina de la naturaleza en mi propio hogar.
>
> Marga, junio de 2002.

Ahí entendí muchas cosas. La primera, que no me hacía falta ver ninguna señal, escrito o mensaje de mi madre para entender sus intenciones. Estábamos, estamos y estaremos unidas y justamente eso que ella escribió hacía ya veintiún años, es una de las cosas sobre las que yo iba reflexionando durante mi ascensión a la cima. Mi búsqueda no está en sus mensajes, sino en mi interior.

La segunda, que se refería a mí. A mi nombre, a su significado: la reina de la naturaleza, de los bosques. El escalofrío que sentí me hizo temblar y, al mismo tiempo, ser plenamente consciente de lo importante que siempre fui para ella. No tenía dudas pero hay veces que las pruebas son reconfortantes para reafirmarnos en nuestros sentimientos.

Le pregunté a Tania si podía llevarme aquella fotografía y me dijo que sí al instante, comprendiendo perfectamente todo lo que significaba para mí. Espe me pasó el brazo por encima y me atrajo hacia ella y yo la miré con satisfacción, mientras ella me respondió con ternura. Tras aquel descubrimiento, por fin pude sentirme en paz con ese lugar y satisfecha, al mismo tiempo, de haber conseguido descifrar otra de las “pruebas” de mi madre, si es que podía llamarlo así.

Nos acabamos el bocadillo y la consumición hablando de los compromisos laborales de la siguiente semana y fijando un día para seguir atando los proyectos relacionados con las jornadas de nutrición en el instituto que ya habíamos aceptado y cerrado en cuanto a fechas.

Le agradecí sinceramente, con un cálido abrazo, haberme acompañado en ese día tan importante para mí y me fui a casa. La semana iba a ser emocionalmente intensa, y aunque lo podía prever, no tenía ni idea de en qué sentido, así que sin duda, los siguientes días me sorprendieron, aunque no siempre de manera positiva.

ENCUENTROS Y CONFESIONES

Algunos días después de la ascensión con Espe al Romuer y de comprender que las cosas no suceden como una las organiza en su cabeza, salí por el pueblo a hacer algunos recados. Tenía que comprar en la tienda de ultramarinos, preguntar por un par de productos naturales en la farmacia y hacerme con unos cuantos bolígrafos y libretas de la papelería, visita que aproveché también para curiosear algún libro con el que distraerme.

Cuando salí a la calle, sentí que las miradas se posaban continuamente en mí. Al principio me intenté autoconvencer de que eran imaginaciones mías, pero poco a poco fui comprendiendo que no: estaba viviendo la parte menos positiva de vivir en un lugar tan pequeño, tal y como me había advertido Lorién la noche que me lo encontré en el bar, días antes de nuestra primera cena.

Al entrar en el obrador, Gloria me saludó con vehemencia. Ya nos conocíamos porque cada semana pasaba un par de veces por allí, pero aquel saludo me pareció que escondía unas intenciones que yo todavía no entendía.

—¿Qué hay, Silvieta? ¿Cómo lo llevas?

—Bien, haciendo acopio de algunas cosas que necesito.

—Oye, que ya me han dicho quién eres, el caso es que tu cara se me hacía familiar. Conocí bien a tu madre, compraba mucho por aquí. Le llegué a coger un gran cariño.

Empezaba a atar cabos. La información de que yo era la hija de Marga había corrido por el pueblo e inevitablemente me había convertido en el foco de todas las miradas. Estoy segura de que muchos, la mayoría, recibieron la noticia con alegría y nostalgia, por el cariño que se notaba que le tenían a mi madre. Otros, sin embargo, hicieron probablemente leña del árbol caído con sus imaginaciones y confabulaciones mezcladas con la lástima. La pobre chica huérfana que regresa al lugar donde fue feliz con su mamá. La niña convertida en adulta intentando seguir con su vida. Sin embargo, eso sí lo sé seguro, debí darles mucho juego durante días, o semanas quizás, porque los cotilleos no acabaron con el tema de mi madre.

—Iván te vio el sábado en “La Cuevona”. ¿No lo viste?

—¿Iván? No le pongo cara…

—Sí, Iván, mi hijo. Tendrá tu edad. Pensaba que lo conocías. A veces me ayuda en la tienda.

—Ah, sí. No sabía que era tu hijo. Todavía no me he familiarizado con las caras, los nombres y los parentescos de todo el mundo —respondí agradable.

—Claro, poco a poco.

Entonces Gloria se reclinó sobre el mostrador y, tras echar un vistazo rápido a cada lado para asegurarse de que estábamos solas, me dijo:

—Niña, en confianza te lo digo. Ojo con Lorién. Me dijo que ibais juntos. Yo no me quiero meter en nada pero el aprecio que le cogí a tu madre en su día y a esa niñita pequeña suya, que ahora resulta que eres tú… No me quedo tranquila si no te lo digo. No te fíes.

—Pero… ¿Hay algo que yo deba saber? De todas formas Lorién y yo somos solo amigos, pero claro, me dejas preocupada… —le respondí ingenua, porque de verdad no me esperaba que fuese a atreverse a opinar sobre una relación que todavía ni siquiera había empezado.

—Hay cosas que a una no le corresponde explicar. No puedo decirte más.

Asentí con la cabeza y sentí una mezcla entre vergüenza, al pensar que medio pueblo (o quizás entero) especulaba sobre mi relación con Lorién, y rabia por no poder dejar en la intimidad los asuntos a los que les corresponde esa parcela. También se instaló, por qué negarlo, el miedo y la desconfianza en un hombre que apenas conocía pero sobre el que ya dos personas me habían advertido: una de ellas, encima, era su propia hermana.

Salí de la tienda y entré en la papelería, que se encontraba justo en el portal de al lado. Cuando abrí la puerta, la dueña y otra mujer hablaban en susurros y al verme, se callaron de golpe. Ambas me saludaron rápidamente, pero no pudieron disimular que yo era la protagonista de su tema de conversación. Compré lo que necesitaba sin entretenerme mucho y me fui.

Al llegar a la farmacia, me encontré a Ixeia. Me alegré mucho de verla.

—Ixe, ¿qué tal? ¿No trabajas hoy?

—No, me dejo alguna mañana libre para organizar mis cosas, suelo tener más clientela por las tardes. ¿Tú, cómo estás? He hablado un poco con Espe sobre vuestra jornada de montañismo y algo me ha contado.

—Sí, ya puedo tachar un lugar más de los de la lista. Voy encontrando las piezas del puzzle, o eso creo.

—Bueno, me alegro. Y me encanta que te lo tomes así, como un reto y con cierta ilusión, o al menos eso pareces transmitir.

—Sí, no te niego que es emocionante poder ir descubriendo un poquito más sobre mi madre a través de estos rincones. Además, me han ayudado a acercarme a personas que se están convirtiendo en fundamentales para mí: los hermanos, ya sabes —dije algo tímida.

—Oye, sobre eso. Creo que igual no estás preparada para el revuelo que tiene el pueblo, y me gustaría advertirte. Parece que os vieron en *La Cueva* algunas personas y bueno, en los pueblos la gente habla, ya sabes. El caso es que se está comentando que podéis estar juntos y demás. Tienes que hablar con Lorién, tiene que contarte ciertas cosas para que tengas toda la información. Si no, estás en inferioridad de condiciones.

A ver, que la gente hablara pues bueno, lo podía hasta entender. Cultura de los lugares pequeños en los que todos se conocen. Pero que Ixeia me estuviera advirtiendo de una manera tan directa sobre algo de lo que parecía ser que yo no tenía la menor idea, pero que también daba la sensación de que era importante, estaba empezando a alarmarme.

—Ixe, ¿pero de qué hablas? No entiendo nada, vengo del obrador y Gloria me ha dicho que tenga cuidado con Lorién. He entrado acto seguido en la papelería y la dueña y una mujer se han callado nada más verme, está claro que hablaban de mí. Y ahora me dices esto. Dejad de advertirme y contadme algo, por favor.

—Créeme, debe hacerlo él. No te asustes, ya te dije el otro día que Lorién es un buen chico, y de verdad lo pienso, pero tienes que saberlo. Más que nada porque fue un episodio que marcó a mucha de la gente de este lugar, y aunque el perdón creo que ya lo tiene de la mayoría, el olvido es, a veces, más complicado.

—De acuerdo, le llamaré. De todas formas no sé qué os estáis imaginando todos, solo somos amigos. Bueno, dormí una noche en su casa pero ya está. No hay nada más, de momento —le dije en tono bajito porque estaba claro que las paredes de ese pueblo tenían la capacidad de escuchar.

—Bueno, genial. Si todo es estupendo, pero si queréis que esto vaya a más, al menos que no sea con secretos a voces.

—Vale —me resigné a decir.

—Oye, por cierto. ¿Cuál es el siguiente lugar de la lista de tu madre?

—El Bosque del Deseo.

A Ixeia se le iluminó el rostro.

—¿De verdad?

—Sí, ¿por?

—Me encanta ese lugar. Mi nombre, Ixeia, significa *deseo* y siempre me he sentido muy identificada con ese sitio.

—¿En serio? El mío significa *reina de los bosques* . Oye, ¿vendrías conmigo?

Ixeia rio suavemente.

—Parece que la *reina de los bosques* y el *deseo* en persona estuvieran destinadas a visitar juntas ese sitio, ¿no? Para mí será un placer, pero si quieres que sea un momento más íntimo y hacerlo sola o con otra persona, no quiero que te sientas en ningún compromiso, de verdad.

—Para nada, me apetece mucho ir contigo. Hablamos en unos días, necesito dejar reposar un poco todas las emociones que me están provocando estos encuentros con mi pasado.

—Claro, llámame cuando quieras, para eso y para cualquier otra cosa.

Me despedí de Ixeia amablemente y entré en la farmacia a cumplir con mi último recado de la mañana.

Cuando llegué a casa, cogí el teléfono con la intención de llamar a Lorién, pero como por arte de magia, coincidencia o por un acto de telepatía, empezó a sonar y leí en la pantalla su nombre. Lo cogí sin dudar.

—Hola —le saludé, algo apática por escucharle, aunque la realidad es que tenía muchas ganas de hablar con él, pero no sabía si me iba a gustar todo lo que, al parecer, tenía que contarme.

—Hola Silvia. Qué rapidez, estabas con el móvil en la mano, ¿no?

—Sí, precisamente quería llamarte yo también —mi tono sonó más seco todavía.

—Uy, no pareces muy contenta, ¿estás bien?

—¿Podemos vernos? Voy a estar en casa toda la tarde, si pudieras acercarte… Me gustaría hablar contigo.

—Iba a decirte que todavía no estamos saliendo como para que rompas conmigo, pero me ahorro la broma porque veo que no está el ambiente para mucho humor. Me acerco enseguida.

—Perfecto.

En menos de media hora sonó el timbre y allí estaba él, tan encantador como siempre. Por más vueltas que le había dado, no imaginaba por qué la gente me advertía tanto sobre él. ¿Sería un absoluto mujeriego y no querían que me convirtiera en una más de las pobres chicas que acababan lloriqueando por él? Medité tantas opciones que hasta sopesé la posibilidad de que tuviera antecedentes penales o algo así, cosa que descarté porque di por hecho que en ese caso, Espe se hubiera saltado todos los protocolos y me hubiera avisado de su peligrosidad.

Abrí la puerta intentando permanecer seria, pero al verle se me escapó una sonrisa. No podía evitar ni disimular la ilusión que me hacía tenerle de nuevo frente a mí, ya que a pesar de haber mantenido contacto a diario desde nuestra noche mágica, no habíamos vuelto a vernos.

—Hola, me tienes preocupado —me saludó con aparente sinceridad.

—Ya, yo tampoco estoy muy tranquila.

—¿Es por algo de tu madre, tu familia? —me preguntó.

—No, no. Ya te he ido contando todo lo que ha ido ocurriendo con respecto a ese tema, y no hay novedades. Es por ti, Lorién.

Él fijó su mirada en mí. En realidad lo sabía, pero quería escucharlo de mi boca, así que se limitó a esperar a que yo disparara primero, y aun sabiendo que iba a ser así, decidió presentarse sin chaleco antibalas.

—Tú mismo me pusiste en alerta nada más conocernos de las ventajas e inconvenientes de vivir en un sitio con tan pocos habitantes. Supongo que he empezado a ser consciente de ello ahora, cuando todo el valle sabe que salimos juntos el fin de semana y varias personas me han advertido de que no me fíe de ti —le solté así, de pronto, sin anestesia.

—Sabía que esto podía ocurrir pero ni siquiera yo imaginaba que fuese tan pronto. ¿Quieres la versión corta o la larga?

—Empieza por la corta y, si me interesa, te pregunto por la larga —respondí.

Asintió, suspiró y prolongó durante unos segundos que parecieron horas un silencio tan impaciente como tenso.

—Casi todo el pueblo me odia. Fui un capullo. Mucho más que un capullo: fui mala persona, un niñato de mierda. Han pasado cinco años de aquello pero el tiempo no siempre lo cura todo —me intentó avanzar.

—Creo que va a ser necesaria una versión más larga, sí —le pedí sin entender muy bien qué me estaba queriendo decir.

Y entonces conocí a un nuevo Lorién, uno más personal, más íntimo, que se desnudaba despojándose de recuerdos desagradables delante de mí.

—Silvia, tengo veintiocho años. No sé si te había llegado a decir mi edad exacta, pero aquí la tienes. Veintiocho. Y para que entiendas esto tengo que remontarme a los diecisiete. Durante mi primer año de Bachillerato, empecé a salir con una chica del pueblo. Íbamos juntos a clase, nos gustamos y todo era maravilloso. Fueron dos años mágicos, increíbles. Éramos una pareja envidiable. Cuando terminamos el Bachillerato, ella se fue a estudiar fuera y yo me quedé en el valle. La verdad es que terminé los estudios por presión familiar, pero a mí en ese momento no me llamaba la atención ni estudiar una carrera ni abandonar mi pueblo ni tampoco a mi familia. Lo de mi madre estaba aún demasiado reciente y sentía la necesidad del calor de una hermana, un padre y unos abuelos para seguir avanzando. Así que decidí quedarme aquí y me saqué algunos títulos para poder ser monitor de esquí, de tiempo libre y de algunas actividades de

aventura como el barranquismo o el rafting. Yo era feliz así, y ella decidió seguir con su formación, algo que por supuesto me pareció perfecto. Empezamos a vernos menos y, aunque yo seguía loco por ella, poco a poco el hecho de no tenernos cerca empezó a pesarnos en la relación. Aun así, seguimos juntos durante un tiempo. Ella acabó su carrera y regresó al pueblo. Teníamos un proyecto juntos, ella quería encontrar trabajo aquí o cerca, pues su profesión se lo permitía, y yo aquí era feliz y lo tenía todo. Sin embargo, cuando ella volvió empecé a notar que no era lo mismo. Habíamos cambiado y lo habíamos hecho a velocidades distintas. Eso no es malo, simplemente a veces ocurre. El caso es que bueno, tuvimos un descuido, y ella se quedó embarazada. Teníamos veintitrés años los dos. Veintitrés, Silvia, no estábamos preparados.

—Sé de lo que me hablas, mi madre me tuvo más joven todavía, y aquí estoy —le interrumpí con cierto tono de reproche, aunque de verdad intentaba empatizar con él. Pero había tocado un tema que me resultaba especialmente sensible, ya que no tengo ni nunca tuve un padre precisamente por eso mismo: un embarazo no deseado ni buscado a una edad muy temprana.

—Lo sé, cuando me lo contaste, se removió algo dentro de mí. Pero si te hablo de cómo viví yo ese momento… Se me cayó el mundo encima con la noticia. A los dos se nos cayó, claro. Ella tenía que pasar por un proceso mucho más complicado que yo, tomáramos la decisión que tomáramos. Pero fui bastante egoísta y por qué negarlo, un auténtico inmaduro. Yo dejé claro desde el primer momento que no quería seguir adelante con ese embarazo. No era mi momento, ni siquiera estaba seguro de querer seguir con ella como pareja. Llevaba varios meses planteándome la relación, así que el hecho de formar una familia con ella me parecía una auténtica locura. Me mostré rotundo: no quería ese bebé ni me iba a hacer cargo de él. Ella tampoco tenía claro si seguir adelante pero no fue tan firme como yo. Siempre he intentado ponerme en su lugar, pensar en cómo se sentía ella, aunque todo el mundo lo siga cuestionando aún a día de hoy. El pueblo al completo se enteró, claro. Aquí es difícil mantener un secreto. Y cuanta más gente lo sabía, mayor era la presión y mayor también mi postura extrema. Tanto fue así que a lo largo de las semanas en las que estuvimos planteando distintas opciones al respecto, salí de fiesta con unos amigos. Y estuve con una chica, en medio del bar, a ojos de todas las miradas.

—¿Cómo pudiste hacer eso en un momento tan complicado para ambos? —volví a interrumpirle, mientras percibía que empatizaba más con aquella exnovia de Lorién que con la propia persona que tenía delante, y la rabia se iba apoderando de mí.

—Lo sé, Silvia, me porté como un imbécil. Pero yo también estaba sobrepasado, veía cómo todos mis proyectos de futuro se derrumbaban y además, aunque no sea una muy buena excusa, aquella noche bebí más de lo que mi cuerpo estaba acostumbrado a hacer.

—Y ella se enteró, claro.

—Sí, alguien se lo contó incluso antes que yo. Me desperté con el móvil lleno de llamadas

y mensajes nada bonitos por su parte, los cuales por supuesto no pude reprocharle nunca. Ahí se acabó nuestra relación pero me dijo que no pensaba contar con mi opinión para tomar una decisión sobre el embarazo, y que pensaba seguir adelante con él. Me volví loco. No quería tener a ese bebé, pero si ella decidía seguir adelante, yo sabía que tampoco iba a ser capaz de desentenderme por completo. No me parecía justo pero tampoco lo era obligarla a hacer algo que ella no quería: abortar. Así que empecé a actuar solo por odio y despecho. Cada fin de semana salía, viernes y sábado, y mi único objetivo era que todos me vieran con otras chicas y se lo contaran. Meterme en problemas y que se enterara. Ser visto en condiciones repugnantes y que ella fuera consciente. Lo conseguía y ella sufría, sufría mucho con mi actitud. El embarazo no pasó de las doce semanas. Tuvo un aborto natural y ella y todo el valle me culparon de lo ocurrido. Es una de esas historias que probablemente se recuerden durante años: la chica que abortó por culpa de la mala vida y disgustos que le daba su expareja y padre de la criatura que venía en camino. Y quién sabe si el motivo fue ese, pero yo también me responsabilizo de ello y me martirizo. Es algo que siempre tendré clavado en mi interior. ¿Mi egoísmo acabó con la vida de mi futuro hijo? Un bebé que yo no aceptaba en ese momento, pero el hecho de pensar: "¿Y qué hubiera pasado si…?" siempre me acompañará. Tengo pesadillas por las noches, y eso que ya han pasado cinco años. No quiero victimizarme, porque sé que el que actuó mal fui yo, y que ellos desde luego se llevaron la peor parte.

—Joder, Lorién. Qué puta mierda me estás contando —fue lo único que acerté a decir en aquel momento.

—Lo sé. Casi todo el valle me retiró la palabra tras lo sucedido. Y ahí fue cuando me marché por primera vez como colaborador de una ONG. Necesitaba irme lejos, muy lejos, y sentir que hacía algo bueno por el mundo, ya que no había conseguido hacerlo por mi entorno más cercano y por lo más importante que podría tener ahora en mi vida.

Me quedé callada unos segundos, que quizá fueron minutos, mientras Lorién alternaba la mirada entre el suelo y mis ojos. Comprendió que necesitaba digerir todo aquello y que no debía ser él quien rompiera ese vacío del momento. Su cara, su rostro, su expresión y los temblores de su voz mientras lo contaba mostraban que de verdad le afectaba lo que me estaba explicando. Pero en ese momento solo me parecía tener delante a un auténtico gilipollas egocéntrico, aunque por otro lado no quería decir ninguna barbaridad en caliente de la que después podría arrepentirme. Me costaba formarme una opinión objetiva sobre todo aquello porque mi mente voló inevitablemente a ese rincón de mi cerebro en el que tenía escondidas muchas emociones de lo que para mí eran o deberían ser las familias y las relaciones entre padres e hijos. Me recordó a un padre irresponsable, ausente y desentendido que nunca tuve y volqué en Lorién todo el odio y la rabia que no pude nunca sentir directamente hacia el hombre al que jamás conocí.

—Podría hacerte muchas preguntas y recriminarte muchas actitudes, pero imagino que otros, otras y hasta tú mismo ya lo habéis hecho en el último lustro. Lo que sí me apetece es quedarme a solas ahora y asimilar toda la información —le dije.

—Lo entiendo. No te quiero convencer de nada, ni de que soy buena persona, ni de que asumo que fui un capullo. Solo pretendía que me pudieras conocer de cero, sin prejuicios.

—Necesito ponerme música, hacer yoga y pensar, Lorién.

—De acuerdo. No te voy a escribir, no te voy a llamar. Hazlo tú, por favor. Aunque sea para decirme que no me quieres volver a ver.

Asentí mientras le abría la puerta de casa.

LORIÉN

Es curiosa la gran capacidad crítica que tenemos hacia los demás y lo poco que nos cuestionamos las acciones propias. Nos falta tiempo para juzgar si alguien ha actuado bien o mal, si sus decisiones han sido más o menos certeras o si sus acciones están dentro o fuera de lo moralmente aceptado. Sin embargo, a menudo tendemos a justificar lo injustificable cuando se trata de nuestra propia vida, y nos autoconvencemos de que si en algo nos equivocamos, fue por un motivo más que razonable.

Yo ya había llevado durante años el lastre de haber podido ser la causa de que mi propio hijo no llegara a conocer este mundo. De haberlo hecho a través de mis reprochables comportamientos hacia su madre, vulnerable y embarazada, cuando en realidad lo único que ocurría era que yo era todavía un niñato sin capacidad de asumir responsabilidades que me venían grandes, muy grandes. No calibré bien, no valoré los daños y ni siquiera sé, ni nadie lo sabe, si ese aborto se hubiera producido igualmente aunque mi actitud hubiera sido ejemplar con quien estaba creando esa nueva vida dentro de sí misma. Pero el pueblo habló, juzgó y condenó: la culpa había sido mía, un joven sobrepasado que cada fin de semana protagonizaba un escándalo diferente en los bares nocturnos de aquel lugar, en forma de ligues diversos a los ojos de cualquiera, excesos de alcohol, peleas o jaleos varios. Escándalos que, por supuesto, llegaban a oídos de la madre de mi futuro hijo, un bebé al que yo abiertamente decía que no deseaba. Ella sufría, no lo dudo. Yo también, eso lo aseguro.

El resultado de aquellas semanas intensas y llenas de dolor fue una situación todavía más angustiosa. Un feto de doce semanas que dejó de latir. Una futura madre desolada. Un futuro padre absorto, perdido y debo reconocerlo, aliviado en cierto modo pero, eso sí, señalado para siempre.

Nadie me consoló entonces diciéndome que podría no haber sido mi culpa. Nadie tenía una explicación certera y segura. Pero el motivo de ese aborto estuvo claro desde el principio para todo el mundo: fui yo y fue mi culpa.

Me hubiera gustado explicarle a Silvia cómo me sentí, cómo durante todos esos años perdí amigos, cómo cambié y maduré a la fuerza. Cómo me angustié pensando en el monstruo en el que me había convertido. Cómo jamás pensé que algo así podría ocurrir en mi vida, y cómo a pesar de no querer convertirme en padre de aquel bebé, lloré tantas veces su muerte. Porque sí, yo mismo había propuesto y defendido interrumpir aquel embarazo desde que me había enterado de la situación, pero la manera en la que todo ocurrió no entraba en mis planes y no, ese no era el final que quería para todo aquello.

Cuando toda la familia de mi expareja llevó a cabo un juicio social contra mí, por el que perdí no solo amistades, sino conocidos, compañeros e incluso a algún que otro familiar, mis metas cambiaron. Necesitaba desahogarme, soltar culpa y hacer algo bueno: por otras personas, por los animales, por la naturaleza o por el planeta.

Y así fue cómo empecé a trazar el camino de una vida que me encanta, me apasiona y no cambiaría por nada. Tuve que tocar fondo para darme cuenta de lo que realmente me importaba y quería, y gracias a ello, aunque suene extraño, soy quien soy.

Tras años de idas y venidas, de dos meses aquí y ocho allá, de tomar distancia para no sentirme el centro de todas las miradas, participar en acciones humanitarias y ecológicas para demostrarme a mí mismo que no era mala persona, de sentir que no pertenecía a ningún lugar en concreto y andar a la deriva por el mundo, estaba empezando a encontrar mi hueco, de nuevo, donde todo empezó: en mi pueblo.

Muchas personas me seguían odiando por aquello y se quedaron con la versión de un Lorién de poco más de veinte años inmaduro, irresponsable y egoísta. Otros me llegaron incluso a pedir disculpas, quizás porque la vida les había llevado después por caminos que, aunque distintos, habían sido igual o más complicados que el que yo tuve que tomar tan joven.

Había logrado conocer gente nueva y estrechar lazos con el lugar que siempre sentí como mi casa. Y en ese momento ella, que parecía haber llegado para cerrar el ciclo o, según por dónde se mire, para empezar un nuevo, tuvo que enfrentarse al Lorién del pasado para decidir si quería conocer al de aquel presente y caminar de la mano con el del futuro. La había sentido esos días como un mensaje en el que la vida me daba otra oportunidad, la opción de seguir avanzando. Si el karma existía, en mi mente era ella personificada. Pero qué poco duran a veces las alegrías… A ciertas personas les había costado muy poco lanzarle advertencias y, siendo justos, iba a explicarle todo, claro que sí. Pero con mis tiempos.

El caso es que yo no sabía si ella, cuyo padre también de poco más de veinte años, no quiso nunca hacerse cargo de su cuidado ni fue partícipe de su vida, iba a poder entenderme. Sabía que empatizaría antes con esa madre que finalmente no lo fue, con ese bebé que se quedó a medio camino y con ese juicio social que me condenó a ser alguien sin escrúpulos. Deseaba con todas mis fuerzas que lo poco que teníamos, nuestra conexión evidente y sus ganas de saber más ganaran al resentimiento y decidiera al menos darme una opción a réplica, un voto de confianza y la oportunidad de tener una conversación más profunda sobre este tema.

FANTASMAS DEL PASADO

Cuando cerré la puerta de mi casa sentí cómo un montón de sensaciones, que yo creía superadas y, desde luego, aparcadas en algún rincón escondido de mi ser, regresaron a mí. Me odié a mí misma por unos instantes por haberme ilusionado con alguien de valores dudosos. Le odié a él durante un período de tiempo más prolongado por haber sido capaz de reaccionar así ante una situación que me sonaba muy familiar.

Mi madre me lo dio todo y cubrió facetas a las que ni ella imaginaba que tendría que extenderse, pero la figura paterna siempre fue un vacío en mi vida. Lo peor de todo es que ninguna enfermedad me la había arrebatado, tampoco una situación extrema en la que él hubiera tenido que cambiar de país por motivos laborales o personales. No. La explicación es mucho más simple y cruel: nunca me quiso en su vida. Durante una etapa de mi adolescencia tuve que aprender, gracias a la terapia, que no era culpable de su sentimiento de rechazo hacia mí. Que mi llegada al mundo no fue un incordio. Que la decisión fue únicamente suya y yo no tenía herramientas para entrar ni salir de ahí. Por eso, cuando Lorién me estaba explicando justamente ese episodio de su vida, la mezcla de sentimientos fue como un maremoto de emociones que iba a ahogarme en cualquier momento.

Mi reacción más natural y primaria fue la rabia. Había desarrollado a lo largo de mi vida una empatía especial ante los embarazos, deseados y no deseados, y mi postura estaba clara: yo iba siempre en el equipo de los débiles e indefensos bebés que no han tenido la capacidad de decidir sobre su existencia y que son muchas veces quienes reciben la crueldad de sus progenitores. Me sentía parte de esa historia y no podía evitarlo.

Sin embargo, la oportunidad de escuchar las explicaciones de lo que sintió alguien de veintitrés años ante una situación similar, abrió también un poco mi mente. Está claro que, como decía mi madre, formo parte de ese grupo de personas que han pasado la barrera del ser y pertenecen al colectivo que siente, padece, se le encoge el corazón con historias, propias y ajenas y viven en primera persona el amor y dolor cercano.

Las palabras de Lorién y su justificación ante sus actuaciones sonaban como una explicación ante mi orfandad paterna. Pero aun así solo venían a mi mente reproches, así que preferí digerir toda esta información en solitario y no precipitarme en mis juicios. En caliente, ya

se sabe, se pueden decir cosas muy hirientes y yo no soy de discutir acaloradamente ni de soltar veneno en forma de palabras.

Así que me quedé en mi casa, rescaté la carta de mi madre, puse música y me preparé un té. Hice una intensa sesión de yoga. Lloré, lloré mucho. Vacié mi rencor, mis frustraciones, mis miedos, mis inseguridades, mi rabia y mi impotencia en forma de lágrimas. No era solo tristeza, era un cúmulo de emociones que llevaba almacenando desde mi llegada a ese pueblo montañés que se había convertido en mi nuevo hogar. Necesitaba soltarlo, curar un poquito el alma, con cuidado, delicadeza y, sobre todo, yo sola. Con los años había aprendido que me sentía mejor, que literalmente era como expulsar todos esos sentimientos que me producen sensaciones negativas y que después solía instalarse dentro de mí una extraña armonía de calma y paz.

Justo cuando había alcanzado este punto, sonó mi móvil. Era un mensaje de Ixeia.

Ixeia

¡Hola Silvia! ¿Cómo estás? ¿Sigue en pie el plan de visitar juntas el Bosque de los Deseos? Estoy libre el lunes, que seguro que nos encontramos a menos domingueros ;-) Si quieres me paso por tu casa, lo hablamos y preparamos la excursión.

El plan de ir con ella al tercer rincón que me había encomendado mi madre seguía en pie, pero por nada del mundo quería compañía en ese momento. Así que no tardé en responder.

Silvia

¡Hola, guapa! El plan me parece perfecto, reservamos el lunes y vamos juntas. Ahora no me viene bien, tengo lío de trabajo. Pero te llamo mañana o pasado y confirmamos. ¡Un beso!

Hay veces en las que no estoy bien, y me lo permito. Ocasiones en las que no tengo ganas de ver a nadie, y no pasa nada. He aprendido a respetar las decisiones más internas de mi ser, y tampoco es necesario dar explicaciones en momentos en los que no te nace hacerlo. Simplemente hay que seguir fluyendo, aceptando que la vida está llena de vivencias preciosas y sensaciones maravillosas, pero también de instantes, incluso etapas más o menos prolongadas, en las que el estado de ánimo es más bajo y la prioridad es identificar cada uno de esos momentos y gestionarlos de la manera más óptima para una misma y, a poder ser, también de la forma menos dolorosa para los demás. No siempre es posible, pero lo intento. Así que me quedé en mi casa, con la única compañía de mis pensamientos, que no dejaban de aparecer y desaparecer con distintos puntos de vista sobre todo lo que me rodeaba en aquel momento.

EL BOSQUE DE LOS DESEOS

Había pasado unos días más ausente de lo normal, y aunque seguía respondiendo a los mensajes del chat de mis nuevas amigas, lo hacía intentando pasar desapercibida para que no notaran nada extraño en mi actitud. Todavía no me conocían demasiado y eso jugaba a mi favor.

La realidad era que me encontraba desubicada, un poco ausente y con el ánimo por lo suelos. Sin embargo, tenía muchas ganas de ir al Bosque de los Deseos y descubrir cuál sería la señal que mi madre tenía reservada para mí. Me apetecía hacerlo con Ixeia, pero no quería profundizar en mis emociones, así que me propuse parecer una persona normal e intentar hablar de cosas banales.

La normalidad es, sin embargo, un concepto muy ambiguo. ¿Qué es la normalidad? ¿Qué características debe reunir una persona para que se le considere como tal? En esta época en la que el postureo y las vidas perfectas inundan las redes sociales, una persona normal podría ser aquella que tiene una vida ordenada. Círculo social estrecho, familia tradicional y éxito profesional, quizás. Pero debajo de toda esa apariencia de normalidad se esconden toneladas de irregularidades, de vaivenes, de altibajos y vidas desestabilizadas. Si me paro a pensarlo, no conozco a una sola persona que se adapte a esa definición de normalidad que yo misma he trazado en mi mente, aunque a todos nos haya dado por mostrar que encajamos dentro de ese grupo.

No es mi caso, ni pretendo fingirlo. Soy feliz en mi inestabilidad, en mi montaña rusa de emociones y en mi sensibilidad extrema. No siempre sé cómo manejar las situaciones que me sorprenden en el camino, pero poco a poco aprendo a convivir con ello. Y es precisamente eso lo que me ha enseñado que hay días, etapas o momentos en los que no me apetece desnudarme frente a otras personas, mostrar mi vulnerabilidad o hablar sobre mis preocupaciones.

No me costó mucho aparentar esa normalidad que buscaba transmitir. Lo tengo bastante entrenado. Con charlar sobre el trabajo, de un par de acontecimientos de actualidad que hayan salido en los medios y ofrecer mi opinión al respecto, y preguntar a la otra persona para evitar tener que hablar de una misma, suficiente.

Lo cierto es que el paseo fue agradable. Tras llegar en coche a un pueblo muy pequeñito, que se encontraba a menos de veinte minutos del nuestro, aparcamos y comenzamos a caminar.

El bosque comenzaba tras un estrecho sendero que salía del mismo pueblo y por el que había que andar no más de diez minutos. Fue en aquel lugar, justo antes de integrarnos entre hayas y pinos silvestres, arbustos de boj y más vegetación con los colores anaranjados, rojizos y amarillentos típicos del pleno otoño, donde nos encontramos con Marcial, el pastor de la zona.

—Buen día —nos saludó.

—¿Qué hay, Marcial? —le respondió Ixeia.

—Hola *chiqueta* , no te había conocido. Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo vosotras por aquí en día de labor? —se interesó Marcial.

—Hemos venido a dar un paseo, mi amiga busca respuestas entre esta flora.

—Pues quien busca, encuentra. Enséñale la caseta, ya sabes que allí hay buenas energías, sobre todo desde hace un par de décadas.

—Allí la llevo, Marcial. Gracias y que paséis buen día.

—Adiós, adiós.

Marcial era un señor de edad avanzada. Soy pésima para calcular la edad de las personas, pero estimé que aquel hombre debía superar los setenta años y después Ixeia me lo confirmó.

—Setenta y cinco y ahí sigue, cuidando de sus ovejas y de sus vacas y trabajando en el campo casi a diario.

Seguimos caminando y al adentrarnos en la vegetación, me invadió una enorme sensación de calma. Se me llenaba el pecho con cada respiración, con ese olor tan característico que define un bosque en otoño: los árboles y arbustos parecen emanar todo lo que han ido absorbiendo durante la primavera y el verano, como si quisieran despojarse de los meses que les preceden para pasar a una temporada de regeneración. Las hojas mojadas del suelo desprenden también un aroma húmedo y lluvioso. Los cantos y aleteos de las aves que allí habitan te recuerdan que existe vida dentro de ese ecosistema, y si fijas tu atención en cada uno de los elementos que lo componen, te sorprendes de la cantidad de seres que se encuentran entre la naturaleza.

No lo habíamos pactado pero nos salió de manera natural. Ixeia y yo, que llevábamos una conversación distendida tanto durante el trayecto de coche como a lo largo del caminito previo a la entrada en el bosque, enmudecimos con la magia de aquel lugar en cuanto entramos en él. Simplemente, respirábamos su pureza, mirábamos a un lado y a otro, con la cabeza bien levantada, atentas a cualquier movimiento o sonido. Ella marcaba el ritmo y la dirección, y yo la seguía sin preguntar. Cuando habíamos caminado alrededor de sesenta minutos en absoluto silencio, visualicé a lo lejos una pequeña cabaña de madera en medio de la nada. Supuse que era la que había mencionado Marcial, el pastor.

Al entrar allí, mi sorpresa fue tan grande como grata. No esperaba que dentro de esa casita fuera a encontrarme nada más que un habitáculo en el que refugiarse si alguna tormenta te alcanzaba o se te presentaba cualquier otro tipo de circunstancia adversa. Sin embargo, lo que vieron mis ojos parecía sacado de un cuento de fantasía.

Ya en la puerta, un letrero precioso de madera tallada a mano te daba la bienvenida al lugar. Una vez dentro, una enorme litera dejaba espacio para al menos cuatro personas. Había colchones que parecían estar en perfecto estado y mantas apiladas sobre los mismos. Sobre una mesita del mismo material que la propia cabaña, se encontraba un hornillo de camping que funcionaba con sencillas bombonas de gas. Una nota sugería a su lado: “Si acabas el gas, sería de gran ayuda que lo repusieras”.

Pero fue al girarme por completo hacia la pared que quedaba en el mismo lado de la puerta cuando encontré lo que verdaderamente me asombró. Una estantería, que parecía hecha a mano y a medida, albergaba decenas y decenas de libros en varios idiomas, aunque mayoritariamente en español. Eran novelas de todo tipo, guías de viajes, mapas y todo tipo de historias de ficción y no ficción que te invitaban a pasar un rato de lo más agradable allí dentro. Una discreta chimenea en la esquina de la estancia parecía calmar el posible miedo al frío y una gran garrafa de agua de al menos diez litros aplacaba la sensación de peligro por quedarte sin nada que beber.

Ixeia me miraba desde la puerta, analizando a cada segundo mi reacción. Yo me percaté de su presencia, de la que me había olvidado durante unos minutos y por fin rompimos el silencio que habíamos instaurado desde hacía casi una hora.

—Pero, esto…—fue lo único que acerté a decir.

—Es mejor que un hotel, ¿eh? Y gratis. Es uno de los secretos del valle. El acceso no es fácil y no divulgamos mucho este lugar, aunque ya es más conocido de lo que quisiéramos. No obstante, y para mi sorpresa, se sigue respetando muchísimo su cuidado. A veces, cuando vengo aquí, recupero un poco la fe en la Humanidad —bromeó dulcemente.

—Es impresionante. No tenía ni idea de que esto estaba aquí. ¿Quién se ocupa de mantenerlo en este perfecto estado?

—Marcial es de gran ayuda, y el alcalde del pueblito del que venimos, también. Aunque en realidad casi todas las personas que pasamos por aquí colaboramos cuanto podemos. Yo he metido un poco de agua extra en mi mochila para dejarla aquí y he traído una bombona nueva de gas para cuando se acabe la que hay puesta.

—¿Y aquí puede venir quien quiera?

—Sí, el uso de esta cabaña es libre y gratuito. Y ojalá sea siempre así. ¿Sabes? Hubo un tiempo en el que un promotor quiso ampliar esta cabaña y comprar una parte de este terreno para

montar un hotel en medio del bosque. Lo vendía como algo ecológico, sostenible y respetuoso, pero si lo piensas, no hay nada más ecológico, sostenible y respetuoso que dejar a la naturaleza en paz y librarla de la masificación humana.

—¿Y qué ocurrió?

—Un grupo de personas se unieron para luchar en contra de este proyecto. Hablaron con los ayuntamientos de los pueblos cercanos, con la comarca, con diferentes asociaciones ecológicas, pero de las que de verdad defienden un mundo más sostenible. Incluso hicieron una acampada de varias semanas en la puerta de esta cabaña para impedir que nadie viniera a derribarla ni se empezaran a construir nuevas cabañas. Sería hace unos veinte años.

—Y por lo que veo, lo consiguieron.

—Sí, ganaron los buenos. Yo era muy pequeña, apenas tenía siete años, pero recuerdo lo implicados que estábamos todos con esta causa. Es de las pocas veces que he visto cómo los intereses y el dinero no han aplastado a la honestidad y la naturaleza. Mira, aquí hay un homenaje a estas personas, están todos en una fotografía y aquí se han tallado sus nombres.

Me acerqué, curiosa, a la imagen colgada en la pared. Antes de mirar sus rostros, coloqué mis dedos sobre los nombres tallados en la pared de madera y empecé a repasarlos uno a uno. Miguel, Aurora, Antonio, José, Pedro, Clara… Y entonces lo leí. Margarita. Lo leí una y otra vez, como si tuviera miedo a estar equivocándome. Acudí a la foto y, efectivamente, allí estaba ella, en esa misma cabaña, dos décadas atrás, con su sonrisa de satisfacción por haber conseguido que un lugar tan mágico preservara su autenticidad.

—Es ella —le dije a Ixeia.

—¿Tu madre? Yo…no sabía que había participado en este proyecto. Perdona, si no, te lo hubiera dicho desde el principio.

Ixeia parecía sentirse culpable por no recordar la presencia de mi madre en toda esa historia.

—¿A ver? —me indicó que le señalara su imagen.

—Es esta —le indiqué.

—La recuerdo, sí. Ya te digo que yo era pequeña, pero recuerdo esa cara. No relacionaba su nombre con su rostro, pero sé quién es. Seguro que más de una vez te vi a ti también por el pueblo, cuando vivíais aquí. Cómo es la vida, ¿verdad? Te puedes cruzar en un momento puntual con personas que no sabes que en algún momento se convertirán en alguien importante para ti.

Aquello me reconfortó. Era una manera de decirme que yo estaba empezando a ser alguien relevante en su vida, y eso me gustaba. La sensación de estar haciéndome mi propio hueco en un lugar tan especial llenaba muchos de los vacíos que tenía. El de mi madre. El de mi vida en la ciudad, tan fría y carente de pureza; el vacío de una pareja, que parecía estar empezando a cubrir, pero que se había desvanecido desde hacía unos días. El inmenso agujero de mi figura paterna. Mi interior estaba repleto de huecos imposibles de reemplazar, pero quizás haciendo más grande el espacio que ocupaban otras esferas, las ausencias se notarían menos.

Mi madre nunca me contó que salvara esta cabaña, y me parecía una historia bonita que dejar detallada a una hija. En el fondo, la estaba conociendo mucho más desde que vivía en el valle, y eso me gustaba y me asustaba a partes iguales. Siempre habíamos sido ella y yo y hubiera apostado cualquier cosa a que lo sabía prácticamente todo sobre la mujer que me trajo al mundo. Estaba claro que no era así, y aunque los descubrimientos sobre su vida eran preciosos, me transmitían al mismo tiempo el sentimiento de que no estaba tan dentro de su vida como yo pensaba.

Con esa sensación agridulce me giré de nuevo hacia la estantería de libros. Me apetecía revisarlos todos. Igual había algún que otro mensaje encriptado en alguno de ellos. O igual simplemente una de esas historias estaba preparada para que la leyera ese día, no por ella, sino por el propio camino que yo debía seguir en la vida.

Ixeia y yo nos quedamos un rato fuera de la cabaña disfrutando del buen día y de la tranquilidad del lugar. Charlamos de muchas cosas: de la vida en el pueblo, de la vida en la ciudad, de las diferencias entre ambas… De nuestros proyectos laborales, del ciclo de conferencias que teníamos preparado para ofrecer en el instituto próximamente, de cómo íbamos a enfocar esas sesiones. Del planeta, de la contaminación, de los plásticos, de la sostenibilidad…

Comimos algo que habíamos llevado en nuestras mochilas, nos relajamos, conectamos con la naturaleza y disfrutamos de aquella jornada juntas. Se nos hicieron las siete de la tarde y yo sentí que no podía alejarme todavía de esa pequeña cabaña que contenía tanto de lo más profundo de mi ser.

—Ixeia, ¿este sitio es seguro? ¿Podría dormir aquí?

—Sí, claro. Yo he venido muchas veces. Cada año paso por aquí en distintas ocasiones, algunas de ellas me quedo a pasar la noche y otras no. Nunca me ha ocurrido nada ni conozco a nadie que haya tenido ningún problema. Ya te digo que es un sitio muy respetado, por las personas locales y por los pocos turistas que lo conocen.

—Perfecto. En ese caso, creo que necesito quedarme.

Ella asintió y me entendió a la perfección. Me dio un abrazo y me dijo:

—Te vengo a buscar al pueblo mañana a las 12. ¿Estarás bien?
—Creo que sí.

Y tras lanzarme una mirada dulce y compasiva, se fue.

Cuando me quedé sola, he de reconocer que sentí un poco de miedo. Nunca había pernoctado en medio del bosque sin nadie a menos de una hora caminando a la redonda. Sin embargo, y paradójicamente, la sensación fue al mismo tiempo de libertad. Ahí estaba yo, integrada en la naturaleza, haciendo honor a mi propio nombre: la reina de los bosques, de la naturaleza. La única humana que se encontraba allí entre tanta fauna y flora, sintiéndome una privilegiada porque más que la reina del bosque, era la protegida de todo lo que me rodeaba.

Quise revisar uno a uno las decenas de libros que había en la estantería. Pensé que quizás alguno de ellos lo había leído, comentado o dejado mi madre. Había novelas de todo tipo. Estaba desde la lorquiana *Bodas de Sangre* hasta la sorprendente *Niebla* de Unamuno. Un poemario cuya temática principal era la naturaleza e incluso más de una novela romántica y algún que otro *thriller* junto a varias novelas negras. Esto último no era lo que más me apetecía leer en ese momento, ya que la imaginación puede hacer estragos cuando una se encuentra leyendo sobre secuestros y asesinatos en medio del bosque y en mitad de la noche.

Sin embargo, leí un título que me resultaba familiar. *Alma* . Y en ese momento lo ubiqué en muchos lugares de la casa que compartí con mi madre durante toda mi infancia y adolescencia. Parecía su mantra, lo veía por todas partes: en su mesilla, sobre la mesa del comedor, en la estantería del salón, en su bolso… Lo cogí rápidamente y lo abrí. Allí estaba su letra, mi tatuaje dibujado una vez más y una dedicatoria genérica para cualquiera que tuviera la inquietud de adentrarse entre sus páginas.

> Lean este libro con sentimiento, con la mente abierta, con actitud receptiva y, sobre todo, con alma. Y recuerden que, igual que el protagonista de esta historia, el ser humano falla, pero también perdona. La evolución y el cambio son posibles. El alma crece, a veces al mismo tiempo que nuestro cuerpo, en otras ocasiones a un ritmo diferente. Las segundas oportunidades también son parte del alma.
>
> Marga

Su dedicatoria fue una auténtica revelación para mí. Una señal directa, como si hubiera podido escribirlo unos minutos antes pensando en mi situación vital del momento. ¿En serio estaba hablando de segundas oportunidades justo varios días después de que la persona por la que estaba empezando a sentir *pellizquitos en el alma* me confesara su actitud más que reprochable en una situación tan delicada como la que vivió?

¿Casualidad o no? Decidí empezar a leerlo para salir de dudas, quizás esa historia me ofrecía alguna respuesta. Es curioso que a pesar de haber visto esa novela por casa durante buena parte de mi infancia, nunca decidiera darle una oportunidad. Me estaba dando cuenta de cosas muy importantes: que daba muchas cosas por hecho que no estaban tan claras, que me autodefinía como alguien espiritual y profunda cuando no ahondaba en lo que de verdad importaba. Y, sobre todo, que conocía menos a mi madre de lo que yo pensaba. Me faltaban muchos detalles suyos por exprimir, muchas vivencias que saber y muchas facetas de su vida y personalidad por descubrir.

No dormí en toda la noche. Y no porque me obligara a mí misma a acabarme esa historia antes de irme de la cabaña al día siguiente, sino porque el libro me enganchó de manera rotunda. No podía parar de leer. Una vez que entré en la historia, su protagonista se convirtió en mi mente en un alter ego de Lorién. Es como cuando estás triste o enamorada y crees que todas las canciones hablan de tu situación precisa de amor o desamor. Y el final… Bueno, el final no sabía si iba a ser una premonición de mi propia historia o no, pero el protagonista recupera la confianza de los suyos tras haber obrado mal y demostrar que su alma, aunque errante, era pura, como la de la mayoría de personas que habitan este mundo.

Cuando empezó a amanecer, cerré un momento los ojos y caí rendida. Me había puesto el despertador a las once en previsión de que eso pudiera ocurrir, y cuando me desperté lo hice con una sensación diferente a con la que me había acostado. ¿Puede hacer un libro que cambies tu manera de ser? ¿Puede provocar una novela que varíe tu forma de relacionarte con los demás? No sé si un libro como tal, por sí solo, puede hacerlo, pero el conjunto de circunstancias que rodean esa lectura, junto con la historia en sí misma, estoy convencida de que pueden mover montañas y remover principios personales.

PROYECTOS LABORALES

Tras mi experiencia en el Bosque de los Deseos tuve que parar mi andadura personal de autoconocimiento y hacer un paréntesis en mi búsqueda de respuestas en rincones maravillosos. Por un lado, el cuerpo y la mente me pedían ir más despacio, saborear esa etapa, asimilar todo lo que estaba descubriendo. Por otro, mis compromisos laborales apenas dejaban tiempo a nada más, aunque Lorién seguía dando vueltas dentro de mi cabeza y ni siquiera había compartido con mis amigas la conversación que tuve con él, ni les había comentado que ya era consciente del gran asunto del que todo el mundo me llevaba intentando advertir desde hacía algunas semanas. Preferí guardar unos días ese asunto para mí y centrarme en todo lo que me deparaban las siguientes jornadas, pero llegó un punto en el que fue inevitable dar la espalda más al asunto.

Espe, Ixeia y yo empezábamos nuestro ciclo de conferencias sobre nutrición en pocas semanas y necesitábamos prepararlo todo. Además, mis pacientes virtuales seguían ocupando buena parte de mi jornada y había empezado a pasar consulta presencial a tres mujeres del valle. Así que, casi sin darme cuenta, me encontraba inmersa en varios proyectos profesionales que me ilusionaban mucho, pero que demandaban una dedicación alta y una concentración máxima.

Menos mal que una parte de ellos estaba ligada a mis amigas y compañeras y podía compartir muchos momentos con ellas, que aunque estaban enfocados a avanzar en nuestras charlas, siempre acababan repletos de risas, confesiones y desahogos.

Queríamos ofrecer al alumnado razones de peso para que la salud alimenticia y la nutrición fueran una parte importante de su vida, pero ya nos habían avisado de que los jóvenes, sobreestimulados en una sociedad en la que reina la inmediatez y lo audiovisual, necesitan una gran motivación para implicarse con ciertas causas. Así que tras mucho pensar y valorar opciones, acabamos esbozando las sesiones en las aulas de una manera muy práctica e interactiva: una sala de escape, un juego de noticias reales y ficticias sobre salud y nutrición y la elaboración de un menú prototípico con el que empezar a cuidarse a diario.

—¿No os da miedo que no nos hagan ni caso y pasen de nosotras? —preguntó Espe mientras preparábamos todo el material una tarde en mi casa.

—Bueno, a mí un poco, la verdad… —confesé, vergonzosa.

—Bah, son buenos chavales, yo conozco a varios de los estudiantes y seguro que se portan bien —nos tranquilizó Ixeia.

—Claro, mira, como tienes refuerzos, qué bonito. ¿Pero y nosotras, qué? —le dijo Espe.

Ixeia rio dándose por aludida y aclaró:

—Bueno, no sé si ella estará presente durante las charlas.

—Es la profe de Biología, si no está ella en las sesiones, ¿quién si no? —preguntó Espe, irónica.

Yo las miraba a ambas y no entendía muy bien a qué se referían, aunque empezaba a atar cabos.

—¿Qué me estoy perdiendo? —pregunté por fin.

—Tengo una amiga en el instituto —respondió Ixeia, escueta.

—Sí, claro, una amiga… No me acuesto yo con mis amigas, y podéis dar fe de ello —intervino Espe sin poder evitarlo.

—Bueno, nos estamos conociendo. Estamos bien, la verdad. Es nueva este año por aquí y yo solo pretendo que se adapte al pueblo y a su gente… —bromeó Ixeia, cómplice.

—Ya, ya —le guiñé un ojo —. Pues espero dos cosas: que nos eche una mano con los adolescentes y que os vaya mejor que a mí en el plano amoroso.

—¿Ya te la ha liado mi hermano, verdad? Si es que yo no quiero preguntar, que luego a mí estas cosas me salpican, pero claro, conociéndolo… Vete a saber… —empezó a decir Espe.

—No, bueno, simplemente hemos hablado. Me ha explicado el desagradable episodio que vivió hace unos años y todas las consecuencias que tuvo.

A ambas les cambió el semblante y se quedaron serias. Me miraron como esperando adivinar mi reacción ante todo ello, más allá de lo que mis palabras pudieran decirles. Yo fui lo más sincera que pude y de verdad sentí que mi lenguaje verbal y no verbal iban de la mano.

—Por un lado no puedo reprocharle mucho. Todos tenemos un pasado, nadie es perfecto. Cada persona tiene su saco de piedras a la espalda con todos los errores que ha cometido, todas las situaciones en las que pudo actuar mejor y toda la evolución que ha vivido en su existencia. Pero por otra parte, hay una barrera con ese tema que no puedo pasar por alto. Podía haber hecho cualquier otra cosa. Yo que sé, haber sido alcohólico o drogadicto, haber atropellado a alguien sin querer o haber sido un mentiroso compulsivo. Hubiera hecho borrón y cuenta nueva casi con cualquier asunto que no implicara querer deshacerse de un hijo que venía en camino por puro egoísmo e inmadurez. Entiendo que tenía derecho a sentirse así, pero hay una parte emocional que me hace tenerle un cierto rechazo irracional. Ojalá pudiera cambiarlo.

—¿Se lo has dicho? —me preguntó Ixeia.

—No, no así. Pero creo que debería.

—¿Cuánto hace que no habláis? —quiso saber Espe.

—Una semana. Justo desde el momento en el que me lo contó. Me dijo que iba a respetar mis tiempos, que sabía que ese tema me removía muchas cosas y que no quería escribirme, pero que por favor lo hiciera yo en algún momento.

—Pues hazlo, nena. Él ya ha cumplido su condena por su mala actuación y ha pasado bastante tiempo. Si a ti no te sale mirarle con los mismos ojos, es más que respetable. Pero házselo saber.

Asentí y cambié de tema, interesándome por esa relación de Ixe con la profe de Biología e intenté sonsacarle todos los detalles que pude, que no fueron muchos, la verdad. Sin embargo, sí conseguimos que Espe nos contara con pelos y señales sus últimas experiencias con sus amantes más recientes, todos ellos turistas porque dice que si no, todo el pueblo (y el valle entero) acaba enterándose de sus intimidades más profundas.

Cuando se fueron de casa, tras dejar bastante avanzadas y preparadas nuestras inminentes sesiones en el instituto, decidí enfrentarme a la realidad y lo llamé. Necesitaba hablar con él, explicarle cómo me sentía y no quería prolongar más ese estado de incertidumbre en el que nos habíamos adentrado. Cogió la llamada en el segundo tono.

—Hola, Silvia —me saludó, un tanto serio.

—Lorién, ¿cómo estás?

—Bien, tenía ganas de hablar contigo.

—Ya, por eso te llamo… He estado pensando mucho esta semana.

—Sí, incluso he oído que has sucumbido a los encantos de la cabaña y pasaste una noche allí. ¿Cómo fue?

—Vaya, sí que corren las noticias rápido, qué barbaridad. La cabaña es un lugar mágico. Y no solo encontré lo que buscaba, sino que en cierto modo, encontré a una Silvia desconocida para mí. Me alegro mucho de haber ido y también de haber pasado allí la noche.

—Qué bien escuchar eso.

—Sobre lo nuestro… Lorién, yo no puedo. De momento, no puedo, es que necesito que mi pareja sea sinónimo de confianza, de lealtad, de paz. Y con lo que me contaste… No puedo. Ya es mala suerte, seguramente otra persona que no hubiera vivido mi experiencia, que no tuviera un padre desaparecido, te diría que todos cometemos fallos y que también es bueno aprender de ello. Porque yo en realidad es lo que pienso. Pero en la práctica es mirarte y una parte de mí viaja

en el tiempo, y me genera inseguridades que creía haber superado. Lo siento muchísimo, porque sentía que de verdad podía haber algo entre nosotros.

Hubo un silencio tras mi explicación.

—Lori, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona. Claro, lo entiendo, Silvia.

—¿Estás bien? No quiero que pienses que es algo que te persigue, sé que ha pasado mucho tiempo y que ya has pagado las consecuencias. No quiero ser otra de ellas ni que te sientas mal por ello.

—Pensaba que por fin había encontrado… Bueno, pensaba que te había encontrado.

—¿Cómo? —pregunté sin entender muy bien a qué se refería.

—Nada, es igual… Cosas mías.

—Lorién, yo… De verdad que lo siento.

—Tranquila. Si tiene que ser, será. Lo pienso de verdad. Y si no, es mejor así.

—Cuídate, Lori. Tomamos algo cuando quieras.

—Nos vemos, Silvia. Un beso.

—Adiós.

Y ese adiós me dolió como si me arrancaran una pequeña parte de mí. Sabía que lo iba a seguir viendo por el pueblo, que iba a seguir coincidiendo con él en la frutería de su hermana, en el bar o en el horno de pan. Pero ese adiós sonó a despedida, a una muy amarga porque se estaba produciendo entre dos personas que tenían mucha más atracción, mental y física, de la que ni ellos mismos eran conscientes.

LORIÉN

Colgué el teléfono con la sensación opuesta a con la que respondí a aquella llamada. Tras días esperando, por fin había visto su nombre en la pantalla y el corazón me dio un vuelco en cuanto lo vi. Mantenía la esperanza de que fuera a decirme que no me juzgaba, que ella iba a conocerme en mi presente y que era a partir de ese momento cuando tenía que demostrarle las cosas, o algo así. Pero no. Parece que sus fantasmas del pasado ganaron la batalla a las ilusiones del futuro y yo me esfumé con los primeros en vez de avanzar con las segundas.

Reconozco que no solo sentí tristeza. La rabia también se apoderó de mí porque tuve la sensación de que mis errores no me permitían avanzar. Ya había hecho mucho por dejar todo aquello a un lado, por convertirme en otra persona y joder, habían pasado cinco años. ¿No era suficiente condena?

Sin embargo, había sido su decisión y, por mucho que me doliera, debía aceptarla. No la iba a llamar, no iba a insistir, aunque algo dentro de mí gritara muy fuerte que era ella la persona que llevaba mucho tiempo esperando.

Sabía por terceras personas que Silvia continuaba su andadura personal por el valle, recorriendo los rincones que su madre le había pedido que descubriera. Me habían contado que uno de ellos era la cabaña de los Deseos y solo de imaginarla allí, estaba seguro de que había disfrutado mucho. Lo que había encontrado, o no, en ese lugar, no lo sabía. Ojalá ella misma me lo pudiera contar en un futuro en el que nuestras vidas se acercaran de nuevo.

INSTITUTO

Cuando llegó el día de comenzar el ciclo de actividades con el instituto, yo estaba tan ilusionada como aterrada. Nunca me había enfrentado a un aula llena de adolescentes y recordaba mi etapa estudiantil, que no estaba tan lejana, con cierta pena hacia los profesores y componentes de la comunidad educativa. Pero intenté prepararme mentalmente para ello y además, también creía que el proyecto bien merecía la pena el esfuerzo.

La primera clase con la que me había tocado trabajar fue con 1º de Bachillerato. Me tranquilizó la idea de que ya serían "mayores" y los imaginaba con una actitud madura y responsable. No fue así. Mientras la tutora del grupo me acompañó a la clase, vi volar bolas de papel, identifiqué dibujos obscenos en la pizarra y noté en el ambiente un clima mucho más infantil del que había imaginado. Al fin y al cabo, no dejaban de ser chicos y chicas de dieciséis o diecisiete años.

Cuando entré, noté cómo todas las miradas se concentraron en un mismo punto: yo. Susurros, preguntas, cuchicheos y alguna que otra risa hicieron tambalear mi seguridad, pero enseguida la tutora les mandó callar, les explicó quién era yo y la situación se volvió mucho más cómoda. Después, me dejó sola con ellos y el miedo regresó por unos segundos, pero en cuanto comencé a hablar, tuve claro que conseguiría llevarlos a mi terreno. Y así fue. Conecté con el grupo en general, aunque no lo hice de manera idéntica con cada uno de los estudiantes en particular.

Comenzamos con las actividades y las dinámicas y he de decir que todos y todas se involucraron incluso más de lo que yo esperaba. Pero había una chica que me transmitía algo especial. Me atendía con absoluta concentración, hacía preguntas muy interesantes y se esforzaba en cada tarea como si le fuera la vida en ello. Si hubiera que definir a la alumna perfecta, sería ella, siempre y cuando adoptara esa misma actitud en todas las materias.

Cuando acabamos se me acercó.

—Hola, Silvia.
—Hola, Carla. ¿Qué tal? ¿Te ha parecido interesante la sesión de hoy?
—Sí, precisamente venía a decirte que me había encantado.
—Muchas gracias, eso me reconforta mucho. Lleva mucho trabajo detrás.

—Se nota. Oye, además, quería preguntarte si hay algún manual o libro sobre nutrición, que esté actualizado, al que pueda echar un vistazo.

—Claro, es maravilloso que te intereses de esa forma. ¿Tienes un papel? Te apunto los dos que a mí más me gustan.

—¿Me los puedes enviar por correo electrónico? Soy un desastre y seguro que acabo perdiendo el papel.

—¡Claro! —le respondí mientras tomaba nota de su *email* .

—Genial, muchas gracias.

Y así, hablando de libros y nutrición, fluyó nuestra primera y breve conversación. La primera, por cierto, de muchas otras, aunque no todas fueron tan livianas, ni mucho menos.

PEQUEÑA CARLA

Espe, Ixeia y yo habíamos quedado a comer ese mismo día para comentar nuestras primeras impresiones sobre la primera de las jornadas del ciclo de salud y nutrición que habíamos empezado a impartir en el instituto del pueblo. Tanto ellas como yo coincidimos en habernos quedado con un buen sabor de boca tras ese primer acercamiento, así que nos sentíamos más motivadas e ilusionadas que antes para avanzar en ello.

Si podíamos conseguir que esta juventud, nuestro futuro del mañana, fuese consciente de la importancia de tener un criterio nutritivo para cuidar la salud propia y de los más allegados, ya habríamos conseguido mucho.

Eso sí, no faltaron las anécdotas vividas con cada uno de los grupos con los que trabajamos. Ya nos habíamos percatado de algunas parejas adolescentes que se habían formado, del lenguaje tan diferente a nosotras que usaban y nos habían transmitido esa pasión propia de su edad aplicable casi a cualquier cosa.

Ellas conocían a buena parte del alumnado que integraba las aulas de ese centro educativo. No olvidemos que la mayoría de sus padres, hermanos mayores o tíos y tías eran vecinos del pueblo, clientes de sus negocios o incluso familiares propios. Sin embargo, para mí todos aquellos chicos y chicas eran absolutos desconocidos. Mientras cada una resaltábamos aspectos que nos habían llamado la atención de nuestra experiencia, yo les expliqué mi admiración por una alumna tan aplicada, atenta y aparentemente responsable como Carla. Les conté también nuestra breve conversación tras la sesión y su interés por leer más acerca de la nutrición en libros actualizados.

—¿Carla? Sí, es la de Casa Nogués. Es un amor de niña. Pobreta… —suspiró Espe que, como casi siempre, fue la primera en aportar información sobre esa chica.

—¿Pobre, por qué? —me interesé enseguida.

—Su madre falleció hace menos de dos años. Lo de siempre: cáncer. Imagínate. Y ella, en vez de hundirse, tomar caminos equivocados o enfadarse con el mundo, sigue con su amabilidad de siempre y refugiada en los libros. Empatizo mucho con ella. Parece que en este lugar la tendencia es que las madres se vayan antes de lo previsto de nuestro lado —contó algo melancólica.

—Sí, a mí me ha contado Elena que está más aplicada que nunca, aunque siempre había sido una chica muy centrada. Pero que lejos de bajar su rendimiento, lo ha subido. Y que siempre está con un libro entre las manos. Incluso entre explicación y explicación, o cuando le sobran diez minutos en clase por haber terminado los ejercicios la primera, no se lo piensa y se pone a leer —contó Ixeia.

—¿Y Elena es…? —pregunté yo.

—Ah, claro, su profesora de Biología —aclaró ella ciertamente sonrojada.

—Ya, así que tienes información de primera, ¡eh! —le contesté mientras le guiñaba un ojo.

—Bueno, nos contamos cosas, nada confidencial, por supuesto.

—Entiendo. Pues ahora, sabiendo un poquito más de su historia, todavía me parece más alucinante su actitud. Ojalá pudiera ayudarla.

Y al compartir en alto ese sentimiento, no fui consciente de que, a veces, los deseos se cumplen. Ni tampoco de que hay veces que deseamos cosas sin saber verdaderamente el alcance que podrían tener.

Después del ratito de trabajo, en el que además de ponernos al día sobre nuestras primeras sensaciones con ese proyecto tan bonito que habíamos levantado de la nada entre las tres, también hicimos algunas mejoras en las actividades que integraban el programa, me fui a casa.

Lo hice por el camino más largo, aprovechando los últimos rayos de sol de una tarde de pleno invierno que comenzaba a tornarse oscura. Quería pasear y disfrutar de ese atardecer sin horizontes que una puede vivir cuando reside en las montañas.

Así que salí ligeramente del pueblo y paseé por los caminos aledaños. Y, mientras yo iba pensando en la historia que hay detrás de todas y cada una de las personas que nos rodean, en cómo cada experiencia de nuestra existencia define nuestra personalidad y marca nuestro carácter y en la fortaleza del ser humano para sobreponerse a diversas situaciones, la vi. Estaba sentada en un banco, leyendo. Adiviné que, igual que yo, estaba intentando exprimir los últimos momentos de luz del día para leer al aire libre, aprovechando la buena temperatura de aquel día invernal. Me paré ante ella, que estaba tan absorta en su historia que no se había percatado de mi presencia, y la saludé.

—Hola, Carla, ¿qué lees?

—¡Ay! ¡Hola, Silvia! Qué susto me has dado, no te había visto —me dijo entre risas —Leo a Austen: *Orgullo y prejuicio* . Me gusta saber que un día las cosas fueron muy difíciles para una chica como yo, pero que todo eso ha cambiado. Me da esperanza.

—Buena lectura. ¿Y por qué te da esperanza? —le pregunté realmente intrigada.

—Porque últimamente solo veo involución en vez de evolución, y necesitaba ver la realidad con un poco de perspectiva.

La verdad es que su respuesta me dejó descolocada y alucinada a partes iguales.

—Me encanta esta reflexión, entiendo que te posicionas en una perspectiva pesimista en cuanto al futuro, así en general. ¿O es sobre algún tema en particular?

—Es más bien en general, aunque particularmente hablo del ser humano. El planeta: no lo cuidamos. Entre nosotros: no siempre nos respetamos. Llevamos años tratando de encontrar la cura o el tratamiento contra enfermedades que nos están ganando la batalla. Pequeños microorganismos están siendo más fuertes, o inteligentes, o como lo quieras llamar, que nosotros, una especie que ha conseguido ir al espacio o inventar un mundo virtual y paralelo como es Internet. Sí, estoy un poco desencantada en general con las personas, y necesito ver que sí hemos hecho cosas buenas y hemos avanzado en algunos aspectos. Este libro es uno de los que me da esa esperanza que necesito.

—Carla, ¿tú tienes dieciséis años o eres una adulta en el cuerpo de una adolescente? —le pregunté medio en broma, medio en serio.

Ella esbozó una amplia sonrisa y me contestó:

—Sí, soy una joven a la que le queda año y medio para ser mayor de edad, pero tengo mi criterio y mis principios. Muchos somos así, pero la sociedad prefiere vendernos como alocados, irresponsables o inmaduros.

—Ya veo. Yo, de hecho, recuerdo a prácticamente todo mi entorno con tu edad tal y como acabas de definirlos. Tienes algo especial, ¿sabes?

—Gracias. Mi madre también lo decía pero claro, era mi madre, no la tomaba muy en serio. Cualquier madre ve a su hija la más especial del mundo.

Yo sabía que su madre había fallecido, pero ella no sabía que yo lo sabía. Así que no quise parecer indiscreta ni dar la sensación de que ya me lo habían contado.

—Pues tiene toda la razón —añadí.

—Tenía, ella… Ella ya no está. Pero yo la siento conmigo. Cada día.

—Vaya. Lo siento, Carla. ¿Sabes? Mi madre también falleció hace aproximadamente un año. Y yo también la siento muy cerca, de hecho estoy aquí por ella.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Bueno, a ella le encantaba el Pirineo, incluso cuando yo era muy pequeña, vivimos aquí durante un par de años. Aquí sé que está su esencia.

No quise entrar en más detalles ni desvelarle a una adolescente a la que acababa de conocer que, de hecho, aquí no solo estaba su esencia, sino parte de su ser en forma de textos, escritos, fotos y su pequeño legado de logros y aportaciones.

—Eso es genial, ¿te vas a quedar por aquí mucho tiempo? —me preguntó.

No supe qué responder. Por un lado, todavía tenía dos cuentas pendientes con ella: esos dos rincones que debía recorrer tal y como ella me había sugerido. No sabía lo que me podía encontrar en esas dos experiencias, pero las tres que ya había llevado a cabo habían sido todo un aprendizaje y un descubrimiento interno. Por otro lado, me encantaría poder estar haciendo planes con Lorién. Hacía tan solo unos días, en mi cabeza se plasmaban imágenes de los dos juntos haciendo planes entre valles y montañas. Sin embargo, esas ilusiones parecían no tener ya sentido ninguno, aunque mi cerebro seguía echándole un gran pulso a mis impulsos y emociones, y en muchas ocasiones me entraban ganas de llamarlo, conocerlo un poco más y comprobar en primera persona si realmente era alguien a quien merecía la pena tener cerca.

No obstante, más allá de la historia que no había llegado a vivir con él, sí estaba empezando proyectos ilusionantes: mi consulta presencial y su evolución, además del orgullo de ser la primera en aquel valle en implantar un servicio como aquel; el instituto y mi compromiso de formar e informar a todos los jóvenes en buenos hábitos nutricionales; y, por último, mi historia, esta vez sí, con dos mujeres que creía que valía la pena tener en mi vida.

Así que le fui totalmente sincera.

—No sé cuánto tiempo voy a quedarme. Solo sé que estaré aquí mientras sienta que este es mi sitio. Y de momento es así.

Ella asintió, como quedando conforme con mi respuesta.

—Silvia, me gusta hablar contigo. Me transmites una energía positiva que no sabría explicar muy bien.

Aquello me pilló de nuevo desprevenida.

—Gracias, Carla. Me alegro, y la verdad es que tú también tienes algo que me hace pensar que eres especial —le respondí con dulzura. Y se me ocurrió algo—. ¿Sabes? Si quieres, te puedo dar mi número de teléfono. He oído que te gusta leer, podemos montar un mini club de lectura y leer algo juntas, o puedes llamarme simplemente para tomar un té, planificar tu menú semanal o charlar un rato de lo que te apetezca.

Ella sonrió ilusionada y yo, que no tenía claro si me estaba excediendo dándole demasiada confianza, sentí un gran alivio y tuve la sensación de que acababa de darle otra vía de escape a

una joven que parecía estar refugiando todo su dolor y frustración encerrándose en sí misma y en sus estudios.

En medio de nuestra conversación, el sol se había escondido tras las montañas y empezaba a hacer mucho más frío que unos minutos antes. La luz también se iba apagando en los prados de alrededor del pueblo, y decidimos regresar a casa. Cuando llegué, lo hice con la sensación de estar descubriendo a una gran persona en un pequeño cuerpo de una niña que parecía más mujer por dentro que por fuera. Y efectivamente, no me equivoqué.

LORIÉN

Quedaban pocos días para que el año finalizara. La Navidad no era mi época preferida del año, ni mucho menos. Desde que mi madre no está, todo me recuerda a ella, y lejos de ser bonitas imágenes que revolotean por mi cabeza, en las que mi hermana y yo somos unos niños y jugamos con los regalos nuevos alrededor de nuestros primos, tíos, padres y abuelos, son escenas que se me siguen clavando como puñales en el corazón. Es muy curioso lo que pueden doler los recuerdos.

Así que por estas fechas solía irme de viaje o encerrarme cual ermitaño entre mis cuatro paredes e intentar esquivar el máximo número de comidas y eventos familiares y sociales.

Mi hermana Espe, sin embargo, parecía haber refugiado toda la nostalgia y la tristeza que nos evocan estas fechas en su gente más cercana, y no me parecía mal, sino todo lo contrario. El caso es que había quedado en cenar en Nochebuena con ella y con mi padre, más por él que por ella, pero no tenía ningún compromiso más ni quería provocarlo. Solo necesitaba hacer acopio de algunos alimentos y necesidades básicas y pasar una semana acompañado de mí mismo, viendo pelis y preparando mi próximo viaje, que estaba a la vuelta de la esquina.

En pocos meses regresaba a Costa Rica. Ya había hablado con la organización con la que había colaborado un par de veces y volvía a unos de los sitios en los que estuve la última vez: Tortuguero. Allí ayudaría a limpiar costas, proteger a las tortugas en su época de desove y a fomentar un turismo totalmente sostenible.

Bajé al pueblo a comprar algunas cosas y crucé los dedos para no encontrarme con nadie, algo realmente complicado si vives en un pueblo. No me apetecían las felicitaciones de Navidad, las invitaciones a cenas, comidas o similares ni la mirada de lástima o rencor que todavía algunos me seguían transmitiendo por diversos motivos.

Pero justo al aparcar el coche delante del supermercado, la vi. Hacía ya varias semanas que no coincidíamos y casi dos meses desde nuestra última conversación. Silvia, tan guapa, tan natural y sonriente como siempre. Ella estaba también en la calle, cargando unas maletas en su vehículo. No lo pensé y me acerqué a saludarla.

—Silvia, ¿cómo estás?

—¡Ay! No te había visto. Muy bien, estoy metiendo el equipaje en el coche. Me voy a pasar unos días con mi familia a la ciudad —me respondió, muy natural.

—Qué bien. Yo vengo a comprar algo y volveré a mi cueva, de la que espero no salir hasta el año que viene —le dije intentando hacerme el gracioso, ya que el año que viene estaba en realidad a pocos días de distancia. No fue una buena broma y lo capté al instante.

—Ya, no tienes pinta de ser muy fan de la Navidad, ¿no?

—En realidad me parece la época más triste del año.

—A mí tampoco me gustan estos días. Pero bueno, hace tiempo que no veo a mis abuelos y a mi tía, y nos echamos de menos.

—Claro, es normal. Disfruta mucho y espero verte de nuevo pronto por aquí.

—Sí, la semana que viene ya estaré de vuelta.

—Genial —y me quedé a medio camino entre intentar alargar más esa conversación y pedirle que nos viéramos un día. Pero no lo hice.

—Nos vemos, Lori. Adiós —me dijo ella finalmente, tras unos segundos de un silencio que gritaba que claramente seguía habiendo algo especial entre nosotros.

No la miraba igual que a otras chicas. No hablaba con ella de la misma forma que con otras personas. Ella me ponía extrañamente nervioso y me generaba una sensación de calma y ansiedad al mismo tiempo que hacía tiempo que no experimentaba.

Tras nuestra conversación, ella entró en su vehículo y comenzó a conducir. Y yo me quedé allí mirando, viendo cómo aquel coche se alejaba y en él, como un paralelismo con la vida misma, la persona que había entrado directa a mi corazón ponía distancia con el pueblo durante unos días y también conmigo, aunque eso llevaba ocurriendo desde hacía ya más tiempo del que me hubiera gustado.

No me la pude sacar de la cabeza en toda la semana, y eso tenía que significar algo. Ocho días solo, sin salir de casa, dan para muchas horas de pensamientos y reflexiones. Tomé una decisión y, semanas más tarde, puse en práctica lo que me había prometido a mí mismo.

REVOLUCIÓN PERSONAL

Durante las siguientes semanas cambiamos de año, viajé a ver a mi familia y amigos de la ciudad, seguí con mi consulta de nutrición y acudí al instituto un par de días más para continuar con el ciclo de conferencias. Forjé una bonita relación con Carla y leímos juntas varios libros. Quedamos a comentarlos mientras bebíamos alguna infusión y nos contábamos cosas de nuestra vida. Me gustaba la sensación de poder ser el apoyo de una adolescente con la que sentía que podía tratar más temas de conversación que con muchos adultos. Al fin y al cabo, nos llevábamos siete años, que no era tanta diferencia de edad, solo que ella aún pertenecía al mundo infantil y yo estaba ya en la etapa adulta.

Me sentí, de hecho, especialmente madura y protectora a su lado. Recuerdo un día en el que yo estaba leyendo en mi terraza. Este espacio se encuentra cuidadosamente rodeado de un seto a través del cual ninguna persona que pasee al otro lado del mismo es capaz de intuir si hay alguien al otro lado o no. De pronto, comencé a escuchar de lejos una voz que me sonaba familiar y enseguida reconocí que era la de Carla. Yo, que en ningún momento pretendí ser indiscreta, comencé a preocuparme cuando detecté que le contaba a alguien, entre sollozos, algún problema personal. Probablemente estaba hablando por teléfono, porque no escuché en ningún momento la voz de ningún acompañante.

Lo que sí pude identificar fueron algunas palabras y frases sueltas: “Todo me pasa a mí”, “Mi vida está llena de mierdas” o “No soy tan fuerte como todo el mundo piensa” fueron algunas de las afirmaciones que me hicieron saltar las alarmas y pronto comencé a pensar en cómo podía ayudarla sin delatarme a mí misma como “espía” de aquel momento íntimo que estaba teniendo con, supuse, alguien de confianza.

La verdad es que la entendía. Si para mí fue duro perder a mi madre pasados los veinte años, no quería imaginar cómo era aquello en plena adolescencia. A eso se sumaba el hecho de que Carla era, evidentemente, una joven con intereses e inquietudes diferentes a las de un adolescente de manual y eso, seguramente, también le hacía sentir incomprendida.

Así que me agarré a lo que más unía: la lectura. Pasadas un par de horas le escribí un mensaje en el que le animaba a compartir una lectura que yo fingía no haber leído pero que en realidad no solo conocía perfectamente, sino que estaba especialmente elegida para su estado de

ánimo. La novela *La trenza* me pareció justo lo que ella necesitaba para salir de esa angustia que estaba claro que le invadía. Además, le iba a permitir mirar un poco más allá de su propia situación y comparar vidas y realidades bien distintas. Quería transmitirle que todo en la vida es relativo: la buena y la mala suerte, el dolor, el amor, lo que nos parece una maravilla y lo que nos resulta un absoluto desastre. Todo depende de la perspectiva. Todo, absolutamente todo. Y creo que conseguí el efecto que quería, porque después de una semana de lectura compartida, la reflexión de Carla al terminar la historia fue precisamente esta.

Carla

Silvia, necesitaba dejar por escrito todo lo que me ha aportado *La trenza.* Esta tarde quedamos y lo comentamos con un té, pero quería agradecerte de antemano que me recomendaras esta novela. A veces nos empeñamos en verlo todo negro cuando en realidad la vida de muchos de nosotros está llena de cosas maravillosas. No imaginas cuánto necesitaba leer algo así en este momento de mi vida.

En realidad ella no sabía que sí era consciente de cuánto necesitaba leer una historia así en ese momento de su vida. Lo que no sabía seguro era si había acertado con el libro y con mi recomendación, pero este mensaje me dejó claro que sí y no pude sentirme más reconfortada al sentir que realmente le había ayudado, aunque solo fuera un poquito. Qué tendría esta chica que me transmitía tanta ternura y esa sensación de querer apoyarla en todo lo que estuviera en mi mano.

Además, a lo largo de esas mismas semanas, me encontré a Lorién un par de veces, me felicitó el año y yo le deseé también lo mejor. Era sincera. De verdad quería que le fuera bien, porque a pesar de no haber encontrado la manera de gestionar mis frustraciones y desconciertos para que no acabaran todos volcados en él por su actuación del pasado, creía en serio que era un buen tío y que ya había asumido las consecuencias de todo ello.

Sin embargo, he de reconocer que nuestros encuentros casuales estaban repletos de emociones reprimidas y miradas que decían muchísimo más que las pocas palabras que nos dedicábamos. Cada vez que lo veía sentía un impulso interno, una especie de atracción irracional e incontrolable que me llevaba, sin querer, a la noche que pasamos juntos. Fue una, solo una. Pero… ¡Qué noche! Hacía mucho tiempo que no me sentía así, tan cercana, tan a gusto, tan confidente y a la vez tan deseosa de tenerlo en todos los sentidos. Todas esas emociones no se habían apagado ni un poquito a pesar de que hacía ya unos meses que nos habíamos alejado el uno del otro.

Y, de repente, un miércoles cualquiera de enero, recibí un mensaje suyo.

Lorién

Hola Silvia. ¿Cómo estás? Sé que dije que no te escribiría, pero he estado un rato en la cabaña del Bosque de los Deseos y me he acordado mucho de ti. ¿Te apetece que nos tomemos algo juntos? Me voy en un par de semanas un tiempo fuera y me encantaría despedirme.

Mi corazón dio un vuelco. Primero, por su propuesta. Segundo, por su aviso de ausencia. Lorién me había puesto bastante fácil la decisión de dejar de vernos y no seguir avanzando en aquello que fuera que habíamos imaginado construir. No insistió, respetó mis tiempos y fue muy comprensivo. Yo lo agradecí, porque de verdad no soy de las que dicen que no pero quieren que sí, ni miden a una pareja o futura posible pareja por la insistencia o la "lucha" que ejecuta para llevar a cabo su conquista. Soy más práctica y menos enrevesada, y si dije que no era porque en ese momento no sentía que pudiera con ello. Pero es cierto que ese espacio que había tenido me había dejado un margen para pensar, para verlo por el pueblo y desear tenerlo más cerca, aunque mi parte más racional no había querido ni plantearse la posibilidad de dar un mínimo paso hacia atrás ni tampoco hacia delante.

Sin embargo, su mensaje me resultó conmovedor. Me apetecía verlo, claro que sí. Nos entendíamos bien y nos llevábamos mejor. Y cuando mencionó el hecho de que se iba un tiempo fuera, no lo dudé: necesitaba pasar un rato con él, que me contara sus proyectos y ponerle yo también al día de los míos. Así que le respondí con la misma naturalidad que él me escribió:

Silvia

¡Lorién! No te voy a engañar, la sonrisa al leerte ha sido evidente. Claro que me apetece tomar algo contigo, y con más razón si te vas un tiempo lejos de aquí. ¿Mañana en el bar?

Lorién

¿Y si te acercas por casa? Tengo buena chimenea y evitaremos miradas ajenas, ya sabes. Pero si te vas a sentir más cómoda en el bar, allí estaré.

Pensé unos segundos. ¿Se le habría pasado por la cabeza que pudiera haber algo más entre nosotros, que pudiéramos tener algún tipo de intimidad, y por eso me estaba invitando a su casa? ¿Estaba siendo demasiado retorcida? En realidad, tampoco era ser muy retorcida, cuando yo misma me había imaginado en alguna situación bastante divertida con él en su casa. No lo había podido evitar. Así que si a él le había pasado lo mismo, en realidad estábamos fantaseando con lo mismo.

¿Y por qué no? Una de mis máximas era fluir como estilo de vida, así que tampoco tenía nada de malo ir a echar una cerveza a casa de un examante y conocido, y que la vida nos llevara por donde considerara más oportuno.

Silvia

En tu casa está bien. No hay nada de malo en que dos amigos tomen algo entre cuatro paredes, ¿no? Dime una hora y allí estaré.

Lorién

Te espero a las ocho y te preparo algo de cena si no tienes otros compromisos. ¿Alérgica, intolerante o incómoda al gluten?

Silvia

Acepto también la invitación a cenar y me encanta la pasta, la pizza y todo lo que lleve gluten y esté rico. Me encargo del vino. Nos vemos mañana.

Y, de repente, acababa de quedar de nuevo con ese chico que me había encandilado tan solo unos pocos meses atrás pero con el que descarté cualquier tipo de avance por recordarme a una figura paterna que nunca tuve. Aun así, me imaginaba el encuentro con ilusión y ganas, así que había tomado la decisión correcta.

Siempre he pensado que cuando se duda entre varias opciones, sea cual sea la naturaleza de la decisión, la respuesta está en lo que se siente al tomar una de ellas, o al menos imaginarse de la manera más realista posible que se escoge uno de los caminos propuestos. Si la reacción es positiva, has acertado; si, por el contrario, el miedo, la angustia o cualquier otro sentimiento negativo te invade, quizás habría que replantearse la situación.

El caso es que allí estaba yo, frente a la puerta de Lorién, con una sonrisa cargada de ganas y de pintalabios rojo pasión. Y allí estaba él, abriéndome la puerta con una expresión repleta de buena energía y honestidad. Porque sí, Lorién, a pesar de todo, me transmitía lealtad y sinceridad. Yo, de momento, no podía decir lo contrario de él. Había sido transparente conmigo cuando él sabía que tenía más perdido que ganado, y había respetado mi espacio y mi decisión de no continuar con lo nuestro. No digo que respetar eso sea una acción loable, ya que es simplemente lo obvio, pero supo entender que no era el momento ni de seguir insistiendo ni de escribirme con el pretexto de excusas absurdas para seguir estando presente en mi vida. Simplemente, tuve la sensación de que empatizó conmigo, me entendió y quiso lo mejor para mí.

Aquella noche descubrí a un Lorién cocinero, detallista, perfeccionista y muy tierno. La cena, una pasta casera con una salsa de escándalo, estaba deliciosa. Pero el mimo con el que lo preparó todo, la decoración de la mesa, las velas, la música y su olor tan característico, me hicieron disfrutar de una velada con todos los sentidos. Charlamos de todo un poco, yo le conté mis últimas experiencias en el instituto, mi acercamiento a Carla y las sensaciones tan bonitas que me estaba dejando todo aquello. Él me explicó su inminente proyecto, tan bonito como

angustioso para mí, porque se iba a hacer cosas chulísimas, sí, pero eso implicaba que iba a pasar más de dos meses sin verle, sin sentirle cerca, y eso, por más que intentara ocultarlo, me dolía.

—Carla es una niña estupenda. Conozco a su padre, se desvive por ella, y más aún desde que la madre no está.

—¿La conoces, entonces? —le pregunté.

—Recuerda que aquí todos nos conocemos.

A veces me costaba tener en cuenta que había cambiado el individualismo y la frialdad de una (casi) gran ciudad por el calor y la familia de un pueblo pequeño. Con todo lo bueno y malo que ello implicaba.

—Esa chica me transmite algo especial. Su mirada… Su mirada me habla, me dice cosas muy tristes y muy profundas. La veo encerrada en sus libros, en sus historias y pienso que debe estar sufriendo mucho.

—Siempre ha sido una niña reservada, pero es cierto que desde que falleció su madre le ha cambiado la expresión. Es normal. Ha tenido que desprenderse de la niñez de golpe. De repente, ya no tiene a su madre, a su protectora, a su guardiana. Y ella ha pasado a tener que valerse por sí misma. Su padre se empeña en que no sea así, pero es difícil ocupar un hueco tan grande como el de una madre.

—Lo sé.

En esos dos monosílabos había mucha más comprensión y sentimiento del que podía caber en dos palabras tan pequeñas, tan cortas. Lorién lo notó y me cogió la mano. Nos unía el vínculo de una de las ausencias más arrebatadoras que se pueden sentir, y aunque no habíamos hablado mucho de cómo él vivió el fallecimiento de su madre, notaba que aquel tema también le estremecía. Sentí su apoyo, su energía y sus ganas de ayudarme en la medida en la que él pudiera. Intenté también transmitirle las mismas intenciones. Con solo una mirada le agradecí el gesto, y mientras por dentro me preguntaba cómo podían dos personas conectar de una manera tan íntima, le pregunté en realidad por su viaje, que era algo que seguro que le hacía mucha ilusión contarme.

—Bueno, ¿y ese viaje al que te vas? Cuéntame.

—Estoy muy ilusionado, es una asociación con la que ya he colaborado alguna vez. Me voy a Costa Rica y prestaré mi ayuda en la protección de una especie de tortugas que se encuentra en peligro de extinción. Estaré allí los meses de abril y mayo, cuando acabe la temporada de esquí, dentro de algunas semanas.

—¿A Costa Rica? Tiene que ser un paraíso, ¿no?

—Absolutamente. Resulta que una de las regiones de la costa del Caribe de Costa Rica, cuyo nombre es Tortuguero, vive desde hace años del turismo que les proporciona su vida salvaje y natural. Pero las tortugas han sido las más damnificadas. Hace un par de décadas, los turistas empezaron a agolparse en las playas para verlas desovar. El desove de las tortugas es un proceso muy complejo que se da únicamente durante una temporada específica del año, y tiene lugar casi siempre por las noches. Las tortugas necesitan una serie de referencias para completar el ritual con éxito: el sonido del mar, la luz de la luna, los rastros que ellas mismas dejan en la arena… Los turistas empezaron a masificar las playas en las noches de desove, a rodearlas, a fotografiarlas con el *flash* de las cámaras… Y las tortugas, además de estresarse, perdían todas sus referencias. Confundían las luces de los móviles o de las cámaras con la de la luna, el sonido de las voces humanas les impedía llevar a cabo su proceso más natural con éxito… Un desastre. La población de tortugas ha disminuido en dos décadas un 85%. Toda una tragedia, y es culpa del ser humano y de su absoluta creencia de que todo le pertenece. Desde hace años, hay asociaciones, como con la que yo colaboro, que trabajan para recuperar y aumentar la población de esta especie. Se ha prohibido que nadie circule por esas playas de noche por libre, se ha restringido el número de personas que pueden presenciar este espectáculo del desove y, por supuesto, no se permite hablar, ni tocar, ni fotografiar a los animales.

—Qué interesante. Y cuando vas allí, ¿a qué te dedicas exactamente?

—Hago un poco de todo. A veces me uno a la vigilancia de las playas, otras colaboro en estrategias de concienciación, y también hay un santuario de tortugas que encontramos heridas o enfermas. Intentamos curarlas y devolverlas al mar. Normalmente también ayudo a limpiar zonas de selva y contribuyo, sobre todo, a que el turismo en la zona sea sostenible.

—Me encantaría vivir una experiencia así, tiene que ser muy enriquecedor.

—No te imaginas cuánto. Si en algún momento te animas, yo tengo muchas propuestas que podrían interesarte. No solo en Costa Rica, también en otros lugares del mundo.

—Bueno, de momento tengo todavía un asunto personal entre manos que debo resolver. Hasta que no lo haga, no puedo involucrarme en nada más.

—Lo sé. Y Silvia, quería comentarte algo al respecto.

—Dime.

—Sé reconocer cuándo es el momento de dejarse llevar con alguien y cuándo no. Y noto que tu prioridad ahora mismo gira alrededor de conseguir respuestas acerca de tu madre, de por qué te invitó a visitar muchos de los lugares que se integran en este valle, y de encontrarte también a ti misma. Y lo respeto. Pero también sé reconocer cuándo dos personas conectan. No podrás negarme que la conexión entre nosotros es evidente.

—No puedo negarlo.

—Démosle una oportunidad a esto. No tiene por qué ser ahora. Yo me voy dos meses,

soluciona tus asuntos, y piénsalo. Siento que tenemos tantas cosas en común que me genera mucha impotencia que no lo intentemos. No puedo imaginar que no formes parte de mi vida.

No esperaba que Lorién fuera a ser tan directo. Había definido muy bien mi situación en aquel momento, lo que significaba que había sabido captar muy bien mi esencia y mi contexto. Y estaba tirándose a una piscina que él sabía que podía estar vacía. Pero en el fondo incluso él tenía claro que algo de agua sí había en ella. No sabía si mucha o poca, no controlaba si había grietas o fugas, pero algo le transmitía que no era un salto al vacío y no se equivocaba.

Así que simplemente me quedé mirándolo, sin saber muy bien qué decir. Tenía la sensación de que era capaz de leer mi mente e incluso mi alma, y eso me asustaba y me gustaba a partes iguales. Se levantó de la silla, me tendió una mano para que imitara su gesto y lo hice. Sostuvo mi cara con ambas manos y se acercó lentamente a mis labios. Nos fundimos en un beso lleno de respuestas, de declaraciones, de sensibilidad. No dije ni una sola palabra tras su intervención pero el silencio, las miradas y los gestos hablaron por mí. Por nosotros.

Esa noche volví a dormir en su casa, pero esta vez con muchas más verdades y certezas. Empezaba a saber quién era Lorién, con sus virtudes y sus defectos, con su pasado y su presente; y sí, me encantaba.

RESPUESTAS INESPERADAS

Me despertó un rayo de sol que apuntaba directo a mi cara a través de la ventana. Eran más de las diez de mañana y la cama en la que me encontraba no era la mía, la casa no era mi dúplex y, aunque en ese momento estaba sola en el colchón, el olor a desayuno recién hecho y los sonidos desde la cocina me confirmaron que estaba acompañada.

Me asomé al salón y Lorién me saludó.

—Buenos días, dormilona. No quería despertarte, espero que no tengas nada importante hoy —y me besó cariñosamente en los labios mientras lo decía.

—Buenos días. No, hoy tengo el día libre. He dormido genial —le confesé.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso. Estoy preparando el desayuno que nos merecemos. Siéntate, yo me encargo de todo.

No podía obviar lo que había entre nosotros. Por mucho que intentara alejarme de él, se notaba a kilómetros que nos unían demasiadas cosas, y una de ellas muy importante: la manera de ver el mundo. Había pensado bastante en él durante los últimos meses y había tenido tiempo para asimilar todo lo que me había contado sobre su etapa más complicada hacía cinco años. Después de leer *Alma* , de redescubrir lugares preciosos, de descifrar algunos mensajes de mi madre y de haber sido consciente que lo importante es el *aquí* y el *ahora* , quizás no tenía ningún sentido alejarme de alguien por lo que fue sin darle la oportunidad de demostrarme lo que ahora es.

—Oye, Lori… ¿Tú ahora mismo qué buscas en la vida? —le pregunté, intentando iniciar una conversación que para mí era importante.

—¿En qué sentido? —me respondió él algo confuso pero de lo más natural.

—En general. ¿Qué proyectos tienes? ¿Cuáles son tus expectativas profesionales y personales?

—Bueno, en el plano profesional, me siento a gusto tal y como estoy. Hago lo que me gusta, me gano la vida trabajando en algunos proyectos, tengo lo que necesito y, una de las cosas más importantes para mí: tengo pocas ataduras, bastante tiempo y libertad para hacer mis planes y tomar mis decisiones.

—La verdad es que no te lo has montado nada mal. ¿Y en lo personal? —insistí.

—Uy, ¿alguien está intentando sonsacar algún tipo de información? —me respondió divertido, guiñándome un ojo y sacándome la lengua.

—Bueno, es algo que me gustaría saber, sí.

—No vivo con expectativas, pequeña. Me guío más por emociones, sensaciones e impulsos en ese plano. Y mi impulso ahora es tenerte cerca. Muy cerca. Todo lo cerca que pueda… —me dijo juguetón mientras me besaba el cuello y me hacía, inevitablemente, reir. Pero entonces su expresión cambió y se tornó algo más seria—. Ya te lo dije ayer, Silvia. Me gustas, me gustas mucho. Lo supe desde el momento en que te vi. Dicen que los flechazos no existen y que son cosas de los tópicos románticos, pero yo sé lo que sentí, y me llamaste mucho la atención desde un primer momento. Supe que quería conocerte, que me transmitías cosas muy bonitas. Sé que no cuento con toda tu confianza, pero ojalá pudieras descubrirme sin prejuicios, sin barreras y sin miedos. Soy un buen tío y jamás te haría daño.

Le cogí la mano y me acerqué a sus labios, hasta que llegué a besarle muy dulcemente.

—Lo sé, o eso quiero creer… —le susurré—. Oye, siento que no fui del todo justa cuando me contaste todo lo que te ocurrió hace cinco años. En vez de darte mi apoyo te alejé de mí. Fui algo egoísta y lo siento mucho.

—Te entendí y te entiendo perfectamente, Silvia. De cualquier otra persona quizás hubiera pensado algo así, pero de ti… Fuiste protagonista de una historia similar y, desde luego, tu papel fue el más injusto.

—Yo también quiero tenerte cerca —le dije por fin—. Me haces sentir cosas muy bonitas y no quiero perderme todo lo que podríamos vivir juntos.

Él me miró con ilusión, yo le devolví el mismo sentimiento y nuestros labios se fundieron en un beso sincero y lleno de ganas, como sellando una declaración que se había hecho esperar demasiado.

Y justo en medio de ese momento mágico entre Lorién y yo, sonó mi teléfono. Al otro lado encontré a una Carla muy nerviosa, algo que me preocupó.

—Silvia, tengo que hablar contigo —me dijo nada más coger el teléfono.

—Carla, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Yo estoy bien pero hay un tema que creo que debemos hablar. Es muy importante. ¿Podemos vernos?

—Claro, voy a mi casa, te veo allí en media hora.

No entendía nada ni sabía a qué podía deberse tanta premura. Pero no dudé ni un segundo en que el lugar donde debía estar en ese momento era con ella, así que le expliqué a Lorién lo

poco que sabía del asunto y con un “luego te llamo” me fui casi corriendo.

Cuando llegué, ella ya estaba allí, con los ojos llorosos y temblando de emoción. Me abrazó de una manera tan sentida que no estoy segura de haberle correspondido con la misma intensidad.

—Pasa, Carla. ¿Quieres una infusión?

—Sí, por favor. Lo que sea con canela, si tienes.

—Claro, la canela en el té es una de las cosas que más me gustan del mundo —le dije aparentando serenidad y haciéndole una mueca de complicidad.

Nos sentamos en el sofá, cada una con su taza de té con canela. Sobrepasada por la curiosidad, le pregunté.

—Bueno, Carla, ¿qué pasa? Me has dado un susto de muerte con tu llamada.

—No es por mí por quien deberías preocuparte —y mientras lo decía buscaba algo en su mochila y sacó entonces una fotografía.

La miré. Abrí los ojos como platos y estos se llenaron de lágrimas.

—Pero, ¿Por qué…? ¿Cómo tienes tú…? ¿De dónde la has sacado?

—Silvia, eres tú, ¿verdad?

Sí, era yo. Era yo con apenas dos años, en una fotografía en la cascada Noa Viua, el cuarto de los lugares de la lista que mi madre había elaborado para mí. Mi cerebro colapsó y no era capaz de procesar nada de lo que estaba ocurriendo.

—La tenía mi… Tu… La tenía nuestro padre —dijo al fin.

—¿Cómo? —no recordaba ningún momento de mi vida en el que el corazón me hubiera latido tan fuerte y tan rápido.

—Silvia, mi padre es también el tuyo. Parece que somos hermanas. Pero si quieres te lo cuento todo desde el principio, porque entiendo que esto debe estar siendo un impacto muy fuerte para ti.

Y yo, que estaba colapsada por tantas emociones que no sabía ni separarlas, solo pude asentir con la cabeza y prepararme para escuchar el relato más determinante para mi vida que nadie me había contado jamás.

MI PADRE

Carla empezó a contarme cómo se había enterado de que compartíamos uno de los vínculos más valiosos de la vida: el de un padre. Aunque, por desgracia, la figura paterna significara realidades tan distintas para ambas.

Para ella, un padre era sinónimo de cercanía, cuidado, protección, dedicación y respeto. Para mí, era la nada más absoluta. Un vacío lleno de irresponsabilidad, egoísmo, ausencia y abandono. Y curiosamente teníamos conceptos tan opuestos, no solo de la misma figura paternal, sino también de la misma persona.

—Explícame esto, por favor, necesito creerlo —le rogué.

—Silvia, en primer lugar, lo siento. Siento haber sido yo quien te explicara esto. Siento haberlo hecho así, tan de golpe, sin apenas tacto alguno. Pero no he sabido hacerlo de otra manera, perdóname.

—Tranquila —intenté calmarla.

—Mi padre, que como sabrás es Ramón y trabaja en el grupo de investigación para el turismo sostenible de Ruela, un pueblo cercano pero más grande que este, llevaba muy raro unos meses. Al principio pensaba que era por la pérdida de mi madre, que como también sabes, falleció hace apenas dos años. Pero al mismo tiempo me extrañaba que después del tiempo que hace de la pérdida tuviera actitudes tan fuera de lo común. Aunque nunca nadie va a suplir el hueco de mi madre y cada día pensamos mucho en ella, ambos nos encontrábamos ya en un punto de aceptación de lo ocurrido. Nos hemos apoyado mucho mutuamente en esta situación y hemos llevado un proceso similar. Sentía que ya podíamos reír sin sentir remordimientos, hacer planes, irnos a cenar, tanto juntos como en compañía de amigos, amigas y otros familiares. Pero de repente, desde octubre aproximadamente, su actitud cambió. Lo notaba más cerrado, más arisco, más triste. Pensé que había tenido una recaída en este proceso de duelo y le di su espacio. Sin embargo, cuando me acercaba a hablar con él, me decía que no tenía nada que ver con mi madre, que eran cuestiones externas a ella y que había muchos capítulos de su vida que yo desconocía. Al pedirle que me los contara, se negaba en rotundo y no conseguía sacarlo de ahí. Cuando le conté que te había conocido en el instituto, y dije tu nombre, su expresión cambió. Me pidió que me alejara de ti, alegando que lo que tenía que hacer era salir con mis amigas, las de siempre, las de mi edad, en vez de ir forjando lazos con chicas que me sacaban casi diez años y

que acababa de conocer. Yo no entendía nada, mi padre nunca había sido así de tajante ni solía prohibirme las cosas sin justificación alguna. Pero ayer, cuando llegué a casa, encontré una foto y una carta en un sobre con mi nombre.

—¿Y qué ponía en la carta?

—Toma, léela tú misma —me dijo mientras extendía hacia mí un sobre con un papel escrito.

LA CARTA DE RAMÓN

Carla, mi niña:

Lo primero que quiero hacer, antes de nada, es pedirte perdón. Siento muchísimo ser tan cobarde como para tener que decirte esto por escrito y haber sido incapaz de hacerlo en persona. Todos tenemos una mochila de recuerdos, acciones y malas decisiones del pasado que duelen tanto como para no querer removerlos. Y después de todo, y en la situación en la que me encuentro, he llegado a la conclusión de que esto debes saberlo.

Tú misma me has transmitido lo "raro" que me ves últimamente. Y aunque la ausencia de tu madre me ha convertido en otra persona totalmente distinta a la que era antes, no te mentía cuando te decía que mi estado de ánimo de estos últimos meses no tenía que ver con ella, ni directa ni exclusivamente.

Voy a decirlo sin más rodeos: hay algo que debes saber con respecto a Silvia, la chica nutricionista que vive en el pueblo y con la que tú misma dices haber congeniado tanto. Carla, cariño, Silvia es mi hija. Es el fruto de una relación esporádica que tuve mucho antes de conocer a tu madre, con una mujer llamada Marga. Un alma libre, un espíritu aventurero, alguien con unos valores dignos de reconocer. Sin embargo, ninguna persona alcanza la perfección en todas sus facetas: ni ella, ni yo, y es probable que tampoco tú misma llegues a conseguirlo.

La vida es una consecución de decisiones que tomamos, a veces sin estar preparados. Caminamos por una senda llena de complicaciones en la que, no obstante, no se nos permite rectificar. Lo dicho, dicho está; lo hecho, hecho queda y, aunque podamos arrepentirnos, nuestras palabras y nuestras acciones ya han dejado una huella, una cicatriz, en el mundo o en otras personas, que no siempre puede disimularse.

Con veinte años Marga me dijo que estaba embarazada y yo no quise hacerme cargo de esa situación. Simplemente aparté de mi vida lo que a mi criterio suponía un problema en aquel momento. Ella decidió seguir adelante. Tiempo después me arrepentí, pero ya era tarde. La huella que yo había dejado en mi camino, en el de Marga y en el de Silvia era demasiado grande y la cicatriz, demasiado evidente. Quise deconstruirme, y resurgir como alguien más humano, más empático y capaz de estar a la altura. El problema es que esa oportunidad ya la había desperdiciado, al menos con ellas dos.

Seguí teniendo algo de contacto con Marga pero ella no aceptó mis disculpas, ni mi propuesta de ayuda, y quiso que siguiera al margen de su vida y de la de Silvia. Yo, por aquel entonces, no vivía en el pueblo, sino en la ciudad. Ella se mudó un tiempo aquí y, cuando quise seguir sus pasos, tomó la decisión de regresar a la ciudad. Fui intentando seguirla durante un tiempo; insistí, rogué, traté de enmendar mis errores, pero nuestro lazo al fin y al cabo, era débil. Marga y yo nunca tuvimos nada serio y ella no me debía nada, ni siquiera un perdón. Tuve la oportunidad de estar a la altura y la desperdicié, eso es todo. Y he vivido todos estos años con el vacío de tener una hija a la que no conozco, y con el dolor de saber que ella tiene un padre al que supongo que habrá extrañado durante toda su vida.

Siempre agradeceré haber intentado seguirla mudándome a este pueblo, porque aquí la suerte se cruzó en mi camino: tu madre. En ella sí encontré el amor, la familia y la estabilidad que necesitaba. Ambos lo encontramos. Y, cuando después de unos años, llegaste tú, me propuse ser el mejor padre del planeta, porque el peor del mundo ya lo había sido.

Silvia no sabe quién soy, pero ya sabes, aquí mucha gente conoce a Marga y no me ha costado nada averiguar que ella, Silvia, era su hija y, por tanto, la mía. En todos estos años, sé que alguna vez han pasado algún período vacacional por aquí, pero nunca he tenido el valor de acercarme, de ponerme frente a ella, de reclamar mi figura y mi lugar, porque asumo que lo tiré por la borda el mismo día que lo rechacé.

Pero ahora ella vive aquí y yo llevo atormentándome meses por tener un secreto tan grande que no me cabe en el pecho. Y es que incluso después de haber hecho mi vida, de que ellas hicieran la suya como familia monoparental, de los años que han pasado… A pesar de todo, sé que ella es parte de mí y no puedo vivir como si nada.

Por si te lo estás preguntando, tu madre lo sabía. Siempre lo supo. Vivió conmigo épocas mejores y peores, me abrí en canal a ella, y me apoyó en absolutamente todas mis decisiones. Ojalá la tuviera ahora a mi lado, ella sabría calmarme y pronunciaría exactamente las palabras que necesito escuchar.

Carla, siento haberte ocultado algo así. No sabía cómo decírtelo, no quería que tu concepto sobre mí cambiara.

Voy a estar fuera todo el día, llámame si lo necesitas y estaré en casa en un minuto. Pero quizás necesitas tu tiempo para digerir esto. Volveré por la noche y responderé a todas tus preguntas.

Te quiero,

Papá

CASCADA NOA VIUA

Tras leer la carta, me quedé mirando la fotografía que había traído Carla. Ella me observaba esperando una reacción que estaba tardando en llegar.

Acababa de descubrir, de una manera muy repentina, el mayor misterio de toda mi vida: quién era mi padre y cuáles fueron los motivos que le llevaron a renunciar a mí. Y acababa de saber que, además, ni siquiera fue del todo así: quiso dar marcha atrás, quiso rectificar, y mi madre no se lo permitió.

En ese momento se generó en mi interior una rabia enorme, que no sabía hacia quién dirigir: si hacia mi madre o hacia mi padre. ¿Por qué pensó ella que mi vida sería mejor sin la figura de un padre que había recapacitado y cambiado de opinión? ¿En qué momento uno u otro se pusieron en mi lugar? ¿Fue una lucha de egos? Una manera de decir: "¿No quisiste? Pues ahora no puedes cambiar el pasado". Y no, el pasado no se podía cambiar, pero el presente de aquel momento, sí. ¿Alguien analizó el daño moral o las inseguridades que podían generarme el hecho de crecer con la idea de que mi padre no me había querido nunca?

Pero en ese momento la miré a ella, la pequeña Carla, que si en esta historia había muchos o pocos culpables, estaba claro que ella formaba parte de quienes sufren también daños colaterales, como yo. Supe, desde el primer momento en que la vi, que era especial. Que tenía algo que me atrapaba, que me empujaba a saber más de ella de una manera totalmente irracional.

Así que solo pude abrazarla y sentir cómo ella estaba también sufriendo por mí.

—¿Esto significa que somos hermanas? —me preguntó.

—Eso parece —le respondí con toda la dulzura que tuve.

—Pues solo puedo decirte que si esto tenía que ocurrirnos, estoy encantada de que haya sido contigo.

Seguimos abrazadas un buen rato y ya, después del impacto inicial, conseguimos verbalizar algunas de las cosas que se nos pasaban por la cabeza. Le pregunté qué pensaba ella de todo eso. Me dijo que tras el primer impacto, había reflexionado y entendía, en parte a mi padre, y empatizaba menos con mi madre. Lo comprendí, pues era imposible ser objetivo en aquella historia y porque ni siquiera yo estaba pudiendo encontrarle una explicación a que mi

madre, Marga, la misma que yo adoraba, que idolatraba y amaba, se hubiera creído con el derecho a tomar una decisión tan trascendental como la de apartarme de mi padre y dejarme sin esa figura para siempre.

Yo seguía con la fotografía en mi mano, y al girarla, pude entender por qué ese lugar, esa cascada, estaba dentro de la lista de mi madre. Pude leer, de su puño y letra, lo siguiente:

> Si algún día tienes el valor de explicarle a Silvia la situación, hazlo. Con todas las consecuencias para ambos. Yo no lo he tenido. Gracias por darme lo más bonito de mi vida.

Ahí comprendí que Ramón (no podía simplemente llamarlo "papá" porque no lo sentía como tal) había recibido la fotografía poco antes de fallecer mi madre y que ella le animaba a encontrarme, hablar conmigo y darme todas las respuestas que siempre había estado buscando.

Pero, ¿por qué no lo había hecho ella en vida? ¿Cómo pudo irse de este mundo con algo tan grande sin resolver? Entonces recordé la carta que ella me escribió, en la que me hablaba de los fallos que cometen las madres, de la protección y de la decepción, y empecé a entender ciertas cosas.

Mi mente se convirtió en una especie de máquina del tiempo que iba saltando por diferentes momentos de mi vida, por distintas personas y muy variadas situaciones. De repente, muchas piezas que yo pensaba que no tenían con qué encajar, lo hicieron, y todo en mi cerebro empezó a tener sentido. A veces, simplemente necesitamos respuestas, aunque hagan más daño de lo que una puede imaginar. Miré de nuevo a Carla.

—Carla, ¿ y tú qué vas a hacer ahora?

—Necesito hablar con él. Ni siquiera sé si he hecho bien en ser yo quien te contara esto, me está invadiendo la culpa. Igual no me correspondía, pero me ha salido así, de manera espontánea. Quería hablar contigo, te has convertido en un lugar seguro para mí y esto estaba siendo demasiado para afrontarlo yo sola.

Cuando escuché de su propia boca decir que yo me había convertido en un lugar seguro para ella, me sentí tremendamente afortunada de que ella, tan vulnerable, pero tan firme al mismo tiempo, me hubiera elegido a mí para depositar su confianza.

—Claro, cariño, habla con él —la abracé fuerte.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con esta información?

—De momento, nada. Voy ser honesta, Carla. Esto acaba de tambalear toda mi vida, y yo pensaba que esta ruta de rincones que visitar que me había montado mi madre ya era una locura. Pero esto... No te imaginas lo que es vivir casi veintitrés años sin una mínima referencia de tu padre, sin conocer apenas detalles de él, y preguntándome si yo era el problema. Y ahora resulta que mi madre también fue parte de esa horrible trama y truncó la única oportunidad que tenía de vivir y crecer sabiendo lo que era tener una figura paterna. De momento, necesito respuestas internas antes de buscar las externas en la única persona que me las puede dar: Ramón.

—¿Quieres que le diga que he hablado contigo?

—Eso decídelo tú. Cuando hables con él esta noche, haz lo que te haga sentir más cómoda. Si quieres evitar mentirle u ocultarle cosas, cuéntale todo. Que has venido aquí, que necesitabas hablar conmigo. Puedes ser totalmente sincera, contarle mi reacción y todo lo que consideres necesario. No te quedes con nada dentro que se pueda enquistar.

—Gracias, Silvia. ¿Me prometes que nada va a cambiar entre nosotras?

—No te puedo prometer eso. Porque claro que va a cambiar. Si antes me parecía una pasada haberte conocido, ahora tengo claro que te quiero siempre en mi vida. Nosotras no tenemos nada que ver en las decisiones inmaduras que dos adultos tomaron hace años. No sé cómo voy a hacerlo, pero voy a intentar ser una hermana mayor a la altura de las circunstancias.

Entrelazamos las manos, nos miramos, y aunque hubiéramos perdido diecisiete años de nuestras vidas, nuestra relación no se resintió ni un poquito, incluso a pesar de las circunstancias. Nos teníamos la una a la otra y eso nos daba la seguridad y la fortaleza que necesitábamos.

Carla se fue a su casa mucho más calmada de lo que había llegado a la mía. Yo me quedé, sin embargo, más perdida y triste que nunca, aunque por fin había encontrado las explicaciones y respuestas que llevaba toda una vida buscando.

UNA VERSIÓN SIMILAR

Cuando Carla se fue, regresé a casa de Lorién. No lo llamé, como le había prometido tras irme a toda prisa de allí mientras él me preparaba un delicioso desayuno. Directamente me presenté allí, llamé a su puerta, y me abrió con una cara que transmitía al mismo tiempo asombro y preocupación.

—Silvia, ¿qué tal? ¿Qué ha pasado? —me preguntó nada más recibirme de nuevo en su hogar.

—Sentémonos y te cuento, porque si pensábamos que lo habíamos visto todo, no teníamos ni la menor idea de lo que estaba por llegar. —le respondí de una manera tan mecánica que me sorprendí hasta yo misma, mientras pasaba y me sentaba en el sofá.

—Dime, ¿va todo bien?

—Ramón es mi padre, y Carla, mi hermana. ¿Qué te parece? —le solté de golpe.

Él abrió los ojos como platos y enmudeció. No le salían las palabras. Y cuando por fin pudo reaccionar, no sabía muy bien qué decir.

—Pe…Pero… Tú… ¿Cómo…? —intentaba preguntar tantas cosas a la vez que se le amontonaban las sílabas dando lugar a enunciados sin sentido.

—Mira. Esta soy yo con dos años. Esta de aquí al lado de mi madre. Y esto que hay aquí detrás lo escribió ella, parece ser que poco antes de fallecer. Me la ha dado Carla. Y esto es una carta que Ramón escribió a Carla ayer explicándole todo —le expliqué de manera muy resumida mientras le mostraba la fotografía que me había traído mi hermana (aún me costaba pronunciar ese parentesco) y una foto que le había hecho con el móvil a la carta de mi padre (este aún me resultaba mucho más complicado de verbalizar).

Lorién miró en silencio la foto y leyó la carta lentamente, procesando poco a poco toda la información. Cuando acabó, me miró muy dulce, algo triste y un poco descolocado.

—Joder, Silvia. Siento que tengas que estar viviendo todo esto. ¿Hubieras preferido no saber nada, no descubrir quién era jamás?

Su pregunta me pilló por sorpresa. No me había dado tiempo todavía a plantearme ciertas cosas, como la que acaba de expresarme.

—No sé, supongo que prefiero saberlo. Soy de las que quiere ser consciente de las verdades, aunque duelan. De hecho, toda mi vida he sufrido por esta falta de información, pero me está llegando toda tan de golpe que no estoy siendo capaz de procesarla correctamente.

—Normal, es normal, pequeña. Ven aquí —y me atrajo hacia él en un tierno abrazo que sentí muy necesario y oportuno en ese momento.

—¿Te has comido todo ese desayuno que estabas preparando? —pregunté para rebajar el drama del momento.

—No, qué va. Había hecho tortitas para un regimiento. ¿Tienes hambre?

—Sorprendentemente sí.

—Desayunemos entonces, aunque ya sean las doce del mediodía. Y hablemos de todo lo que necesites.

Y así, entre tortitas, un té y su compañía, exterioricé de una manera mucho más tranquila de lo que me esperaba todo lo que llevaba dentro. Yo no pude evitar pedirle su opinión como alguien que había vivido una situación muy similar a la de Ramón. Quería conocer de primera mano una versión similar, quería sentir y comprender, de la manera más cercana posible, lo que mi padre pudo experimentar cuando rechazó hacerse cargo de mí y dejar sola a una Marga de apenas veinte años en una situación tan complicada.

Lorién, aunque manifestó sentirse algo incómodo con mi petición, lo hizo. Él también sacó todo lo que llevaba dentro, aunque algunas cosas fueran inmorales, socialmente poco aceptadas e incluso un poco crueles. Pero entonces comprendí que la vida no está hecha únicamente de buenas intenciones y que no todo lo reprochable es universal; que podemos tener actitudes egoístas de cara a los demás, pero necesarias para uno mismo y que hay tantas versiones y visiones de una misma realidad como personas que la viven.

Las horas pasaron volando y Lorién fue una auténtica terapia aquel día para mí. Pero lo mejor de todo es que no solo me sirvió para entender mejor y de una manera más madura todo lo que me estaba ocurriendo, sino que sentí que de alguna forma esa barrera que hace unos meses, cuando conocí al hermano de Espe, levanté entre nosotros, se había ido derribando. Sin embargo, necesitaba más respuestas, más testimonios y más puntos de vista para saber qué hacer y cómo manejar exactamente aquella información que acababa de caer sobre mí como un jarro de agua fría. Y sabía exactamente a quién acudir para encontrar lo que buscaba.

LORIÉN

Silvia no solo me dio un sí por respuesta a mi propuesta de quedar con ella sino que cuando nos vimos la noté cambiada, más receptiva, menos cerrada a seguir conociéndome y pensé que aquel día prenavideño que nos vimos, volvimos a rozarnos el corazón con la mirada. Igual que ocurrió el día que nos conocimos por primera vez, hubo un cierto tipo de conversación silenciosa que nos acercó de alguna manera.

Pasamos una noche increíble y disfrutar de su despertar en mi casa fue mi mejor regalo. Y no solo eso: ella estaba dispuesta a dejar todos los obstáculos a un lado y apostar por mí, por nosotros, por un camino juntos.

Sin embargo, empezaba a pensar que mi presencia en su vida le traía turbulencias, porque justo aquella mañana Carla le contó el mayor de los secretos de su vida: eran hermanas y compartían padre, que no era otro que Ramón. Cuando Silvia regresó a mi casa de su conversación con ella para apoyarse en mí, contármelo todo y obtener una visión diferente a la suya de aquella realidad,comprendí que íbamos por buen camino. Yo estaba encantado de suponer para ella un punto de confianza y serenidad. Joder, ella me encantaba, y no era solo una mera atracción, que desde luego desbordaba por todas partes. Silvia tenía la facilidad de sacar mi lado más sensible, más protector, más dulce.

Muchos amigos, compañeros, familiares y conocidos que he tenido cerca a lo largo de mi vida se esfuerzan por ocultar ese lado de los hombres. Parece que no podamos mostrar cómo nos brillan los ojos cuando miramos a la persona de quien estamos enamorados, o debamos ocultar los abrazos, los besos y las caricias en público. Delante de la gente, solo podemos mostrar nuestra rudeza y virilidad. Masculinidad tóxica, lo llaman ahora. Pero aunque el término sea relativamente novedoso, esa realidad ha existido siempre.

Sin embargo, hacía cinco años que había aprendido que las apariencias es mejor dejarlas a un lado, que vida solo hay una y que todos los sentimientos son válidos y no debemos avergonzarnos de ellos.

Así que sí, me encantaba tenerla cerca y demostrarlo abiertamente, aunque no me gustara tanto verla tan tensa y con ese excesivo sufrimiento sobre sus hombros. Intenté hacerlo lo mejor que pude. Traté de escuchar, de aconsejar sin imponer, de comprender todas sus emociones y de hacerla reír cuando más lo necesitaba. Procuré, en todo momento, ser un buen refugio al que acudir en mitad de aquella tormenta tan intensa.

RECONEXIÓN

Me sentía huérfana y parecía haber perdido la referencia. Era como si me hubieran despojado de cualquier punto con el que poder calibrar mi existencia. Como si no tuviera a qué aferrarme para evaluar mis sentimientos o mis estados de ánimo. Mi madre, fallecida. Mi padre, ausente desde siempre. Mis abuelos estaban, sí, pero algo mayores y delicados. No estaba dispuesta a volcar en ellos todas mis angustias, no tenía derecho a hacerlo. Mis amigas de la ciudad, aunque sabía que estaban, tenían sus vidas y mi nueva etapa en la montaña nos había distanciado un poco. Mis nuevas amigas del pueblo no me conocían lo suficiente y todo esto era algo demasiado íntimo. Después de horas de conversación con Lorién, quien me sirvió de gran apoyo y me ayudó a abrir un poco la mente, solo me quedaba una opción: ella. Mi tía Julia. Le escribí un mensaje que sabría que entendería.

Silvia

Hola, tía. Te necesito aquí, conmigo, en persona. Necesito soltar mucho. La lista de mi madre escondía un secreto demasiado grande como para explicarte en una llamada o por mensaje. ¿Puedes venir unos días a mi casa?

Tía Julia

Esta tarde me tienes allí. Sabes que estoy y estaré siempre que me necesites.

No preguntó, porque ya sabía las respuestas. No me llamó, porque me conoce y era consciente de la importancia del asunto. Y yo la esperé en casa, pensando, hablando conmigo misma, rebuscando en mis recuerdos y madurando de golpe y de repente.

Cuando te pasan cosas que te remueven tanto, entiendes que la vida nunca volverá a ser como antes. Cuando pensaba que en mi senda se habían cruzado todo tipo de situaciones adversas, me vi en una en la que literalmente no sabía cómo caminar. Tenía la sensación de que si activaba un solo músculo de mi cuerpo, por minúsculo que fuera el movimiento, me desplomaría de golpe. Me desviaría de la ruta. Crecer sin padre fue duro, pero mi madre me sostenía con todo su cuerpo; su muerte fue un bandazo enorme, pero mi familia y amigas

lograron equilibrarme; pero ahora estaba yo sola ante la vida, yo misma escribiendo mi propia historia, y no tenía ni idea de cómo quería que transcurriera la acción llegados a este punto.

Mi tía llegó a mi casa en menos de cuatro horas. Entró, me miró y me abrazó muy fuerte. Me llenó de una energía sensible, cercana e íntima que necesitaba.

—Cariño, ¿cómo estás? —me saludó mirándome a los ojos después del abrazo.

Yo simplemente rompí a llorar. Ella esperó paciente mientras sacaba en forma de lágrimas toda la angustia, la inseguridad y las dudas que me había provocado aquella situación.

—¿Tú sabes quién es mi padre? —le pregunté sin rodeos.

Ella me miró y comprendió que a mis casi veintitrés años no tenía sentido seguir manteniéndome en una burbuja de cristal, porque podía romperse. De hecho, ya se había roto.

—Sí, mi amor. Sé que Ramón vive ahora aquí. Por eso no me entusiasmó la idea de que te mudaras a este sitio, sabía que de una u otra forma todo esto acabaría ocurriendo.

—¿Y por qué no me lo contaste? ¿Por qué me dejaste vivir aquí, con mi padre tan cerca, sin saber absolutamente nada de este asunto? ¡Joder, me siento imbécil, si alguien tenía que saberlo era yo! —y mientras lo decía, sentí cómo mi estado de ánimo pasaba de la angustia a la rabia en cuestión de segundos.

—Silvia, lo siento, por favor, no me lo tengas en cuenta. No era mi papel. No era mi asunto. Si mi hermana nunca te había contado nada en más de veinte años, ¿por qué debía yo meterme ahora en esta historia? —mi tía intentaba tranquilizarme y convencerme de que ella no era responsable de mi situación, pero yo apenas podía razonar con ella.

—¿Que por qué? Porque ella no está. Mi madre está muerta y fue tan cobarde de llevarse a la tumba un tema que sabía que le rebotaría, y no precisamente de buenas maneras. ¡No tuvo el valor de contarme nada, nadie en esta maldita familia tiene la valentía de explicarme las cosas tal y como son! ¿Acaso alguien me ha preguntado alguna vez si yo quiero respuestas? ¿Alguna persona se ha intentado poner en mi lugar y empatizar con mi situación? Gracias a todos, sois los padres, los tíos y los abuelos del año. No, del siglo, ¡de la historia! —mi agresividad iba en aumento mientras yo notaba que mi tía no sabía dónde meterse.

—Cálmate, Silvia, por favor…

Paré. respiré. La miré y entendí que efectivamente ella no había tomado las decisiones que me habían traído a este momento. Que ella había conducido un coche durante más de dos horas y se había presentado en mi casa nada más pedírselo. Me senté en el sofá.

—Perdona, tía, no es contigo con quien tengo que volcar toda esta ira, pero es que no puedo tener delante a mi madre, que es la que se lo merece. ¿Se puede enfadar una con los muertos? —y continué llorando.

—Te entiendo, Silvia. Y te apoyo. No es justo, claro que no. No quiero hablar mal de mi hermana, porque como dices, ya no está aquí. Y porque la quiero mucho, muchísimo. Pero se lo dije muchas veces. Le dije que esto pasaría, que los secretos no son eternos y que por mucho que intentes esconderlos en lo más profundo del armario, alguien hace limpieza un día y salen a la luz. Te merecías saber la verdad, conocer tus orígenes, tu historia. Y haberlo sabido desde hace mucho tiempo.

Hubo entonces unos minutos de silencio que ella respetó.

—¿Lo has visto? —me preguntó.

—No —respondí.

—¿Quieres hacerlo? ¿Has pensado si lo quieres conocer?

—Sí, quiero. Pero al mismo tiempo no. Entonces… no estoy segura, estoy hecha un lío.

—Ya, es complicado. Hagamos una cosa. Te voy a contar lo que yo sé. Te voy a dar mi versión de los hechos, voy a explicarte cómo viví yo toda esta historia desde que tu madre supo que estaba embarazada hasta hoy. Pero debes saber que esta solo una versión de la historia, y que aunque sé cosas de Ramón, estarás en tu derecho si decides preguntarle a él la suya, y yo te apoyaré e incluso te acompañaré si lo necesitas.

—De acuerdo, pero hagámoslo allí —le señalé la foto en la que hacía dos décadas yo me encontraba en la Cascada Noa Viua con mi madre. —Vayamos a este lugar, es el cuarto de la lista que me dejó mi madre y parece que he encontrado antes el significado a este sitio que el propio destino. Quiero escucharte allí, en un lugar en el que quizás ella, de alguna manera, esté presente, y yo a lo mejor pueda asimilar todo esto de una manera más positiva. Está a solo media hora caminando del pueblo.

Mi tía asintió y nos dirigimos hacia allí.

Me sentía muy frágil y vulnerable al pensar que otras personas sabían más de mi vida que yo, al sentir que mi persona de referencia, la que siempre había considerado un seguro de vida, no me había contado la historia tal y como había ocurrido, sino de una manera tan sesgada que empezaba a asustarme. Pensé en la capacidad humana de mentir, de esconder, de ocultar cosas bajo el pretexto de la protección, cuando en realidad es el egoísmo el que habitualmente nos mueve a hacerlo. Y concentré toda mi atención en llegar a la cascada y en escuchar a mi tía Julia, porque de sus palabras y de su relato iba a salir lo más cercano que yo tenía a la verdadera historia de mi vida.

LA VERSIÓN DE TÍA JULIA

—Cariño, empezaré por el principio. Ya sabes que tu madre siempre ha sido un alma libre. Era un rasgo muy marcado de su personalidad desde pequeñita: tomaba decisiones de manera unilateral y entendía la vida de una manera poco convencional. No se dejaba guiar y aprendía las cosas a través de vivencias, de pruebas y errores. Siendo muy joven, con solo 20 años, conoció a Ramón. No se conocieron aquí, ni tampoco en nuestra ciudad. Fue un verano, en la playa. Tu madre decidió que ese verano quería irse a trabajar a una zona costera y vivir allí una de sus experiencias vitales. Fue camarera en un chiringuito y estuvo más o menos seis meses, desde mayo hasta octubre. Él era su compañero de trabajo. Pasaban muchas horas juntos entre cócteles, raciones y cervezas. Compartían muchos ratos en medio de un ambiente idílico y vacacional en el que ellos proporcionaban placer a los turistas que buscaban un poco de desconexión en un rincón precioso de sol y playa. Tuvieron un flechazo casi instantáneo, según lo que me contó tu madre. Lo de Ramón y Marga fue una de esas historias intensas de amor de verano en las que se pasa de cero a cien en poco más de un segundo. Desde fuera se veía muy, muy claro que la cosa no acabaría bien. No suele haber buenos finales cuando inviertes más energía de la que tienes en los primeros meses de una relación porque pronto llega el desgaste.

Y continuó explicándome.

—Los abuelos y yo fuimos a visitar a tu madre varias veces y ella nos presentó a Ramón. Pudimos conocerle un poco y no lo niego, era un buen hombre. Compartían en cierto modo su filosofía de la vida y eso les unía. Él la miraba con esos ojos de admiración y deseo característicos de la fase de enamoramiento. Para ella, sin embargo, creo que fue el ingrediente de su experiencia en aquel pueblito costero: nunca la escuché plantearse un futuro junto a él, aunque él sí hacía comentarios sobre continuar la relación cuando finalizara la temporada. El caso es que en octubre, tu madre regresó a la ciudad. Tus abuelos y yo la notamos cambiada: no desprendía la alegría y la naturalidad que la caracterizaba, sino que su semblante estaba más serio de lo habitual y la preocupación se plasmaba en su rostro. Pasados unos días nos contó lo que no iba a poder seguir ocultando mucho más tiempo: estaba embarazada de diez semanas y Ramón no estaba de acuerdo con seguir adelante con esa situación. Pero tu madre no se planteó ni por un segundo la opción de interrumpir la vida que estaba creciendo en su interior, así que tras una fuerte discusión en la que Ramón le reclamaba su derecho a decidir sobre su vida,

acordaron que él se desentendería y que tu madre nunca le reclamaría nada a cambio de que él no volviera jamás a interesarse ni por ella, ni por el futuro bebé. Nosotros apoyamos a tu madre en su decisión y cuidamos de ella, y después de ti, con todo el amor que supimos. Marga se centró un poco mientras fuiste pequeña y siempre fue una gran madre, aunque luego ya sabes que siguió viviendo la vida a su manera y transmitiéndote a ti ese estilo peculiar, y reconozco que a veces pienso que acertado, de enfrentarse al mundo. Así pasaron, y pasamos, los dos primeros años de tu vida. Marga y Ramón no tuvieron contacto: ninguno de los dos llamó al otro en ningún momento, o eso es lo que siempre ha sostenido mi hermana. Sin embargo, el destino es caprichoso. Cuando tú tenías dos años, os mudásteis al Pirineo, a este mismo pueblo en el que tú has vuelto para cerrar el ciclo. Al tiempo, parece que tus padres se contactaron de nuevo, aunque de manera puntual y siendo más la intención de tu padre de saber de vosotras, que al revés. Tras dos años viviendo vosotras aquí, Ramón acudió a vuestro encuentro, aunque Marga siempre sostuvo que nadie le invitó a hacerlo. Él parece que estaba arrepentido de sus decisiones del pasado. Pero tú ya tenías cuatro años. El caso es que se reencontraron y ahí surgieron los problemas. Él te vio tan bonita, tan pequeña, tan graciosa y dulce, que se reafirmó en su idea de formar parte de tu vida. Pero tu madre no se lo permitió, haciendo mención al acuerdo al que habían llegado tiempo atrás y a que ella llevaba haciéndose cargo en solitario de una de las etapas más duras de la maternidad. Marga no estaba dispuesta a facilitarle a Ramón su faceta de padre, porque él ya había renunciado a ella hacía demasiado tiempo. Y mientras vosotras hacíais vuestra vida, él tuvo que verlo con sus propios ojos desde la distancia. Para no complicar más las cosas, a los pocos meses, y en previsión de que la situación iba a volverse cada vez más incómoda y tensa, tu madre y tú volvisteis a la ciudad. Ramón, según tengo entendido, insistió un poco más en ejercer su derecho de padre, pero se quedó a vivir en el pueblo y allí formó su propia familia. No conozco los detalles de sus conversaciones, de sus encuentros ni discusiones. Solo sé que hemos pensado mucho en todo esto y he intentado ponerme en el lugar de los tres implicados en la historia: Marga, Ramón y tú. Puedo hacerme una idea de la decepción y la soledad que tuvo que sentir Marga criando una hija en solitario y sin el apoyo del padre; puedo llegar a comprender el miedo de un chaval de veinte años al enterarse de que iba a tener un bebé y la dificultad de afrontar esa realidad pero, sobre todo, entiendo tu dolor, tu rabia y tu indignación, porque al final la que has crecido en medio de toda esta tormenta y sin una figura paterna eres tú, mi amor. Si me pides mi opinión, cariño, no hay culpable, solo situaciones mal gestionadas y decisiones poco acertadas que, inevitablemente, repercuten en la vida de las personas. Y si me permites un consejo, no te atormentes con esto. Mírate, eres una joven independiente, con las ideas claras y toda una vida por delante. Sigue avanzando, no te quedes anclada en un pasado que ya no puedes cambiar.

La escuché atentamente, intentando, igual que ella, empatizar con las dos personas que me habían dado la vida, pero lamentando al mismo tiempo que sus propios egos y decisiones personales no hubieran tenido en cuenta, en demasiadas ocasiones, mi propio bienestar. Sin embargo, no solo acepté su opinión y su consejo, sino que me parecieron de lo más coherentes. Y allí, bajo una enorme fuente de agua natural, en un día soleado de pleno invierno, mi tía acababa de dar con la clave y sus palabras y aquel lugar no solo me habían ayudado, sino que me habían revelado cuál era el camino que quería tomar a partir de ese momento.

MOVER FICHA

Los días siguientes a la noticia bomba que cayó en mi vida sin previo aviso, mi tía Julia estuvo conmigo en casa y yo seguí mensajeándome con Carla en un tono de protección y preocupación mutua. Si antes de saber que éramos hermanas ya tuvimos la sensación de que había un hilo invisible que nos unía de algún modo, ahora el vínculo se había hecho mucho más fuerte, evidente y no íbamos a distanciarnos, sino todo lo contrario.

Lorién me mostró su apoyo y su comprensión. Sentí que se esforzó por encontrar el equilibrio perfecto entre cuidarme y darme mi espacio, y desde luego, lo consiguió. Sin embargo, y a pesar de todo el lío que había formado en mi vida, no se me iba de la cabeza que le quedaba apenas una semana para subir a un avión y pasar dos meses en Costa Rica, algo que me alegraba y entristecía a partes iguales.

Cuando pude y reuní fuerzas, les conté también lo ocurrido a Espe e Ixeia. La reacción fue evidente: alucinaron. Conocían a Ramón de toda la vida y no podían creer que ese padre ausente del que yo les había hablado en alguna ocasión fuera precisamente él.

Carla me había dicho que fue sincera con su padre y le había explicado que yo era consciente de todo porque ella me lo había contado, así que Ramón sabía que yo era conocedora de nuestro parentesco. Sin embargo, ambos preferimos no acelerar un encuentro precipitado, así que cuando a los siete días de que se destapara todo el asunto recibí su mensaje, yo ya lo estaba esperando.

Ramón

Hola Silvia, soy Ramón. Carla me ha dado tu teléfono. Solo quería ofrecerte la posibilidad de tomarnos un té juntos y charlar tranquilamente. Pero si no te apetece, no estás preparada o simplemente quieres seguir con tu vida como si nada de esto hubiera ocurrido, lo entenderé perfectamente.

Cuando lo leí, yo estaba con mi tía ayudándola a recoger sus cosas para emprender su viaje de regreso a casa. Ella había insistido en quedarse un tiempo más, hasta que todo se estabilizara y yo pudiera haber tenido una conversación con él, pero la convencí de que no era necesario. En realidad, estaba sorprendentemente serena, tanto que ni yo misma me reconocía. Claro que le daba vueltas a todo lo que estaba ocurriendo y por supuesto que había supuesto un antes y un

después en mi vida el hecho de conocer, al fin, quién era mi padre. Incluso la posibilidad de obtener respuestas a un montón de porqués me inquietaba y se me mezclaban, muchas veces, los interrogantes que quería resolver. Pero ahora, al menos, vivía con la tranquilidad de que si yo quería, todas esas explicaciones estaban a mi disposición, sensación que no había tenido nunca en todos los años de mi existencia, hasta ahora.

Me gustó que Ramón no diera por hecho que ese encuentro entre nosotros iba a producirse. De hecho, era una opción que me había planteado: darle la espalda a toda esta situación tan surrealista. Pero en realidad nunca fue una alternativa real, sabía que mi inquietud por saber iba a ser más fuerte que mis ansias de que la estabilidad y la calma se instauraran, por fin, en mi rutina.

Así que lo tuve claro y le respondí con las ideas claras y muy meditadas.

Silvia

Hola, Ramón. Podemos tomarnos ese té juntos. Puedo pasarme por tu casa esta tarde si te viene bien. Voy tranquila y con intención de entendernos mutuamente.

No tardó en responderme.

Ramón

Perfecto, te espero a las siete.

Me despedí de mi tía y le prometí que iba a estar bien. Un nudo en el estómago se había instalado permanentemente dentro de mí, pero sentía que podía controlarlo y era lo menos que podía experimentar dados todos los recientes acontecimientos.

Imaginé decenas de conversaciones diferentes, con distintos tonos, intenciones y actitudes. Me preparé para múltiples respuestas y tuve claro que iría a ese encuentro con mi padre con la mente abierta y el corazón firme. Al fin y al cabo, la situación era algo fría porque iba a tener frente a mí al hombre que me engendró pero que nunca ejerció, por los motivos que sean, su paternidad, así que no tenía apenas ningún vínculo emocional con él, más allá de la pura necesidad de encontrar en él las explicaciones que siempre había añorado.

Carla me escribió para decirme que se ausentaría de casa. Quería dejarnos solos y que habláramos con total libertad, sin que su presencia pudiera incomodarnos en ningún momento. Yo se lo agradecí porque no sabía si el ambiente iba a ponerse demasiado tenso en algún punto de la conversación.

Cuando toqué el timbre, me temblaba hasta el alma. *Ding dong.*

EL ENCUENTRO CON RAMÓN

—Silvia… Eres igual que tu madre —me recibió Ramón nada más verme.

Ambos nos quedamos allí parados, en el umbral de la puerta de su casa. Él por dentro y yo por fuera. Mirándonos, sin saber muy bien qué hacer. Con tantas emociones retenidas que no nos cabían en nuestro interior. Con tantas vivencias perdidas que nos sobraban por todas partes. Finalmente, tras unos eternos segundos, él corrió el riesgo:

—¿Te puedo dar un abrazo?

Y yo, que había acudido a aquel encuentro más fría que emocionada, que pensaba que ese hombre, para mí desconocido, no iba a removerme apenas los sentimientos que tenía escondidos, fui consciente de cómo el revuelo de mi anhelo despertó de golpe y acepté sin muchos rodeos. No me podía creer que ese momento, con el que había soñado tantas veces, que había imaginado en tantas ocasiones y había temido otras muchas, estuviera haciéndose realidad.

—Pasa, no te quedes ahí —me dijo visiblemente emocionado.

Nos sentamos en el sofá, y esta vez fui yo la que tomé la iniciativa.

—Ramón, me gustaría decirte algo —comencé. —En primer lugar, que me alegro de conocerte. De verdad, y de corazón. Pero quiero que me entiendas. Yo era, y todavía soy, en gran parte, ajena a la mayoría de las cosas que ocurrieron entre Marga y tú. No vengo a reprocharte tu ausencia durante toda mi vida, aunque no te negaré que ha dejado cicatrices permanentes. Tampoco vengo a pedirte explicaciones ni a que te justifiques ante mí. No. Vengo porque después de todo, creo que es lo mínimo que nos merecemos mutuamente. Pero quiero que sepas que estos últimos meses han sido muy complicados para mí. La ausencia de mi madre, la mudanza a este lugar, el descubrimiento de algunas facetas de Marga y ahora esto, nada más y menos que descubrir quién es mi padre y conocerlo en persona. Estoy un poco sobrepasada.

—Lo entiendo Silvia, tienes todo el derecho y un millón de motivos para sentirte así.

—Por eso, me gustaría que si tenemos que conocernos, sea poco a poco. Tener tiempo para procesar cada información y asimilar cada fase. ¿Sabes? Tienes mucho ganado, porque Carla es una niña estupenda —noté cómo se derrumbaba al escuchar esas palabras, le acaba de tocar el corazón sin necesidad de rozarle el cuerpo.

—Está bien, Silvia, te propongo una cosa. Ya que la situación es tan poco convencional, empecemos por el final.

—¿Cómo? —su propuesta me pilló por sorpresa y no entendí bien a qué se refería.

—Sí, comencemos como dos personas que se acaban de conocer. Cuéntame lo más reciente de ti, tus gustos y aficiones más genéricas. Y si todo fluye, ya profundizaremos en cuestiones más íntimas y personales que tienen que ver con nuestros respectivos pasados, y al fin y al cabo, con el origen de tu vida. Así que, ¿cómo te va por el valle? ¿Te sientes a gusto viviendo aquí? —introdujo él.

Yo, entre atónita y conforme, le expliqué por encima todas mis impresiones acerca del lugar que ahora se había convertido en mi casa. Lejos de lo que pudiera pensar antes de conocerle, no hubo silencios incómodos ni tensión en el ambiente. Estuvimos hablando también sobre él, sobre su trabajo y sobre Carla, quien suponía, sin duda, un nexo de unión muy positivo entre ambos. No estuve mucho rato, quizás una hora o algo más, pero fue un primer acercamiento cálido, cercano y reconfortante.

Así es cómo conocí a mi padre, quien lejos de sentirse abrumado por la situación, actuó como el adulto que era y supo tomar las riendas en ese momento. Me gustó su templanza. Me transmitió buenas vibraciones. A ese encuentro le sucedieron otros, a través de los cuales fuimos creando, poco a poco, nuestros propios recuerdos en común. Aunque no todo fue fácil, ni mucho menos. Un día, llegó el momento de tratar temas más delicados, y tuve que descubrir realidades que no esperaba, pero todavía quedaba mucho tiempo para eso.

Me fui a casa de Lorién, quien estaba consiguiendo convertirse en mi refugio más cálido. Cenamos juntos, vimos una peli y le conté tranquilamente todo lo que había sentido aquella tarde con la persona que llevaba tanto tiempo esperando conocer y que, sin embargo, daba por desaparecida para siempre.

Aquel día salí contenta de su casa, como con la sensación de haberme quitado un gran peso de encima y con la motivación de estar forjando relaciones sanas con toda la gente que había conocido en esos pueblos de montañas que estaban empezando a robarme un trocito de corazón.

Sin embargo, y aunque yo todavía no era consciente, me esperaban todavía algunos importantes cambios que supondrían un nuevo punto de inflexión en mi vida.

CALMA

Llevaba ya ocho meses viviendo entre montañas. Un tiempo en el que los altibajos habían marcado mi estancia en el pueblo, pero también los descubrimientos, internos y externos. Y en ese momento, tras aquel primer encuentro con mi padre, me sentía en paz. La calma invadía mi ser y había llegado a un punto en el que dejaba de preguntarme muchos de los porqués que me habían atormentado durante toda mi vida. Tampoco guardaba rencor a mi madre por haberme separado de Ramón y había conseguido comprender que, para juzgar a alguien, primero hay que ponerse sus zapatos y yo, evidentemente, no podía ni imaginar lo que a ninguno de mis progenitores se les había pasado por la cabeza cuando, más jóvenes que yo, se vieron en la tesitura de traer una nueva vida al mundo. Yo apenas estaba siendo capaz de cuidar de mí misma, así que por más que intentaba pensarlo, no me acercaba ni lo más mínimo a la situación de tener que sacar adelante a otra personita más.

Como mínimo, la conversación con mi padre me dio algunas pistas sobre su personalidad, y la conclusión a la que llegué es que era un buen tío. Con eso, de momento, me bastaba. El resto ya tomaría su propio rumbo a su debido tiempo.

Pero me quedaban algunos flecos por solucionar antes de sentir que había cerrado por completo una etapa de mi vida. Primero, quería hablar con Carla, explicarle cómo se había desarrollado la tarde con Ramón y tranquilizarla. Sabía que, en el fondo, ella se sentía muy incómoda con aquella situación y me parecía algo totalmente normal. Acababa de descubrir que tenía una hermana, que a su vez esa hermana no tenía una buena impresión de su padre, el mismo al que ella consideraba el pilar fundamental de su vida.

Después, quería acabar con la lista de lugares que me entregó mi madre. Solo me faltaba uno, y podía darme la clave definitiva para entender por qué pensó en este recorrido para mí.

Y, por último, solo quedaban cinco días para que Lorién se marchara a Costa Rica durante los siguientes dos meses, así que quería disfrutar de sus últimos días en el valle con él, aprovechando que por fin nos habíamos abierto en canal y nos habíamos confesado todo lo que sentíamos el uno por el otro y nuestra intención de seguir profundizando en una relación que, sin saber cómo acabaría, no podíamos dejar de vivir.

Me pareció buena idea fusionar mis dos primeros objetivos: pasar un rato con Carla y culminar mi recorrido por los lugares a los que me emplazó mi madre. Con ella, mi hermana. Con todo este lío de Ramón y la intensidad de los últimos acontecimientos con Mario, tenía un poco descuidada la relación con esa pequeña adolescente que se había colado en mi vida. Por un lado nos habíamos dado un espacio por falta de tiempo, aunque también por exceso de prudencia.

Una parte de mí había querido esperar al encuentro con nuestro padre para hacerme una idea de en qué situación nos quedábamos nosotros y, por tanto, cómo gestionar el vínculo entre Carla y yo. La conclusión a la que había llegado es que no debía preocuparme. Por suerte, Ramón y yo habíamos empezado con buen pie y los reproches habían quedado a un lado, al menos de momento. No había demasiada tensión negativa ni incomodidad excesiva con el hombre al que había estado esperando toda una vida, así que no habría tampoco influencias externas connotativas entre aquella adolescente maravillosa que resultaba ser mi familia y yo.

Era un miércoles por la tarde de final de marzo, acababan de cambiar la hora y la luz dominaba ya las tardes ofreciendo así la oportunidad de que los planes de ocio se alargaran hasta más tarde. Cogí el teléfono y llamé a mi hermana, que me lo cogió enseguida.

—Hola, Silvia.

—¡Hola, bonita! ¿Cómo han ido las clases hoy? —le pregunté.

—Bien, sin novedades. El de mates nos ha castigado por el gracioso de Lucas, que se ha puesto a cantar mientras explicaba y el resto le han seguido la gracia. ¿Resultado? Un examen sorpresa que contaba para nota.

—Vaya, qué faena… —le respondí con sinceridad.

—Bueno, las mates se me dan bien y he sacado un diez, así que me quedo con la parte positiva.

—¡Si es que eres una *crack* ! Oye, te llamaba porque si no tienes mucho que estudiar, te quería pedir que me acompañaras a la Fuente de Miranés.

—¿Ese no es el último de los rincones de la lista de tu madre?

—Exacto. ¿Quién mejor que tú para acompañarme a cerrar este ciclo? —le dije con cariño.

—No sé, Silvia, no sé si debo meterme en esto…

—Anda, venga, no me hagas suplicarte. Así te cuento qué tal ayer con Ramón, aunque seguro que ya tienes algo de información de primera mano.

—No te creas, mi padre puede llegar a ser muy reservado, pero me quedé tranquila porque volví a percibir una cierta paz en su mirada. Así que supongo que no os tirasteis los trastos a la cabeza.

—Qué va, fue bastante bien. ¿Te recojo en media hora, vamos allí, y te cuento?

—Vale, como quieras, yo estoy libre. Te espero en la esquina de casa en media hora.

—Perfecto. ¡Hasta ahora!

La Fuente de Miranés es toda una leyenda en el valle. Se cuenta que allá por el siglo X, en plena época medieval, un pequeño grupo de musulmanes alcanzó el valle del que yo me había convertido en vecina. La conquista de la Península apenas llegó a estos territorios tan al norte en toda su etapa, pero un reducido batallón consiguió esquivar la resistencia de los reinos cristianos y, tras muchos días de expedición, fueron a dar con esta fuente natural, enclavada en un rincón perfecto para refugiarse y abastecerse de agua e incluso, con algo de suerte, de un poco de comida.

Cuando los musulmanes habían bajado la guardia al dar por hecho que aquel lugar estaba deshabitado y solitario, y disfrutaban de un poco de descanso mientras reponían fuerzas, empezaron a escuchar un fuerte y agudo pitido que les hacía ensordecer. Según la leyenda, era tan fuerte el ruido que los conquistadores no lo pudieron soportar, y tuvieron que subir de nuevo a sus caballos y retroceder tras sus pasos. Cuanto más se alejaban de estas montañas, más leve era el sonido que les estaba empezando a volver locos, hasta que al salir de la zona del valle, dejaron de escucharlos. Se dice que fueron los espíritus de estos pueblos, de estas tierras y cadenas montañosas que, con el afán de custodiar su hogar y el de sus descendientes vivos, gritaron tan fuerte desde el más allá, que consiguieron traspasar la frontera de los muertos y alcanzar al mundo de los vivos para espantar a ese pequeño grupo de musulmanes que, sin embargo, pudo haber sido el comienzo de un asentamiento mayor. Sin embargo, gracias a ese acontecimiento, no lo fue. Nunca más ningún grupo de conquistadores volvió a atreverse a entrar en esta zona y todos los pueblos de esta comarca quedaron libres de esa etapa de la historia que sí padeció la mayor parte de la Península Ibérica.

Desde entonces, la Fuente de Miranés se había configurado como el punto de encuentro entre vivos y muertos, entre los que pasaron al otro lado de la existencia y los que todavía permanecemos en este mundo terrenal.

Por supuesto, yo no conocía esta historia hasta que no llegué a vivir a mi pueblecito montañés e investigué un poco sobre los lugares a los que me había emplazado mi madre. Espe e Ixeia confirmaron esta leyenda y me la explicaron al detalle, así que me quedé bastante impactada.

Me preguntaba si mi madre se me aparecería también en forma de pitido ensordecedor o lo haría de una manera un poco más decorosa, haciendo que una mariposa se posara sobre mi

muñeca o levantando una suave brisa de aire justo a mi llegada a aquel lugar. No quería frivolizar con el asunto porque además, honestamente, creo en las energías y en la fuerza del más allá, si es que puedo llamarlo así. Pero es que después de todo lo vivido en los últimos meses, pocos recursos me quedaban más que el humor para no enloquecer con todos los giros que había dado mi vida.

El caso es que estaba deseando afrontar los dos sucesos que me esperaban aquella tarde: pasar un ratito con Carla, lo que incluía afrontar la conversación sobre nuestro padre y llegar, por fin, a la última parada del viaje que había ido haciendo a través de mi madre.

—¡Hola, bombón! —saludé a Carla, enérgica.

—¡Hola! —me respondió ella, dulce como siempre.

—Venga, comencemos el paseo —le propuse mientras le cogía del hombro cariñosamente.

No sé si era porque había visto una madurez inaudita en Carla desde el primer momento, o porque desde que me enteré de que compartíamos parentesco, quise tomar una postura adulta. Pero el caso es que nunca había tratado a mi hermana como a una niña, sino que siempre había tendido a explicarle las cosas como si de una amiga mía más se tratara.

Así que durante los casi sesenta minutos que nos separaban de la Fuente de Miranés, le fui explicando punto por punto el encuentro de la tarde anterior con Ramón, mis impresiones, mis emociones y sensaciones y mi punto de vista. También intenté transmitirle mi percepción sobre nuestro padre y cómo yo intuía que estaba abordando la situación.

Incluso le hablé de Lorién. No solo de nuestra relación, que eso era ya más que un secreto a voces para ella y para todo el pueblo. Sino de la perspectiva que él me ayudó a tomar en todo este asunto. Y es que, probablemente, si no le hubiera conocido no hubiera tenido la mente tan abierta ni el encuentro se hubiera sucedido de una forma tan pacífica y apaciguadora. Lorién me había ayudado a entender que quizás no todo había sido blanco o negro, y que también Ramón tenía derecho a que yo tratara de empatizar con él y ponerme en su lugar. Lo mal que actuó no era discutible, pero los motivos por lo que se comportó como lo hizo a lo mejor sí podían ser un punto muy a tener en cuenta en toda esta trama: mi historia, la historia de mi vida.

Así que entre charlas, intercambio de opiniones y conversación, llegamos allí. El lugar parecía sacado de un cuento de hadas, con una vegetación verde y frondosa escondida en un rincón que albergaba tanta paz como fantasía.

El musgo estaba presente en todas partes: en las piedras, en los troncos, en ambos lados del camino; el agua se escuchaba con claridad y, a pocos metros de encontrarnos con la fuente

natural, percibimos una pequeña cascada que bajaba de un surco empinado desde unos metros de altura. Diferentes tipos de aves canturreaban y bebían por turnos de distintos lugares de la fuente, y un letrero tallado sobre la piedra más próxima a la desembocadura de esa grifo de agua natural decía lo siguiente:

> Los que habitan al otro lado del eje de nuestra existencia velan por nuestra seguridad y nuestra felicidad.

Aquel mensaje hacía mención a la famosa leyenda de ese lugar, pero yo supe que mi madre me había llevado para leerlo, para encontrarla a ella, para perdonarle todas las cosas importantes que me ocultó en mi vida y me ha querido mostrar tras su muerte. Supongo que no entraba en sus planes irse tan pronto, quién sabe si de no ser por la maldita enfermedad que me la arrebató de golpe y sin previo aviso, hubiera tenido el valor de confesarme todas las verdades que rodeaban mi existencia.

Sin embargo, en ese momento solo pude agradecer haber tomado todas las decisiones que me hicieron llegar hasta allí, mudarme a un pueblo repleto de lugares tan mágicos como los que había descubierto en los últimos meses y conocer a todas las personas que habían aparecido en mi vida: Espe, Ixeia, Carla, Ramón y Lorién.

Mi hermana y yo nos miramos y nos entendimos. Ella me abrazó con ternura y, aunque ninguna mariposa se posó en mi brazo ni hubo ningún pitido insufrible que me indicara que mi madre estaba intentando ponerse en contacto conmigo, yo supe que ella se encontraba allí, a mi lado.

Me senté frente a la fuente y Carla me dio mi espacio. Quería saborear el último de los lugares que había recorrido de esa lista enigmática que ya había cobrado todo el sentido para mí. Hice un repaso mental de los cinco rincones y de lo que cada uno me había enseñado. En el refugio de Pardanesa no solo tuve la oportunidad de acercarme más a Lorién, sino que la vi a ella, reflejada en unas palabras que escribió de su puño y letra. Defendía a través de ellas el modo de vida que siempre me inculcó y proclamaba en su escrito eso que siempre decía de ser más humanos y menos seres. Sonreí para mí misma sin poder evitarlo.

El pico Romuer, además de haber sido una ruta capaz de unirme a Espe de una manera muy íntima, me mostró que las cosas no siempre salen como una las planea. No había allí arriba ningún mensaje directo hacia mí, pero el destino quiso que al parar a comer en el bar, yo la encontrara de nuevo. En esas imágenes, a través de sus vivencias y de los recuerdos que había dejado en este lugar.

La cabaña del Bosque de los Deseos me dejó simplemente sin palabras. Si tuviera que elegir el sitio con más encanto y esencia del mundo, sería ese. De hecho allí pude por fin leer la novela *Alma* , que me acercó al perdón, a la flexibilidad, a la apertura de miras, a comprender que el bien y el mal son conceptos muy relativos y que al final, lo que importa es hacer uso de la razón humana que nos caracteriza para empatizar y traspasar prejuicios y tensiones hasta abrazar nuestras emociones desde un lugar único: nuestro propio criterio.

La cascada Noa Viua fue el lugar a través del cual descubrí a mi padre, gracias a la fotografía que Carla me mostró mientras me desvelaba el mayor secreto de nuestras vidas: Ramón nos unía de una manera que no esperaba y por fin pude poner rostro al hombre que más veces se había colado en mis pensamientos a lo largo de toda mi vida. Además, allí fue donde mi tía Julia me reveló también la historia de mi existencia, donde juntó todos los pedacitos de recuerdos que le quedaban para montar el puzzle desordenado que yo tenía de mis orígenes.

Y en ese momento, en la Fuente de Miranés, frente a ese letrero que afirma que los que ya no están nos siguen protegiendo y cuidando, me di cuenta de que así era. Comprendí que esto es exactamente lo que ella quería: sabía que este lugar me brindaría la oportunidad de acercarme a mis raíces de una forma sobrecogedora. Quizás incluso supo que todas las personas que podrían acompañarme harían más pequeño el vacío que ella dejó en mi interior. Solo podía pensar en una palabra: “Gracias”.

Agradezco a la mujer que me dio la vida que pensara en todo esto, que sintiera la necesidad de atraerme a todos estos sitios. Y no, no la juzgo ahora ni lo hice entonces por haberme ocultado tantos secretos sobre Ramón, sobre mi niñez, sobre cómo transcurrieron realmente los acontecimientos. Simplemente, y como ella me puso por escrito en la carta que me dejó, intentó hacerlo lo mejor que pudo. Aunque hubiera otras maneras más honestas de actuar, no puedo quedarme con un recuerdo borroso de su persona por esto. No. Me quedo, sin duda, con muchas otras cosas que ella y yo sabemos y que me han ayudado a crecer como la persona que soy. Al final, está claro que la vida no se mide por las cosas que te ocurren, sino por cómo cada persona afronta las vivencias que se encuentra por el camino.

Después de absorber todo el aire que pude, de llenar mis pulmones de aquel aroma a naturaleza, de beber un poco de ese agua, que es vida, y que en cierto modo era ella de alguna manera, me di la vuelta y Carla y yo nos pusimos a caminar sin decirnos nada. El trayecto de vuelta fue mucho más silencioso que el de ida y sentí como esa niña de apenas diecisiete años me entendía, me respetaba y me apoyaba en uno de los momentos más íntimos que había vivido desde hacía tiempo.

BUEN VIAJE, LORIÉN

Reconozco que los últimos meses me habían cambiado por completo. Había sido como estudiar una carrera universitaria y poner en práctica todo lo aprendido en un puesto de trabajo real: no tiene nada que ver. En mi caso, había pasado mi vida aprendiendo un estilo de vida de alguien que ya no guiaba mis decisiones ni aprobaba mis proyectos. Yo ya volaba libre. Y esos meses de experiencia vital en un pueblo perdido de las montañas eran la práctica de todo lo que llevaba años absorbiendo. Estaba experimentando por mí misma, sin nadie detrás que pudiera corroborar la validez de mis acciones.

Había conseguido conocer a tanta gente maravillosa y conectar de una manera tan especial con aquel lugar, que mi sitio ya no estaba en la ciudad. Necesitaba más, quería seguir bebiendo la adrenalina de descubrir el mundo, con todo lo que esto englobaba.

Cerrar la etapa de esos cinco rincones me dejó inevitablemente una sensación de vacío que todavía iba a incrementarse más con la marcha de Lorién a Costa Rica. Pero, por otro lado, por fin estaba siendo capaz de terminar ciertos ciclos para empezar otros. Seguiría con mi consulta de nutrición, intentaría hacerla más visible, estrecharía aún más lazos con mis nuevas amigas, pasaría más tiempo con Carla y quién sabe lo que ocurriría en el futuro con Ramón y la relación que podríamos tener.

Faltaban solo dos días para que Lorién pusiera rumbo a la capital y cogiera ese vuelo que lo mantendría alejado de las que yo ahora sentía también como mis montañas durante un par de meses. Habíamos quedado para cenar y despedirnos. Aunque aún podríamos vernos en algún momento antes de su marcha definitiva, él estaba ya en pleno proceso de cerrar asuntos y el tiempo apremiaba. He de decir que no vivía su inminente viaje como algo angustioso. Me daba pena, sí. Pero que las cosas fueran despacio no me causaba ningún tipo de problema. Sabía la ilusión que le hacía vivir esa experiencia y apoyaba totalmente su estilo de vida. Así que lo único que podía hacer era alegrarme por él y animarle a aprovechar al máximo, como él siempre hacía, durante esos meses en los que se ausentaba.

—Bueno, me voy con la tranquilidad de que has cerrado en cierto modo una etapa, ¿no? No me hubiera gustado marcharme en mitad de tu camino, quería apoyarte, estar a tu lado, y poder venir a tu casa en cuestión de minutos si me necesitabas —me dijo mientras cenábamos.

—Sí, estoy sorprendentemente tranquila y en paz con todo lo que me rodea. Siento que he avanzado y tengo muchas de las respuestas que siempre he buscado.

—¿Se podría decir que eres feliz? —me sorprendió la pregunta. Le miré asombrada y sin saber muy bien qué decir.

—Joder, Lori, qué preguntas me haces. ¿Y qué es la felicidad?

—No sé, no soy filósofo —bromeó—. Pero supongo que es algo parecido a estar animado, sentirte plena, estar a gusto contigo misma. Tener ilusiones, proyectos y gente al lado con quien compartirlo.

—Bueno, si lo miro por ese lado sí, supongo que sí lo soy. Desde luego estoy en un momento mucho mejor que cuando vine. Me ha venido genial mudarme aquí —le confesé.

—Porque me has conocido… ¿eh? —me dijo vacilándome y sacándome la lengua al mismo tiempo.

—No te vengas arriba… Que no eres ni la décima parte de todo lo bueno que he encontrado aquí.

—Ah, no, ¿eh? Vale, vale. Iba a proponerte algo pero ya no lo hago —siguió diciéndome en tono de broma y simulando un enfado que en realidad no existía.

—Es muy pronto para pedirme matrimonio, bombón. Sé que has caído rendido a mis pies, pero mejor esperamos, ¿no? —continué yo, irónica, con la broma. Ambos reímos.

—En serio, Silvia. Quiero pedirte algo. Y no, no es matrimonio —me guiñó un ojo mientras lo decía.

—Dime, ¿de qué se trata? —le pregunté muy intrigada, pensando que quería dejarme al cargo de sus plantas mientras él estuviera fuera, o algo por el estilo.

—¿Y si…? —le estaba costando lanzar por completo la pregunta—. ¿Y si te vinieras conmigo a Costa Rica?

—¿Cómo?

—¿Por qué no? Lo he estado pensando. Vente conmigo. Conozcámonos más. Vivamos esta aventura juntos. Toma un poco de tiempo y perspectiva con respecto a todo de lo que te has ido enterando en los últimos meses. Dedícate únicamente a ti, y déjame vivir eso contigo.

Confieso que aquella propuesta me dejó literalmente sin palabras. Enmudecí. Pero lo más peligroso es que esa idea se introdujo en mi mente, y cuando eso ocurre… Qué difícil es luchar contra algo así.

Lorién me miraba atentamente, como intentando adivinar la respuesta en mis ojos. Yo balbuceaba sílabas incoherentes mientras imágenes sobre Espe, Ixeia y Carla bailaban dentro de mi cabeza; al mismo tiempo valoraba también opciones sobre qué haría con mi consulta, qué

ocurriría con Ramón, qué pasaría con el dúplex de alquiler… Mil incógnitas que no paraban de sucederse, y todo ello en cuestión de segundos.

—Lorién, pero si te vas pasado mañana —es lo único que acerté a decir, como dando por hecho que aunque yo me estuviera planteando estudiar su oferta, ni siquiera era viable.

—¿Y qué? Compramos un vuelo y te unes. Allí no van a tener ningún problema, al revés, toda ayuda es poca. Puedes dejar algunas cosas atadas aquí y venir después, aunque en realidad la mayor parte de tu trabajo es online, ¿no? Solo tienes que tomar una decisión, comprar un vuelo y preparar una maleta —me dijo con toda la naturalidad, como si realmente fuera así de sencillo.

Y es que en realidad, ¿lo era? ¿Era todo tan fácil como decir "sí", meter unas cuantas cosas en una bolsa y coger un vuelo de diez horas?

—Yo… No sé, Lorién, acabas de sorprenderme y mucho. No me lo esperaba. ¿Tú estás seguro de que querrías que fuera contigo? Estos proyectos son algo muy personal que tú haces, no quiero entrometerme en algo tan personal —él me miraba sin comprender por qué no paraba de preguntarle esas cosas.

—Silvia, te lo acabo de pedir yo. ¿Por qué lo habría hecho si no quisiera realmente recibir un "sí" por respuesta? Yo también lo he pensado mucho y, aunque me encantan estos proyectos en los que colaboro, siempre he ido solo. Personalmente, me encantaría poder compartirlo contigo y de verdad que allí vas a ser una pieza fundamental. Hagamos una cosa. Piénsalo. Disfrutemos de la cena, de la noche y de nosotros. Reposa un poco la propuesta y mañana, cuando te despiertes, toma una decisión. Si no vienes, lo entenderé perfectamente, apenas te he dejado margen de maniobra. Volveré en dos meses con unas ganas inmensas de seguir compartiendo noches de estrellas contigo. Pero si vienes, te aseguro que no te arrepentirás, va a ser una experiencia inolvidable para ambos.

Asentí, nos abrazamos y seguimos compartiendo nuestra posible última noche juntos antes de su viaje. Sin embargo, una parte de mí dejó de estar allí, con él, para activar el modo automático y valorar continuamente los pros y los contras, intentando averiguar qué era lo que me dictaba mi corazón. Había encontrado entre esas montañas una preciosa y necesaria estabilidad en mi vida. Había alcanzado, por fin, un equilibrio casi perfecto entre las diferentes facetas de mi vida y, por supuesto, había conocido a personas que me llenaban el alma. Por otro lado, tampoco me estaba pidiendo que nos fuéramos para siempre: solo serían dos meses. Pero ese tiempo implicaba hacer un parón en todo lo que aún estaba empezando a construir allí. Suponía poner en pausa mi vida en un momento existencial.

DECISIONES

Tras la repentina (y loquísima) propuesta de Lorién, me levanté con ganas de plantearles la situación a Espe e Ixeia. Ellas estaban al tanto, por supuesto, de todos los últimos acontecimientos que habían sucedido en mi vida, tanto en el plano sentimental como en el familiar. Sin embargo, con todo el lío de situaciones surrealistas, emociones acumuladas y caos mental de los días anteriores, no había tenido mucho tiempo de verlas y me apetecía compartir un ratito con ellas.

Le dije a mi chico que comería fuera y que acudiría por la tarde a despedirme de él, a lo que él me contestó que esperaba que esa visita no fuera una despedida y llegara a su casa con una maleta hecha.

Cuando vi a mis amigas, ambas me dijeron que tenía un brillo nuevo en la mirada y que estaba muy guapa.

—Será la primavera —les respondí yo un poco ruborizada.

—Sí, o el amor, que la sangre altera —me dijo Espe con un gran desparpajo.

—Por cierto, hablando de amor, ¿sabéis que Elena y yo estamos planeando un viaje por el norte de Europa para este verano? —nos contó Ixeia, muy ilusionada.

—¡Qué guay! Así que la cosa va progresando, ¿no? Lo de planear las vacaciones juntas es subir de nivel.

—Sí, la verdad es que estamos genial.

—Yo no entiendo qué afán le ha dado ahora a la gente con viajar. Con lo tranquila que está una en el pueblo —dijo Espe.

—Bueno, que en el pueblo estamos todo el año, no viene mal conocer un poco de mundo, te ayuda a abrir la mente —expliqué yo.

—Exacto, yo pienso igual. Me apetece mucho pasar unos días por lugares distintos —dijo Ixeia.

—Bueno, bueno, pues nada, cada uno que disfrute de sus cosas —sentenció Espe.

—Chicas, pues ya que sacáis el tema de los viajes, yo tengo también algo que contaros. Lorién me ha pedido que me vaya con él a Costa Rica.

—Anda, lo que faltaba. Una en Finlandia y otra en el Caribe —comentó Espe, irónica.

—Yo no he dicho que sea Finlandia nuestro destino —aclaró Ixe.

—Yo sin embargo sí estaría en una parte del Caribe —apunté yo.

Las tres reímos.

—A ver, a ver, explícate más —me pidió Ixeia.

—Anoche hicimos una cena de despedida, porque aunque no se va hasta mañana, la idea era que hoy nos viéramos lo justo porque está muy liado con los preparativos del viaje. Y me dijo que se le había ocurrido que me fuera con él, que le acompañara en este proyecto.

—¿Y a ti qué te parece? —me preguntó Ixeia, muy interesada.

—El plan suena increíble, pero no sé, nos estamos conociendo todavía. Y yo ya sabéis que llevo un jaleo personal en los últimos meses bastante considerable. A ver, a mí me encanta el proyecto, el destino y la compañía. Pero no tengo claro que sea mi momento ni que algo tan personal como los viajes de Lorién deba compartirlo conmigo —me sinceré.

—Pues eso, que te quedas, ¿no? —se apresuró Espe.

—O coges un tren que no sabes si volverá a pasar… —me sugirió Ixeia.

—Chicas, me ayudaría más si las dos coincidís en la misma postura. Por favor y gracias —les respondí, bromeando.

El caso es que fui sincera al expresarles que era un mar de dudas y que cualquier decisión que tomara iba a ser completamente improvisada. Así que tras valorar los pros y los contras y poder verbalizar algunas de las cosas que tenía en la mente, opté por fin por una de las dos vías que habían abierto ante mí, la que creía que más me convenía en ese momento.

LORIÉN

Confieso que la idea no había sido tan repentina como quise hacer creer a Silvia. La imagen de los dos en Costa Rica llevaba rondando por mi cabeza casi desde que nos reencontramos tras varios meses sin contacto, pero me parecía una posibilidad tan remota que ni siquiera yo mismo me lo quería tomar en serio para no llevarme después ninguna desilusión.

Sin embargo, tras ver que ella había encauzado bastante bien la historia con su padre, que se encontraba más tranquila y serena, y que había concluido esa ruta que su madre le había propuesto al morir, pensé que igual no era tan descabellado que se alejara un poco de todo el huracán de emociones que había vivido en el pueblo en los últimos meses y se dedicara un tiempo para ella. Sin pensar en nada más. Aunque la parte egoísta de todo esto, si es que se puede definir así, era que yo me moría de ganas por compartir un tiempo a su lado, en un paraíso como Costa Rica y con una misión tan bonita como la que haríamos allí.

Hacía tiempo que un factor externo no me generaba tantos nervios. Entendería perfectamente que rechazara mi propuesta, pero cruzaba los dedos e invocaba a todas las energías positivas de mi entorno para que cometiera esta locura conmigo. Las veinticuatro horas previas a poner rumbo al aeropuerto estuve como un flan, hasta que por fin, vino a despedirse de mí, tal y como habíamos quedado, la tarde anterior a irme.

AHORA

¿Y qué hubiera ocurrido si…? Hoy abro la ventana, detengo mi mirada en todo lo que mi vista alcanza a observar. Respiro hondo y me respondo en voz alta.

—Nada. O todo.

Mis decisiones me han traído hasta aquí. Nuestras decisiones, por pequeñas que sean, por insignificantes que nos parezcan, van trazando un camino. Una senda que, sin embargo, podemos desviar en cualquier momento. Y entonces me pregunto de nuevo en voz alta:

—Y yo, ¿qué quiero hacer ahora?

Me quedo pensando. Pasa una furgoneta roja por la carretera que hay frente a mi casa y se detiene frente a mi puerta. Lanzo automáticamente un suspiro, miro mi muñeca y sigo observando a través del cristal. Esta vez no pronuncio la respuesta en alto, sino que la reservo para mí.

Vuelvo dentro de casa. Ojeo el precioso dúplex en el que me he alojado desde que empecé a ser vecina de este pueblo. Recuerdo los momentos compartidos con todas esas personas a las que la vida me ha cruzado y que me han ayudado a encontrarme mientras buscaba rincones perdidos y respuestas ocultas. Dejo tres cartas sobre la mesa del salón y un juego de llaves bajo el felpudo de mi casa.

Todavía tengo mucho que asimilar y demasiado que vivir. Es mi momento y me quiero dedicar todo el tiempo que necesite. Así que cojo las maletas y salgo de casa. Esa furgoneta roja me está esperando. Nos vamos a Barajas, a embarcarnos en una aventura de dos meses en Costa Rica, ayudando al turismo sostenible, al medio ambiente y a las tortugas marinas. Sin barreras, sin prejuicios.

Entre bosques y montañas o entre océanos y selvas. Qué más da. No importa, dónde, ni cómo, ni cuándo porque de entre todos los descubrimientos que me han llenado el corazón en los últimos meses, me doy cuenta de que mi rincón favorito es estar a tu lado.

AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, el primer agradecimiento es para ti. Gracias por leerme, por adentrarte en esta historia y dar vida a todos los personajes que la protagonizan. Sin ti, ellos no existirían por mucho que yo los escribiera.

Toda la trama de esta novela es ficción y los personajes de la misma también lo son, aunque sus nombres sean un guiño, en algunos casos, a personas que han significado mucho para mí y que tienen alguna relación con la energía que rodea esta historia.

Los nombres de los lugares que describo son inventados, pero la base del pueblo del que hablo y toda la naturaleza y rincones maravillosos a los que hago mención están basados en un tesoro real llamado Pirineo, en el que he tenido la suerte de vivir durante dos años. Así que mi agradecimiento más sincero es para todas esas personas que he conocido en una de las etapas más bonitas de mi vida. Gracias, de corazón. Por ser solidarios, por ser cercanos, por vuestra ayuda, por enseñarme a vivir de otra manera, por ser inspiración y, en definitiva, por haber sido familia.

Gracias también a toda la comunidad *bookstagramer* . Sin vosotras la literatura actual no tendría sentido. Quiero destacar especialmente a Nani de @thebooksofnani, Lola de @lectoraromantica97, Rebeca de @mrs.rebecarrera, Nerea de @entrepaginasdehistorias, Ely de @ratitaentrelibros, Alba de @unmundodehistoriasfantasticas y Estrella de @leyendoconestrella por ser, simplemente, como sois. Mujeres emprendedoras, dedicadas a compartir cultura a través de las redes sociales, con un proyecto tan bonito como el que tenéis en vuestro perfil de Instagram. Siempre tenéis una palabra amable, un hueco para leerme y un momento para contestarme cuando lo necesito. Leéis mis historias antes que nadie y me dais vuestro punto de vista más sincero. Gracias de corazón.

Millones de gracias a una compañera para la que no tengo adjetivos suficientes. Adriana, eres luz. Me ayudas, me aconsejas, te implicas, y estás ahí, a nivel literario, siempre. Y además, has escrito un prólogo que se ha convertido en la introducción que necesitaba esta novela. Conocerte ha sido más que una suerte.

Gracias también a Kamila, autora de esta portada que nos ha enamorado a muchas. Ha quedado increíble.

Y, por supuesto, gracias a mi gente por apoyar mis textos, mis historias y mis proyectos literarios. Familia, amigos: os quiero mucho.

RESEÑAS Y REDES SOCIALES

Me encantaría saber qué te ha parecido esta historia y que compartieras tu opinión a través de una reseña en Amazon. Esto ayuda a otros lectores a hacerse una idea de lo que podrán encontrar en su interior si la compran.

Además, si te ha gustado esta novela y quieres leer algo más escrito por mí, te recomiendo mi primera novela *Hay magia en el país del hielo* . Está publicada por la editorial Click (Grupo Planeta) en formato digital. Puedes adquirirla a través de Amazon en el siguiente QR:

Por último, te recuerdo que me encontrarás activa en la red social Instagram como @contintaymusas. ¡Nos leemos!